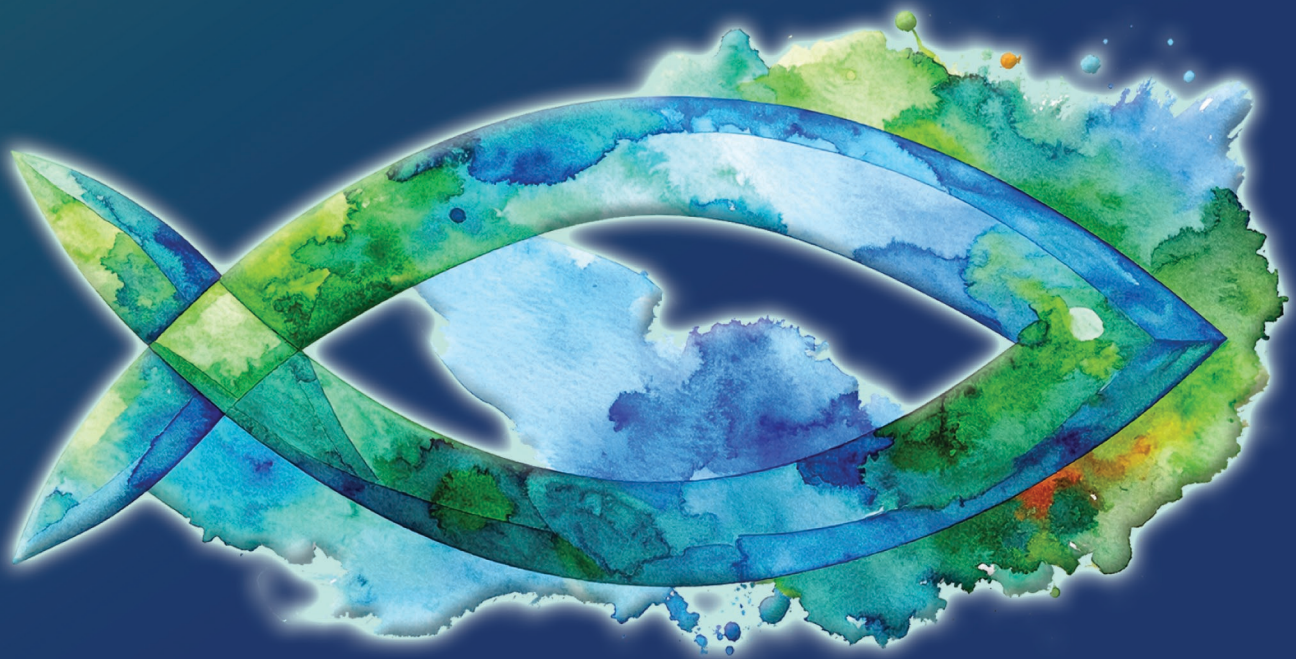


Una respuesta bíblica
a la salvación por el señorío

**¡ABSOLUTAMENTE
GRATUITA!**



Zane C. Hodges

**Una respuesta bíblica
a la salvación por el señorío**

**¡ABSOLUTAMENTE
GRATUITA!**

Zane C. Hodges

¡Absolutamente gratuita!
Una respuesta bíblica a la salvación por el señorío

Copyright © 2025 by
Zane Hodges Library

www.ZaneHodges.org

Hodges, Zane C. (1932–2008)

Traducción y edición en español: Óscar Pellús Ruiz

Diseño de portada: Debbie Payne

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas se toman de la Versión Reina-Valera 1960 © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas en América Latina.

Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o por cualquier otro medio—, salvo breves citas en reseñas impresas, sin permiso previo por escrito de la editorial o de los titulares del copyright.

A mis padres,
Z. C. y Virginia Hodges,
que entendieron antes que yo
que la salvación es
¡absolutamente gratuita!

Índice

Prefacio.....	1
1. Introducción: Padre e hijo	3
2. La fe significa precisamente eso: ¡fe!.....	7
3. ¿Crees esto?.....	13
4. ¿Qué sucedió realmente?.....	17
5. Sin viaje de regreso.....	21
6. Días de escuela	27
7. Abandonar los estudios.....	33
8. La batalla de reyes	39
9. El escudo de la fe.....	45
10. La decisión es tuya	52
11. Cena con Jesús.....	59
12. Arrepentimiento.....	66
13. Justificados por obras	80
14. ¿Por qué me llamas bueno?	87
15. Nuestro Señor viviente	93
Notas.....	100

Prefacio

Hace muchos años, cuando era adolescente, asistí a una serie de reuniones evangelísticas en una pequeña iglesia bautista en Hagerstown, Maryland. Aunque ya era salvo, aquellas reuniones dejaron una huella duradera en mí como joven creyente.

En ellas no solo se presentó la oferta de salvación con hermosa sencillez, sino que el estribillo principal quedó grabado para siempre en mi corazón. Las palabras eran sencillas, pero su verdad era profunda. Decían así:

¡Absolutamente gratuita! Sí, lo es
¡Absolutamente gratuita!
Porque Dios nos ha dado la salvación,
¡absolutamente gratuita!
¡Absolutamente gratuita! Sí, lo es
¡Absolutamente gratuita!
Pues Dios nos ha dado su gran salvación,
¡absolutamente gratuita!

—Autor desconocido.

Han pasado cuatro décadas desde aquellas reuniones. Pero los años de estudio bíblico —tanto de forma personal como en una universidad cristiana y en un seminario teológico— no han disminuido la belleza de aquel estribillo.

Sus ecos tampoco han dejado de conmoverme, ni siquiera después de años de predicar y enseñar la palabra de Dios. De hecho, he tenido el privilegio de presenciar el poder de esta sencilla verdad en los corazones y las vidas de muchos hombres y mujeres, jóvenes y mayores.

Por supuesto, el autor del estribillo sabía de lo que hablaba. Sus palabras son bíblicas de principio a fin. En realidad, captó en una canción la esencia misma del evangelio cristiano. Puso música a la invitación más espléndida que el hombre haya oído jamás. Esa invitación no es otra que la oferta proclamada por el apóstol Juan:

“Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

Este libro trata de esa oferta. Es, ante todo, un homenaje a la perfecta gratuidad de la gracia salvadora de Dios. Nace del corazón de un escritor que no encuentra palabras adecuadas para describir un don tan grande, aunque adora a su Salvador por ello.

En las páginas que siguen, todo cuanto deba decirse para presentar este evangelio con toda nitidez se expone de la manera más clara posible. Un mensaje tan maravilloso debe proclamarse siempre sin ambigüedades y sin concesiones. No merece menos.

Pero el mensaje también merece mucho más: merece toda una vida de devoción al Dios que nos dio su amor tan gratuitamente. Y precisamente porque es gratuito, motiva poderosamente esa misma devoción.

Por eso, considero un privilegio contarme entre quienes creen que el momento de la fe sencilla en Cristo para obtener vida eterna es precisamente el punto de encuentro entre Dios y los seres

Prefacio

humanos. Y en ese instante de encuentro, el destino de la persona queda decidido para siempre; la vida milagrosa de la eternidad misma se crea en su interior. De un estado de muerte espiritual pasamos a la esfera de la vida espiritual, con todas las ricas posibilidades que esa gran transición conlleva.

¿Quién puede escribir dignamente acerca de una verdad como esta? Con todo, procuraremos hacerlo en la medida en que Dios se complazca en capacitarnos. Pero sí sabemos una cosa: “La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

O dicho de otra manera: la gracia de Dios para con hombres y mujeres pecadores es —ahora y siempre— ¡*absolutamente gratuita!*

Capítulo 1

Introducción: Padre e hijo

En una de sus parábolas más memorables, el Señor Jesús describe el despertar espiritual del hijo pródigo con estas palabras:

“Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros” (Lucas 15:17-19).

—Esta vida no vale la pena —se decía el pródigo a sí mismo—. ¡Hasta los jornaleros de mi padre están mejor que yo! ¿Por qué no vuelvo, reconozco que estaba equivocado y le pido a mi padre que me permita trabajar para él?

Con su habitual maestría, nuestro Señor describe con acierto los pensamientos que con frecuencia afloran en los corazones de los pecadores no salvos. En particular, tales pensamientos pueden darse en quienes han caído en lo más hondo del pecado. Al igual que el hijo pródigo, deciden que su estilo de vida actual no vale la pena.

Al mismo tiempo, se dan cuenta de que necesitan a Dios. Así que deciden volver a Él. Pero, al igual que el pródigo, con frecuencia no saben en qué términos serán recibidos.

Saben, por supuesto, que han obrado mal y gravemente. Están dispuestos a admitirlo ante Dios. Pero también pueden albergar la idea de que deben trabajar para Él a fin de ganar su aceptación.

En esto, el hijo pródigo estaba equivocado. Imaginaba que podía llegar a un acuerdo con su padre. Si le permitía vivir en casa, él trabajaría para ganarse todo lo que recibiera.

¡Pero esa no era en absoluto la idea de su padre! Al contrario, lo esperaba con anhelo, y estaba plenamente dispuesto a recibirlo sin condición alguna.

En efecto, ¡la amorosa aceptación del padre le sería concedida de manera absolutamente gratuita!

Así continúa la historia: “Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (Lucas 15:20).

¡Todavía no ha salido ni una palabra de los labios del muchacho! Y, sin embargo, ya cuenta con la aceptación total e incondicional de su padre.

Solo entonces habla: “Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lucas 15:21).

Sin duda, el pródigo está abrumado por una acogida tan llena de gracia. Con razón se siente plenamente indigno de semejante amor. Por eso ahora pronuncia la primera parte del pequeño discurso que ha preparado.

¡Pero solo pronuncia una *parte*! Las palabras —hazme como a uno de tus jornaleros— nunca llegan a decirse.

¡Y no es de extrañar! El hijo comprende ahora que el “acuerdo” que pensaba proponer no tiene cabida en un encuentro como este. Es evidente que ya tiene el perdón y el amor de su padre. Decir algo así en ese momento sería sumamente grosero y totalmente inapropiado.

Introducción: Padre e hijo

Las siguientes palabras del padre lo confirman. El hijo acababa de expresar que no era digno, y su padre responde dando órdenes a sus siervos:

“Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lucas 15:22-24).

Si en algún momento las palabras —hazme como a uno de tus jornaleros— aún se asomaban a sus labios, debieron desvanecerse al instante.

Su padre no pensaba en lo que su hijo podía hacer por él; pensaba, más bien, ¡en lo que él podía hacer ahora por su hijo!

Y fue como hijo —no como jornalero— que su padre lo recibió. Nada menos que el mejor vestido debía ser suyo, junto con el anillo y las sandalias. ¡La fiesta que siguió no celebraba la llegada de un nuevo jornalero a la finca del padre! La fiesta celebraba la recuperación de un hijo perdido. Celebraba que quien antes estaba muerto había vuelto a la vida.

Y tal es, en verdad, el gozo del cielo cada vez que un pecador, perdido y muerto en sus pecados, se vuelve a Dios y es recibido por el amor incondicional de un Padre celestial lleno de gracia.

Pero trágicamente, el gozo que nuestro Señor describió con tanta riqueza se está desvaneciendo para muchos en la Iglesia evangélica actual. En lugar de reconocer la gratuidad del amor salvador de Dios, muchos lo lastran con condiciones.

Es más, llegan a validar los pensamientos iniciales del pródigo acerca de llegar a un acuerdo con su padre¹. Según ellos, ¡el padre no habría recibido a su hijo si este no hubiera estado dispuesto a servir! ¡Lo trágico y lo equivocado de esta visión no puede subrayarse lo suficiente!

Salvación por el señorío

Sería difícil imaginar un diálogo así entre un padre y su hijo:

—Papá, ¿de *verdad* soy tu hijo o solo soy adoptado?

—Bueno, muchacho, depende de cómo te comportes. Si de verdad eres mi hijo, lo demostrarás haciendo las cosas que te digo. Si tienes mi naturaleza en tu interior, no podrás evitar ser obediente.

—Pero ¿y si te desobedezco mucho, papá?

—¡Entonces tendrás motivos más que suficientes para dudar de que realmente seas mi hijo!

¿Qué clase de padre hablaría así con su hijo? ¿No se le acusaría, con razón, de crueldad por tratar de esa forma las angustias de su hijo? En un momento como ese, ¿no es la necesidad más urgente del hijo sentir la aceptación y el amor paterno?

Pero retener esa aceptación para asegurarse la obediencia del muchacho es servirse del rechazo y del miedo.

Y por extraño que parezca, este es el tipo de diálogo que, al parecer, algunos maestros cristianos consideran apropiado entre Dios y el ser humano. Según ellos, si una persona se pregunta si es cristiana o no, habría que decirle que busque la evidencia en su conducta².

Introducción: Padre e hijo

Es peligroso, aseguran estos maestros, ofrecer a alguien la seguridad de que es aceptado por Dios al margen de la obediencia. Para ellos, no existe tal cosa como un amor incondicional de Dios que no esté, de algún modo, supeditado al desempeño.

Esta es la tragedia de la Iglesia evangélica actual. En un grado alarmante, ha perdido el contacto con el amor incondicional de Dios. En gran medida, se ha cegado al corazón de un Padre amoroso que espera —como el padre del hijo pródigo— abrazar a los pecadores con plena aceptación y perdón desbordante.

Incluso si el pecador arrepentido piensa que debería prometer servicio de por vida al Dios a quien ha ofendido, el Padre no permitirá que tal promesa forme parte de su aceptación llena de gracia hacia el ofensor.

Pero muchos evangélicos de hoy han olvidado esta verdad; es más, la niegan. El resultado más evidente ha sido la difusión de lo que comúnmente se llama “salvación por el señorío”. Esta idea sostiene que *un compromiso con la obediencia debe formar parte de la verdadera conversión espiritual*³. Pero, bajo la superficie, yacen todos los horrendos frutos de esta desastrosa manera de pensar.

Solo la eternidad revelará cuántos miles han sido privados de la seguridad de su salvación por esta enseñanza y llevados a la esclavitud del temor en su relación con Dios.

En lugar de promover la santidad, la doctrina de la salvación por el señorío destruye el mismo fundamento sobre el que debe edificarse la verdadera santidad. Al volver a los principios de la ley, ha renunciado al poder espiritual de la gracia.

Un espíritu de juicio

Como si los resultados ya mencionados no fueran suficientes, la salvación por el señorío también fomenta un espíritu de juicio farisaico dentro de la Iglesia. Cuán tentador resulta para nuestra carne pecaminosa creernos con derecho a decirle a un creyente que profesa la fe pero está fallando:

—¡En realidad, no eres lo bastante bueno como para estar en camino al cielo!

Desde luego, rara vez se formula este punto de manera tan tajante. Pero, por mucho que el asunto se revista con jerga religiosa o se oscurezca con una teología sofisticada, el triste hecho sigue siendo el mismo: la enseñanza del señorío se arroga el derecho de despojar a cristianos profesantes de sus profesiones de fe y contarlos entre las filas de los perdidos.

Ciertamente, hay razones de sobra para pensar que hoy hay multitudes en las iglesias que nunca han sido salvas. Pero esto se debe a su falta de comprensión de la oferta del evangelio o a no aceptarla⁴. Que una persona no alcance los estándares morales establecidos en la palabra de Dios es siempre trágico y deplorable, pero no es necesariamente prueba de que no sea salva. ¿Hay acaso algún cristiano que no tenga áreas de fracaso para las cuales deba buscar la gracia de Dios a fin de superarlas?

El pensamiento del señorío, sin embargo, no se conforma simplemente con insistir en que algunas experiencias de conversión no son válidas; en eso casi todos estarían de acuerdo. Va más allá: llega incluso a negar validez a la afirmación de una persona de que confía personalmente en Cristo, con el argumento de que su vida es tan indigna que esa afirmación no podría ser cierta.

Pero el precio que se paga por el privilegio de emitir este tipo de juicios es enormemente alto. El costo no es menos que una reescritura radical del evangelio proclamado por nuestro Señor y por sus apóstoles. Esto conduce a un replanteamiento total del concepto de “fe salvadora”. El

resultado es que, en el pensamiento del señorío, lo que se considera fe deja de ser reconocible como la cualidad bíblica con ese nombre.

Podría decirse incluso que la salvación por el señorío echa un velo de oscuridad sobre toda la revelación del Nuevo Testamento. En el proceso, la maravillosa verdad de la justificación por la fe, aparte de las obras, retrocede a sombras no muy distintas de aquellas que oscurecieron los días anteriores a la Reforma. Lo que sustituye a esta doctrina es una especie de síntesis de fe y obras que apenas difiere del dogma oficial de la Iglesia católica romana⁵.

Conclusión

No hace falta decir que un error de tal magnitud no puede ser descartado como irrelevante para la vida de la Iglesia.

Tampoco puede ignorarse con la vana esperanza de que desaparezca por sí solo. Por el contrario, debe ser afrontado y tratado por todos los que tienen en gran estima el evangelio de la gracia salvadora de Dios. Hacer menos sería fallar al Señor, fallar a su pueblo y, en efecto, fallar al mundo por el cual Él murió.

Pues si la misma Iglesia no es capaz de definir la naturaleza del mensaje que está llamada a proclamar, ¿cómo podrán los hombres y mujeres perdidos entrar en contacto vivo con el amor redentor de Dios? “Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (1 Corintios 14:8).

Es cierto, por supuesto, que hay algo desagradable en la controversia religiosa. A este autor no le agrada en absoluto. Con todo, hay que recordar que varios libros del Nuevo Testamento surgieron, al parecer, de alguna dificultad o confusión doctrinal.

La encendida carta de Pablo a los gálatas viene de inmediato a la mente. Pero también podríamos pensar en Colosenses, 2 Tesalonicenses, 1 Timoteo, 2 Pedro, 1 y 2 Juan, y Judas. De no haber existido los problemas que las motivaron, no tendríamos estas valiosas epístolas.

Así, Dios sabe cómo usar la controversia para promover sus propósitos y poner de manifiesto su verdad.

El mismo Dios que mandó que la luz brillara en el primer día de la Creación, a continuación separó esa luz de las tinieblas que la rodeaban. Por último, les puso nombre a ambas, pues “Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche” (Génesis 1:3-5).

Y Dios siempre ha hecho esto con la luz de su verdad. Primero la revela —ordena que brille—. Pero también separa esta luz de las tinieblas que la rodean, llamando a cada una por su verdadero nombre. Y, en el ámbito religioso, las llama por su nombre: ¡verdad y error!

Este, pues, es el lado positivo de la controversia religiosa: es un instrumento en las manos del Dios vivo para poner su verdad en un foco más nítido. Aunque en sí misma sea indeseable, la controversia ayuda a distinguir con mayor claridad la verdad de Dios del error que intenta deformarla y ocultarla.

Cabe esperar que, por la gracia de Dios, el debate acerca de la salvación por el señorío logre precisamente estos objetivos en nuestros días. Y si así ocurriera, el pueblo de Dios tendría sobradas razones para estar agradecido.

Al fin y al cabo, ¿qué podría ser más provechoso para la Iglesia que volver a maravillarse con la grandiosa sencillez de la gracia salvadora de Dios? ¿Y qué mejor para el mundo al que estamos llamados a proclamar esta gracia?

Porque si *lo tenemos* claro, ¡podremos *decirlo* con claridad!

Capítulo 2

La fe significa precisamente eso: ¡fe!

Difícilmente podría encontrarse en la Biblia una declaración más maravillosamente sencilla que las palabras del Señor Jesucristo cuando dijo:

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47).

Tan sencilla es esta declaración, de hecho, que incluso niños relativamente pequeños pueden entenderla. Sin duda, la gente común puede comprenderla. Su sencillez y claridad son sublimes.

En efecto, son declaraciones como esta las que muestran cuán deseoso está Dios de presentar con claridad su oferta de salvación. Aunque en la Biblia hay temas difíciles de entender —Pedro mismo lo dijo (2 Pedro 3:16)—, el camino de la salvación no es uno de ellos.

Multitudes de hombres y mujeres, jóvenes y mayores, de toda condición, han hallado a Cristo gracias a versículos tan sencillos como este.

Sin embargo, aunque una persona común, e incluso un niño, puede comprender Juan 6:47, ¡algunos maestros y teólogos cristianos no lo comprenden!

En lo que sin duda constituye una de las peores distorsiones de la Biblia de nuestros días, quienes sostienen la doctrina de la salvación por el señorío transforman radicalmente el sentido de las palabras de nuestro Señor. Siendo un modelo de sencillez, la declaración del Salvador queda reducida a una oscuridad incomprensible.

Lo que *realmente* quiso decir con estas palabras —según se nos dice— es algo como esto:

De cierto, de cierto os digo: el que se *arrepiente, cree y se somete totalmente a mi voluntad*, tiene vida eterna.

Para respaldar esta evidente revisión del texto, se nos asegura que todas las ideas añadidas están contenidas implícitamente en la palabra “creer”. Se afirma que, si entendiéramos el concepto bíblico de “fe salvadora”, veríamos la validez de esta lectura de las palabras de Jesús¹.

¡Vaya sorpresa! ¿Quién lo habría imaginado? De no ser por la doctrina de la fe salvadora que promueve la teología del señorío, ¿qué lector habría entendido así a nuestro Señor? De hecho, podría recorrer una y otra vez todo el Evangelio de Juan sin encontrar una sola referencia al arrepentimiento, y mucho menos a la rendición o a la sumisión como condición para la vida eterna. Pero, por supuesto, ¡sí encontraría la palabra “creer” muchas, muchísimas veces!

Estas observaciones, por sí solas, ya constituyen una refutación del pensamiento del señorío. El hecho es que el Evangelio de Juan *es el único libro del Nuevo Testamento* que afirma explícitamente haber sido escrito con un propósito evangelístico. Así, en Juan 20:30-31, el inspirado evangelista dice:

“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”.

Sin embargo, pese a este propósito manifiesto de conducir a los hombres a la fe salvadora, ¡el Evangelio de Juan está tan lejos de articular la salvación por el señorío como lo están el día y la noche!

Algo anda mal en el mundo evangélico cuando se tolera una doctrina que choca tan abiertamente con las declaraciones repetidas del cuarto evangelista. ¿Cuál es el problema? ¿Dónde están las raíces de esta confusión?

¿Qué es la fe salvadora?

Quizá la respuesta más fundamental a tales preguntas sea esta: amplios sectores de la Iglesia cristiana han cedido en silencio a un proceso que ha invertido por completo el significado de la fe.

Con el paso de los años ha ido ganando terreno la idea de que la verdadera fe salvadora se distingue, de alguna manera, de formas falsas de fe, principalmente por sus resultados o “frutos²”.

Así, dos hombres podrían creer exactamente las mismas cosas en cuanto al contenido; sin embargo, si uno de ellos mostrara una experiencia cristiana aparentemente “sin fruto”, su fe sería condenada como “asentimiento intelectual” o “fe de la cabeza”, frente a la “fe del corazón”. En pocas palabras, su fe sería falsa: una fe que no salva ni puede salvar.

Con ideas como estas, quedó preparado el terreno para la teología del señorío en toda regla. Solo quedaba que los proponentes del señorío llevaran el asunto un paso más allá.

Lo que realmente faltaba en la fe falsa, según afirmaban, eran los elementos del verdadero arrepentimiento y de la sumisión a Dios. Así pues, la fe que salva no debe definirse únicamente en términos de confianza, sino también en términos de compromiso con la voluntad de Dios. En ausencia de este tipo de sumisión, insistían, no podía describirse esa fe como bíblica y salvadora.

¡Si alguna vez ha habido un caballo de Troya teológico, este lo es!

Al amparo de una definición completamente insostenible de la fe salvadora, la enseñanza del señorío introduce en la Iglesia cristiana una doctrina de salvación desconocida para los autores del Nuevo Testamento. Convierte la oferta del don gratuito de la vida eterna en un “contrato” entre el pecador y Dios, y transforma el gozo de la vida cristiana en un esfuerzo extenuante por verificar nuestra fe y nuestra aceptación ante Dios. Como teología, es un completo desastre.

Pero además es un disparate. Un poco de reflexión bastará para demostrarlo.

En cualquier otro ámbito de la vida, salvo la religión, no solemos plantearnos preguntas introspectivas sobre la “naturaleza” de nuestra fe. Por ejemplo, si le pregunto a alguien:

—¿Crees que el presidente cumplirá lo que ha prometido?

Podría esperar tres posibles respuestas: “Sí, lo creo”; “No, no lo creo”; y “No estoy seguro” (o “No lo sé”).

No hay nada complicado en este diálogo. Dos de las tres respuestas evidencian una falta de confianza en el presidente. La respuesta “No, no lo creo” indica incredulidad abierta respecto de su fiabilidad. La respuesta “No estoy seguro” indica incertidumbre sobre la integridad del presidente. Solo la respuesta “Sí, lo creo” indica fe o confianza.

Por supuesto, mi interlocutor podría estar mintiéndome cuando dice: “Sí, lo creo”. Incluso podría conocerlo lo suficiente como para decirle:

—¿Te estás burlando de mí? En realidad, no confías en el presidente, ¿verdad?

Pero, desde luego, no le preguntaría:

—¿Cuál es la naturaleza de esa fe que tienes en el presidente? ¿Empezarías ahora a infringir la ley? Y si lo hicieras, ¿no pondría eso en duda el hecho de que realmente confíes en él?

Una pregunta así sería absurda. Mi interlocutor tendría razones de sobra para pensar que estoy bromeando. Y si me tomara en serio, tendría todo el derecho a replicar:

—¿Qué tiene que ver que yo infrinja una ley con mi firme convicción de que puedo confiar en el presidente en todo lo que diga?

Está claro que todos nos movemos en el terreno del sentido común cuando hablamos de la fe en relación con la vida diaria. Solo cuando abordamos este tema en el ámbito religioso, tendemos a dejar el sentido común a un lado³.

De hecho, en la vida cotidiana, el concepto de “fe falsa” apenas surgiría. ¿Qué significaría tal expresión en una conversación normal? ¿No tendría que referirse a algo como “fe mal depositada” o “fe fingida”? Una persona que tuviera tal fe podría estar equivocada respecto de lo que cree. Sus convicciones reales podrían ser erróneas, o quizá simplemente fingiría una convicción o confianza que, en realidad, no posee.

Pero “fe falsa” nunca se referiría a una convicción o confianza real que, de alguna manera, ¡quedara por debajo de un estándar imaginario que midiera sus resultados!

Dejemos claro que las palabras inglesas “believe” y “faith” (“creer” y “fe”) funcionan como equivalentes plenamente adecuados de sus términos griegos correspondientes. No hay ningún matiz oculto en las palabras griegas que no esté ya expresado en sus traducciones habituales al inglés. Aunque algunos han afirmado lo contrario, tal afirmación delata una visión inadecuada o equivocada de la lingüística bíblica⁴.

En consecuencia, un lector griego que se encontrara con estas palabras: “El que cree en mí, tiene vida eterna”, entendería la palabra “creer” exactamente como nosotros. *Con toda seguridad*, el lector no entendería que ese término implicara sumisión, rendición, arrepentimiento ni nada semejante. Para aquellos lectores, como para nosotros, “creer” significa “creer”.

Sin duda, es una de las presunciones de la teología moderna suponer que podemos redefinir, al punto de desvirtuar, términos sencillos como “fe” e “incredulidad” y sustituir el sentido evidente de esos términos por razonamientos enrevesados. La confusión que produce esta práctica ejerce hoy una influencia generalizada en la Iglesia.

La solución, sin embargo, es volver al sentido llano del texto bíblico.

Asentimiento intelectual

Entre las expresiones distintivas de la enseñanza del señorío figuran “gracia barata” (*cheap grace*), “credulismo fácil” (*easy believism*) y “asentimiento intelectual”. Las tres se emplean habitualmente para desacreditar la idea de que la vida eterna puede obtenerse mediante un simple acto de confianza en Cristo. Todas ellas representan una valoración gravemente distorsionada de las cuestiones implicadas.

Naturalmente, la gracia salvadora de Dios jamás podría describirse como “barata” en el sentido negativo que a menudo tiene esta palabra. La realidad es que Dios pagó un precio inmenso —la muerte de su Hijo— para poner a nuestro alcance su gracia. Que la gracia se nos ofrezca a *nosotros* gratuitamente no convierte esa gracia en algo “barato” o sin valor alguno.

A fin de cuentas, cuando la Biblia declara: “Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17), es evidente que no se trata de algo “barato”, ni siquiera en el sentido positivo de la palabra. ¡Estamos hablando de algo que es absolutamente gratuito!

No menos objetable es la expresión “credulismo fácil”. Cabe suponer que lo contrario sería “credulismo difícil”. Y si algún sistema de pensamiento enseña “credulismo difícil”, desde luego lo hace la salvación por el señorío.

Como ya hemos señalado, la salvación por el señorío abandona el sentido llano del verbo “creer” y sobrecarga el concepto de fe salvadora con complicaciones ilegítimas. El resultado es que la transacción de la salvación se vuelve mucho más compleja de lo que realmente es. Pero la salvación *es* sencilla y, en ese sentido, “fácil”. Después de todo, nada hay más simple que “Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

Pero la expresión más engañosa del lenguaje del señorío es la frase “asentimiento intelectual (o mental)”.

Por lo general, con esta frase se da a entender un tipo de creencia distante y desinteresada en los planos emocional y volitivo. La principal culpa la tienen palabras como “intelectual” o “mental”.

Si digo: “Ese hombre solo tiene un interés intelectual en la política”, doy a entender que su interés es demasiado distante y académico. En inglés se produce el mismo efecto cuando digo: “Solo ha dado su asentimiento mental a la proposición”. Una vez más, estoy sugiriendo desapego y desinterés personal.

Pero supongamos que digo: “Hice una observación importante y él asintió”. Entonces, el efecto es distinto. Con estas palabras doy a entender un acuerdo significativo con lo que he dicho. Y no hay con ello ningún matiz negativo.

Es evidente que los términos “intelectual” y “mental” son los que causan el problema. Por supuesto, “intelectual” puede significar simplemente “relativo al intelecto” y no tiene por qué llevar matiz negativo. Pero lo cierto es que, en muchos usos corrientes, sí lo lleva. Así, en inglés, la expresión “asentimiento intelectual” ya arrastra una connotación peyorativa. La frase suena de inmediato como algo indeseable.

En este contexto, deberíamos descartar por completo palabras como “mental” o “intelectual”. La Biblia no conoce una fe “intelectual” en oposición a otro tipo de fe, como la emocional o la volitiva⁵. Lo que la Biblia sí reconoce es la distinción obvia entre fe e incredulidad.

No hace falta ser psicólogo para entender qué es la fe. Menos aún debemos recurrir a la “psicología popular” para explicarla. Apelar a categorías —intelecto, emoción o voluntad⁶— para analizar la mecánica de la fe es, en definitiva, una pérdida de tiempo, un ejercicio por completo estéril. Esas discusiones quedan fuera de los límites del pensamiento bíblico. Las personas saben si creen algo o no, y eso es lo que realmente importa ante Dios.

Pero la salvación por el señorío conduce a sus partidarios a un terreno psicológico sombrío. Se nos dice que la fe verdadera tiene componentes volitivos y emocionales. La pregunta es: ¿en qué sentido?

¿No nos hemos visto todos alguna vez obligados por los hechos a creer algo que no deseábamos creer? ¿No hemos creído, en cierto sentido, contra nuestra voluntad? ¿No fue ese también el caso de Saulo de Tarso en el camino a Damasco? ¿Y no es igualmente cierto que a menudo creemos cosas sin ninguna respuesta emocional apreciable, mientras que en otras ocasiones la emoción nos desborda?

Preguntas como estas muestran lo precarias y contradictorias que resultan las nociones sobre la fe que surgen de la psicología popular.

Lo que no podemos hacer, sin embargo, es creer algo que desconocemos. Por eso el apóstol Pablo afirmó con toda claridad: “¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?” (Romanos

10:14). Y añadió con toda razón: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

¿Implica eso el intelecto? ¡Por supuesto! Pero ¿se reduce a un *mero* asentimiento intelectual? ¡Por supuesto que *no*! Describir así la fe es rebajarla a un ejercicio académico trivial, cuando no lo es en absoluto.

En el lenguaje bíblico, la fe consiste en recibir el testimonio de Dios. Es la *convicción interior* de que lo que Dios nos dice en el evangelio es verdad. Eso —y solo eso— es la fe salvadora⁷.

Fue precisamente este concepto de fe salvadora el que se refleja con tanta claridad en las palabras del apóstol Juan cuando escribió:

“Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna...” (1 Juan 5:9-13a).

¡Qué maravillosamente libre de complicaciones innecesarias es esto! Puesto que a menudo aceptamos el testimonio humano, ¡con cuánta más razón deberíamos aceptar el testimonio divino! Hacerlo es poseer ese testimonio en nuestro interior. Lo contrario —la incredulidad— es hacer a Dios mentiroso.

Además, el testimonio divino anuncia el don de vida que Dios da en su Hijo, de modo que esta vida y el Hijo mismo se poseen conjuntamente. En consecuencia, los lectores originales que han creído tienen la palabra de Dios de que la vida eterna es suya. ¡Su propio testimonio, infinitamente digno de confianza, es el fundamento de su seguridad personal!

Y cuando una persona tiene la palabra de Dios al respecto, no necesita buscar la seguridad de su salvación en ninguna otra parte.

Conclusión

En un pasaje justamente célebre sobre Abraham, el gran modelo bíblico de la fe salvadora, Pablo escribe estas palabras: “Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia” (Romanos 4:3).

La absoluta sencillez de esto debería ser evidente para todos. Abraham confió en la palabra que Dios le dio —creyó lo que Dios dijo—, y ese acto de confianza le fue contado como justicia. En otras palabras, fue justificado por la fe.

La fe, entonces, consiste en tomar a Dios por su palabra. La fe salvadora es tomar a Dios por su palabra en el evangelio. No es menos que esto, pero tampoco es más.

El esfuerzo por convertirla en algo más es una mancha trágica en la historia de la Iglesia cristiana. Las raíces de este esfuerzo se hunden profundamente en ciertas corrientes de pensamiento posteriores a la Reforma⁸. En el mundo de habla inglesa, este concepto radicalmente alterado de la fe salvadora puede describirse, con bastante justicia, como teología puritana. La salvación por el señorío, en su forma contemporánea más conocida, no es sino la popularización del puritanismo del que es heredera⁹.

La fe significa precisamente eso: ¡fe!

Pero hoy en día, como siempre, cuando se permite que las Escrituras hablen por sí mismas — y cuando la Iglesia tiene oídos dispuestos a oírlas—, la sencillez y la gratuidad de la salvación pueden resurgir como una fuerza vital en la conciencia del pueblo de Dios.

Nada es más deseable que ese resultado. Pero para que tal objetivo se haga realidad, hay algo en lo que debemos tener el máximo cuidado. No debemos fallar en este punto crucial. En pocas palabras, debemos permitir que la fe sea precisamente eso: fe.

Capítulo 3

¿Crees esto?

En un momento trágico en la vida de Marta de Betania, que había perdido a su hermano Lázaro, el Señor Jesucristo la confronta con una majestuosa declaración. Le dice:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25-26).

Luego añade una pregunta decisiva: “¿Crees esto?” (Juan 11:26).

Con frecuencia, quienes enseñan la salvación por el señorío afirman que la fe salvadora no puede consistir simplemente en “creer hechos”. Pero esa afirmación está mal planteada y es claramente errónea. Sencillamente no resiste el examen bíblico.

En su diálogo con Marta, el Señor Jesús anuncia *hechos* asombrosos. Declara que Él es la resurrección y la vida. Además, proclama que puede garantizar el destino eterno de todo aquel que cree en Él. Si el creyente muere, Él lo resucitará. Y si vive, puesto que Él da vida eterna, en cierto sentido no muere en absoluto.

Ninguno de estos hechos es trivial; es más, desafían toda descripción.

Jesús está ante Marta en un cuerpo plenamente humano. Sin embargo, le pregunta si acepta realidades sobre Él que eran completamente invisibles a sus ojos y que ningún otro individuo podría haber afirmado sin incurrir en blasfemia. ¿Crear tales hechos sería, por parte de Marta, un impresionante ejercicio de fe!

La fe y los hechos

Uno de los rasgos más trágicos del pensamiento evangélico actual es que hemos perdido gran parte del aprecio por la majestad de la fe sencilla en Cristo. Aunque vivimos en un mundo cada vez más pagano, en el que incluso la creencia en la existencia de Dios está en declive, nuestra estima por la maravilla de una confianza en Dios como la de un niño no deja de erosionarse.

El Nuevo Testamento no comparte nuestra perspectiva moderna. Los escritores de la Escritura sabían perfectamente lo hostil que resultaba su entorno para la aceptación de la verdad cristiana. De ningún modo estaban dispuestos a restar valor a “creer los hechos” acerca del Hijo de Dios. Reconocían claramente lo difícil que resultaba eso tanto para judíos como para gentiles.

Por tanto, la respuesta de Marta a nuestro Señor merece el más alto elogio. Ante la pregunta del Salvador, “¿Crees esto?”, ella responde: “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (Juan 11:27).

No hace falta preguntarnos por qué el apóstol Juan incluyó esta respuesta en su libro. La razón es obvia: Marta está declarando su fe precisamente en los hechos que Juan desea que todos sus lectores crean. Pues, al anunciar el propósito de su escrito, Juan afirma claramente:

“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que *Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios*, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:30-31, énfasis añadido).

Que no haya lugar a dudas: en efecto, estamos hablando de “creer hechos”. Jesús dijo: “¿Crees esto?”; Marta respondió: “Yo he creído *que tú eres...*”, y Juan quiere que sus lectores “crean *que Jesús es...*”. El contenido de la fe en cuestión es, inequívocamente factual.

Pero hay algo más en el intercambio entre Jesús y Marta. Los hechos que el Señor le presenta no son meramente grandes hechos: son hechos *salvíficos*. Es decir, son *hechos divinamente revelados que han de creerse para salvación*. Así, las palabras de Jesús a Marta son la manera en que Juan nos muestra lo que significa creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.

Es normal que, hoy en día, muchas personas afirmen creer que Jesús es el Hijo de Dios. Para tales personas, casi se da por sentado que Él es también “el Cristo”. Después de todo, podrían decir:

—¿No es ese su nombre?

Pero si se les preguntara si Jesús garantiza la resurrección y la vida eterna únicamente sobre la base de la fe, su respuesta bien podría ser negativa:

—¡Claro que no! ¡También hay que vivir como es debido para obtener la vida eterna!

Y al decir esto, pondrían de manifiesto *que no creen* lo que el Salvador pidió a Marta que creyera.

No todos los hechos acerca de Dios son salvíficos. Creer, por ejemplo, en la unidad de Dios (que Dios es uno) no salva a nadie. Todo judío ortodoxo en el mundo romano creía *eso*. En efecto, como señala Santiago al citar a un oponente, también lo creen los demonios (Santiago 2:19). Sin duda, la unidad de Dios es una gloriosa verdad cristiana; pero no contiene en sí misma la verdad del evangelio.

Pero creer que Jesús es el Cristo —*en el sentido que Juan da a ese término*— es creer la verdad que salva. De hecho, es creer exactamente la misma verdad que creyó Marta de Betania. Dicho con la mayor sencillez posible, Jesús le preguntaba a Marta si *creía* que Él garantizaba plenamente el destino eterno de todo *creyente*. ¡Eso equivalía a preguntarle si esa gran verdad se aplicaba también a *ella*! Y Marta confirmó que así era al expresar su convicción acerca de quién era Él.

Así, al creer los asombrosos hechos acerca de la persona de Cristo, Marta *confiaba* en Él y ponía su destino eterno en sus manos. Si se equivocaba acerca de quién era Él, entonces su fe estaba lamentablemente mal depositada. Pero si tenía razón en esto —y la tenía—, entonces la resurrección y la vida eterna eran para ella una certeza. Contaba con la palabra del propio Jesús.

Todo dependía de la *verdad* de lo que creía, no del *tipo* de fe que tuviera: o lo creía o no lo creía. Así de simple.

La fe como apropiación

A partir de todo lo dicho, debería quedar claro que no hay nada de malo en “creer hechos” si esos hechos son verdaderos. Del mismo modo, no hay nada de malo en “creer hechos” para ser salvo, si esos hechos son realmente *la verdad que salva*. Pero esto conduce, de forma natural, a una observación adicional.

Marta creyó los hechos acerca de Jesús que debía creer para ser salva. Y, al hacerlo, *se apropió* del don de la vida eterna.

Es cierto que este no es el momento en que Marta cree por primera vez. No es el momento en que recibe la vida eterna. Más bien, su Señor le pide que exprese una fe que ya poseía.

Eso le sería de provecho. La muerte de su amado hermano había proyectado una sombra oscura sobre su vida. Necesitaba que se lo recordaran —y necesitaba expresarlo—: su confianza en aquel que vence a la muerte para todo el que cree en Él.

Pero es evidente que esa confianza suya no era otra cosa que una apropiación personal de la verdad salvadora. Recibió el testimonio de Dios acerca de su Hijo (1 Juan 5:9-13). Y al hacerlo, se apropió de la vida eterna misma.

No es de extrañar, entonces, que en uno de los pasajes más fundamentales de todo su Evangelio, Juan presente la fe salvadora como un acto de apropiación. El pasaje en cuestión, por supuesto, es el inolvidable encuentro entre Jesús y la mujer samaritana. Fue Jesús quien encaminó la conversación con estas palabras: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva” (Juan 4:10).

—Lo que necesitas hacer —dice nuestro Señor— es apropiarte de algo que quiero darte. Para ello, necesitas conocer ciertos hechos: saber cuál es el don de Dios y saber quién soy yo.

¿Podría haber algo más claro o más sencillo? Esta mujer, cargada de pecado, no podía recibir la vida eterna sin antes obtener información crucial. Necesitaba saber algo acerca de esta oferta y necesitaba saber algo acerca de quien se la hacía.

La conversación que sigue tiene por objeto proporcionarle la información necesaria. El don de Dios es el agua viva (Juan 4:13-14). No era, como ella supuso al principio, el tipo de agua que saciaría su sed *física* (Juan 4:15). Más bien, se trataba de un agua destinada a satisfacer su sed *espiritual*, pues la mujer llevaba una vida de pecado (Juan 4:16-18).

Pero esa era solo la mitad de la verdad que necesitaba saber. También tenía que identificar a la persona que le hablaba. Jesús la guía hábilmente hacia ese objetivo.

La mujer se siente herida porque el Señor deja al descubierto su vida vacía. Rápidamente cambia el tema hacia la religión en general. Pero admite que la persona que tiene delante debe ser, sin duda, un profeta (Juan 4:19-20).

Sin embargo, ¡Él era mucho más que eso! Y en las impresionantes palabras que Jesús le dirige en respuesta (Juan 4:21-24), ella vislumbra algo aún más grande que la profecía. Por eso dice: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas” (Juan 4:25).

La respuesta del Salvador es breve y definitiva: “Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:26). Y con esta asombrosa declaración concluye el encuentro.

¿Creyó la mujer esta afirmación? Por supuesto que sí. Naturalmente, en una aldea donde su reputación era tan baja, tenía que hablar con cautela: “¿No será este el Cristo?” (Juan 4:29)¹. Pero los hombres a quienes dio testimonio sabían que ella lo creía (Juan 4:42). Y aunque no querían reconocerle el mérito, ellos también lo creyeron.

De hecho, su declaración de fe expresa exactamente la misma convicción que hemos visto en Marta. Dicen: “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente este es *el Salvador del mundo, el Cristo*” (Juan 4:42, énfasis añadido).

Creyeron un hecho, ¡pero qué hecho tan magnífico! ¡Este humilde viajero judío era el Cristo de Dios! Por lo tanto, también era el Salvador del mundo, y eso incluía a los samaritanos. En pocas palabras, Él era el Dador de la vida eterna para los pecadores.

A menudo se señala que nuestro Señor tuvo la última palabra en la conversación con la mujer de Sicar. Las palabras “Yo soy, el que habla contigo” no van seguidas de una petición por parte de ella para recibir el agua viva verdadera. De hecho, no le dice nada a *Él*. Lo que ahora tiene que decir es para los hombres de su aldea.

¿Crees esto?

Sin embargo, la transacción de la que Jesús habló sí había ocurrido. Juan 4:10 se había cumplido.

La mujer había dicho: “Sé que ha de venir el Mesías... cuando él venga nos declarará todas las cosas” (Juan 4:25). Pero esas palabras son en realidad una petición. Expresan algo como:

—¡Dímelo, por favor! ¿Eres tú el Mesías que ha de venir? ¿Eres, en verdad, el Salvador del mundo?

Así que, como Jesús había dicho, ella pidió; por lo tanto, Él dio, tal como había dicho. Y su respuesta —su don— es la verdad salvadora de todo el Evangelio de Juan: “Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:26). Dicho de otro modo, Jesús respondió:

—¡Yo soy el Cristo, el Salvador del mundo!

Así, cuando la mujer recibió esta verdad salvadora por la fe, recibió nada menos que el don de Dios. El testimonio de Dios acerca de su Hijo —su *palabra viva*— estaba ahora en ella. Su fe fue su acto de apropiación. Así, con esa fe pasó a poseer el agua sobrenatural de vida eterna.

Conclusión

En el capítulo final de su primera epístola, el apóstol Juan escribió lo siguiente: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios” (1 Juan 5:1). Esto no podría ser más claro. Además, está en plena armonía con lo que acabamos de ver en el Evangelio de Juan².

La verdad de que Jesús es el Cristo —la verdad de que Él es quien da la vida eterna a todo creyente— es la verdad salvadora. Creer esta verdad produce un nuevo nacimiento inmediato y permanente.

Se sigue, por tanto, que no existe tal cosa como creer el mensaje salvador sin poseer al mismo tiempo la vida eterna. “Todo aquel” —no solo algunos o muchos— “que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”. *No hay excepción alguna.*

Así lo afirma el apóstol.

Pero la magnífica sencillez de todo esto se les escapa a muchos evangélicos modernos. En efecto, les asusta y se sienten tentados a eludirla invocando alguna definición especial de la fe salvadora. En ese proceso, oscurecen sin remedio la doctrina bíblica de la fe y distorsionan de manera trágica el mensaje bíblico de la gracia.

En un sentido muy real, intentan hacer la obra de Dios en su lugar. Pero cuando hacemos eso, siempre es un error grave y la mayoría de las veces también desastroso. En este caso, desde luego, lo es.

Por qué sucede esto será el tema del próximo capítulo.

Capítulo 4

¿Qué sucedió realmente?

Santiago, el medio hermano de nuestro Señor, escribió un pasaje clásico y hermoso sobre el tema del nuevo nacimiento. Comienza hablando con elocuencia acerca de la maravillosa generosidad de Dios: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

A continuación, como un magnífico ejemplo de esa generosidad, añade: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18).

Las palabras de Santiago merecen nuestra atención más cuidadosa. Aquí habla, precisamente, del mismo don que Jesús ofreció a la mujer samaritana. Como nuestro Señor, Santiago habla de un milagro realizado por la verdad de Dios: “Nos hizo nacer por la palabra de verdad”.

Sin embargo, en la Iglesia contemporánea la confianza en el poder milagroso de la verdad de Dios ha disminuido drásticamente. Los proponentes de la salvación por el señorío se alarman cuando el evangelio se presenta como un don absolutamente gratuito. En lugar de postrarse ante la inmensa generosidad de Dios, la denigran tachándola de “gracia barata” o “credulismo fácil”.

Sin duda, muchos de ellos están sinceramente preocupados por lo que perciben como la baja condición moral de la Iglesia profesante. Pero el remedio que proponen es mucho peor que la enfermedad que creen haber diagnosticado.

Digámoslo con claridad: añadir condiciones estrictas a los términos de la salvación no es solución alguna. De hecho, es rotundamente contraproducente. Lo único que conseguirá será traer a la Iglesia multitudes ajenas a la gracia de Dios. Y para quienes ya están en la Iglesia, oscurecerá el mensaje de la salvación y destruirá los fundamentos de su seguridad.

Un impacto así traerá consigo el desaliento, la derrota y la desesperación. Estos resultados ya se dejan sentir hoy en congregaciones en las que se predica la salvación por el señorío.

En definitiva, no existe sustituto para el verdadero milagro del nuevo nacimiento.

Hace falta un milagro

Con palabras memorables, un compositor escribió:

Hizo falta un milagro para poner las estrellas en su lugar,
Hizo falta un milagro para suspender el mundo en el espacio;
Pero cuando Él salvó mi alma,
Me limpió y me restauró por completo,
¡Hizo falta un milagro de amor y gracia!

—John W. Peterson
Hizo falta un milagro
(It Took a Miracle)

Estas palabras son verdaderas precisamente porque son bíblicas.

¿Qué sucedió realmente?

Ya hemos visto que el apóstol Juan afirma que recibir el testimonio de Dios acerca de su Hijo es tener el testimonio en nosotros mismos (1 Juan 5:9-10). Bien podemos comparar esto con la declaración del apóstol Pedro: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23). Poco después, Pedro añade: “Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1:25).

El testimonio unánime del Nuevo Testamento es que la palabra de Dios en el evangelio es lo que produce el milagro de la regeneración. Esa palabra —y solo ella— es la semilla poderosa y vivificadora que echa raíces en el corazón humano cuando esa palabra se recibe por la fe.

Por eso es un sinsentido negar que la fe verdadera pueda dirigirse a los “hechos”. Porque si los “hechos” en cuestión constituyen el mensaje salvador de Dios para hombres y mujeres, entonces esos hechos son la verdad de Dios, encarnada y expresada en su palabra. Y donde está la palabra de Dios, allí también está el poder de Dios.

Pero la palabra del hombre no tiene poder. Y eso es, en realidad, la salvación por el señorío. Como los religiosos estrictos desde el principio de los tiempos, los proponentes del señorío consideran que uno debe, de algún modo, “estar a la altura” si espera alcanzar el bienestar eterno. Les resulta extraño que el amor de Dios pueda abrazar incondicionalmente a personas pecadoras, sin imponer requisito alguno.

Pero la incondicionalidad de la gracia divina es lo que distingue con tanta nitidez la palabra salvadora de Dios de la palabra del hombre. ¡Qué claramente se percibe esto en un texto al que ya nos hemos referido varias veces! “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

¡Qué mensaje tan inequívoco transmiten estas palabras! Si alguien simplemente tiene sed, puede tomar de esta agua. ¡Pero espera! Quizá incluso *eso* sea demasiado rotundo. Por eso el Espíritu añade: “el que quiera” —¡quien lo desee!—, que tome de esta agua sin obligación alguna. Que la tome gratuitamente.

¿Y qué ocurre con quienes se apropian de esa agua? ¿Qué les ocurre a quienes creen esta invitación?

Ocurre un *milagro* en ellos. Nacen de nuevo. Se les imparte una vida nueva. Y al poseer esa vida, poseen también al Hijo de Dios (1 Juan 5:12). De hecho, *Él es esa vida* (1 Juan 5:20) y, por tanto, Él mismo vive en ellos (Colosenses 1:27).

¿Cómo se obró este milagro en ellos? Por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. O, como diría Santiago: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad” (Santiago 1:18).

Trae seguridad

Otra hermosa canción ha dejado sus palabras grabadas de forma imborrable en el alma de la Iglesia:

¿Qué sucedió realmente?

¡Bendita seguridad, Jesús es mío!
¡Oh, qué anticipo de gloria divina!
Herederero de la salvación, adquirido por Dios,
Nacido de su Espíritu, lavado en su sangre.

—Fanny J. Crosby y Mrs. J. F. Knapp.
Bendita seguridad
(*Blessed Assurance*)

Las mujeres que nos legaron este himno comprendieron, sin duda, el corazón mismo del evangelio bíblico. Sus palabras y su música son un homenaje imperecedero a la esencia del mensaje de la gracia. En pocas palabras, ese mensaje trae consigo la seguridad de salvación.

Pero ¿cómo se comunica, en efecto, la certeza de que somos salvos? A estas alturas, la respuesta debería ser evidente. La misma palabra que obra milagros y regenera también imparte esa certeza al corazón que cree. En realidad, ambas cosas son simultáneas e inseparables.

Dicho de otro modo, cuando una persona cree, esa persona está segura de que tiene vida eterna. ¿Cómo podría ser de otra manera? Pensemos, por ejemplo, en las palabras de Jesús:

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Esto es sumamente claro. El creyente —dice nuestro Señor— tiene vida eterna. Además, no vendrá a condenación. De hecho, ya ha pasado de muerte a vida. Y creer su palabra es creer también estas cosas.

Así, resulta completamente imposible dar crédito al mensaje del evangelio sin saber que somos salvos, porque ese mensaje lleva consigo su propia garantía. En consecuencia, dudar de la garantía de la vida eterna es dudar del mensaje mismo.

En pocas palabras, si no creo que soy salvo, no creo la oferta que Dios me ha hecho¹.

Eso nos lleva de nuevo a Marta. Cuando ella declaró que creía que Jesús era “el Cristo, el Hijo de Dios” (Juan 11:27), lo hizo en respuesta a las palabras: “¿Crees esto?”

Pero detrás de la palabra “esto” se hallaba una importante afirmación que Jesús había hecho. De hecho, de dos maneras le dijo que Él garantizaba el destino eterno de todo creyente. Primero dijo: “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25).

Y en segundo lugar, dijo: “Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:26).

Estas dos grandes declaraciones están incluidas en la palabra “esto” cuando Jesús dice: “¿Crees *esto*?” De ahí que, si Marta creía “esto”, lo creía también acerca de sí misma.

En efecto, negar “esto” para sí misma habría sido negar que “*todo aquel* que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. Pero Marta creyó y, al hacerlo, supo que ella no moriría jamás. En definitiva, como todo creyente, Marta *supo* en el mismo instante de su fe salvadora que tenía vida eterna.

Esto no significa, sin embargo, que Marta no pudiera dudar más adelante de esta verdad. Incluso Juan el Bautista dudó (Lucas 7:18-20). Pero sí significa lo siguiente: una persona que *nunca ha estado segura* de tener vida eterna *no ha creído* el mensaje de salvación de Dios.

De hecho, si se considera con detenimiento, esta verdad salta a la vista en las repetidas afirmaciones del Evangelio de Juan. Se hace evidente incluso en el versículo de salvación por

¿Qué sucedió realmente?

excelencia. Porque, con palabras que la mayoría de los creyentes sabe de memoria, el apóstol cita a nuestro Señor: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Aquí también encontramos la misma afirmación que Jesús le hizo a Marta. El Hijo que Dios ha dado es aquel por medio de quien, por la fe, se recibe la vida eterna. El creyente, por tanto, posee esa vida y, en consecuencia, no se pierde.

El mensaje de ambos pasajes es exactamente el mismo.

Conclusión

¿Qué sucede realmente cuando una persona cree la palabra salvadora del evangelio? Hay numerosas respuestas a esta pregunta, algunas de las cuales se abordarán en las páginas que siguen. Pero hay al menos dos realidades que son tan absolutamente fundamentales que nunca deberían olvidarse.

Una es que, dentro del creyente, se produce un nuevo nacimiento milagroso mediante el cual llega a poseer la misma vida de Dios.

La otra es que el creyente sabe que posee esa vida².

Estas dos realidades hacen que el don divino sea, en todo sentido, tan “bueno y perfecto” como afirma Santiago que lo son siempre los dones de Dios. Nadie puede comenzar a vivir una nueva vida hasta que la reciba primero por la fe. Y nadie podrá vivir esa vida de manera eficaz si no está seguro de que realmente la posee. El don “bueno y perfecto” de Dios provee para ambas necesidades básicas, y ambas quedan satisfechas en el mismo instante de la fe.

Por supuesto, todavía hoy hay personas en las iglesias que no han nacido de nuevo. Pero eso es culpa nuestra, no de Dios. No se debe al hecho de que Dios ofrece la salvación gratuitamente. Además, el problema no se solucionará añadiendo condiciones no bíblicas al mensaje de la gracia.

Lo que necesitamos es hacernos a un lado y dejar que Dios obre. Debemos dejar de intentar hacer su obra por Él. Ninguna enseñanza del señorío, por estricta que sea, logrará jamás obrar el milagro del nuevo nacimiento. De hecho, tal enseñanza es un obstáculo en el camino de ese milagro.

Lo que se necesita es el evangelio sencillo, presentado tal como es: ¡absolutamente gratuito! Solo esto constituye la palabra de salvación de Dios para la humanidad. Solo esto logra el milagro de la regeneración.

Capítulo 5

Sin viaje de regreso

En su encuentro con la mujer junto al pozo, Jesús hizo una promesa extraordinaria. Le dijo:

“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:13-14).

Aunque no lo comprendiera todo, la mujer de Sicar sí comprendió algo esencial: Jesús le ofrecía un agua que saciaría su sed de forma permanente. Su respuesta lo muestra claramente: “Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla” (Juan 4:15).

Es muy posible que en ese momento hubiese en su voz un matiz de sarcasmo. Y sin duda, aún no comprendía la verdadera naturaleza de esta oferta. Jesús no le estaba hablando de este pozo ni del tipo de agua que contenía.

Pero al menos tenía algo claro: fuera lo que fuese esa agua, bastaba con beberla una sola vez. Si era algo físico, como el agua del pozo que tenía delante, no tendría que volver jamás a este pozo. No habría viaje de regreso.

Y en ese punto estaba exactamente en lo cierto. Es verdad que el agua que Jesús le ofrecía era espiritual y sobrenatural, pero el punto seguía siendo el mismo: después de beber lo que Él le diera, no necesitaría pedírsela de nuevo.

Sin embargo, sorprende que esta sencilla realidad a menudo se pierda de vista en la Iglesia cristiana. Por supuesto, hay muchos que niegan directamente esta verdad: insisten en que el agua de la vida puede perderse por una desobediencia grave o por apartarse de la fe. Una persona que la ha poseído una vez podría necesitar obtenerla de nuevo. Pero, al decir esto, contradicen abiertamente al mismo Señor.

Otros, sin embargo, no van tan lejos. Lo que sostienen, más bien, es que el acto de beber debe repetirse una y otra vez. Y añaden que, si en algún momento se deja de beber, ¡es porque en realidad nunca se empezó! La confusión aquí es enorme. La sencillez de la oferta del Salvador queda completamente eclipsada.

Esta idea es bastante común en la salvación por el señorío. Según algunos de sus proponentes, si alguien “realmente cree”, seguirá creyendo hasta el final de su vida. Y si esa supuesta fe falla, entonces nunca fue verdadera fe.

Este modo de entender las cosas es completamente ajeno a la Biblia. No obstante, muchos se han confundido por este tipo de enseñanza. Por ello, es necesario examinar más de cerca las palabras del Salvador.

El don eterno

El intercambio que tuvo lugar en el pozo de Sicar se basa en la idea de un don. Según Jesús, es un don que Él daría con gusto a la mujer si se lo pidiera (Juan 4:10).

Pero, por la naturaleza misma de la dádiva, una vez concedido, el don pasa a estar en posesión de quien lo recibe. Una sola transacción —dar y recibir— basta para que el intercambio se lleve a cabo.

De ahí que la imagen de un trago de agua resulte tan elocuente en el relato bíblico. Jesús posee el agua. Se la da a la samaritana, y pasa a ser suya para siempre. De hecho, la transforma por dentro. Desde entonces, poseerá una fuente interior, un “manantial” cuyo caudal es tan inacabable como la eternidad misma.

Aquí volvemos a encontrarnos con el milagro de la regeneración. La palabra de Dios, portadora de vida, obra una transformación interior cuando se recibe por la fe. La recepción ocurre en un momento determinado —es como beber un trago de agua—, pero sus efectos son permanentes.

Dicho de otro modo, el agua de la vida se recibe *una sola vez* y se posee *para siempre*. ¡Es un don eterno!

Naturalmente, este concepto no aparece únicamente en la historia de la mujer samaritana. Lo vemos repetidamente en el cuarto Evangelio, tanto en declaraciones directas como en las imágenes de salvación usadas por Jesús. Por ejemplo, en su memorable conversación nocturna con Nicodemo, nuestro Señor dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

Esta célebre declaración merece la más cuidadosa consideración.

No deja de ser llamativo que esta imagen —tan distinta de la de un trago de agua— transmita la misma verdad. El nacimiento también es un acontecimiento único con consecuencias permanentes. De hecho, no existe forma alguna de deshacer nuestro propio nacimiento físico.

Ni siquiera el suicidio puede deshacerlo. Y aunque la muerte pone fin a la vida física tal como la conocemos ahora, no pone fin en absoluto a nuestra existencia consciente. Además, todos los que han muerto volverán algún día a experimentar la vida física (Juan 5:28-29).

Así pues, por medio del nacimiento físico entro en la creación de Dios como una persona eterna. Estoy aquí para siempre. No hay absolutamente nada que pueda hacer al respecto.

Y tampoco hay nada que pueda hacer con respecto a la regeneración una vez experimentada. Por ese asombroso milagro paso a ser hijo de Dios. Incluso si decidiera que no quiero ser su hijo, no serviría de nada. Mi nacimiento espiritual, al igual que el físico, es irreversible.

Ahora bien, se ha sugerido que, aunque no puedo *perder* mi salvación, sí podría *devolverla*. Pero esto es ridículo. No puedo devolver a Dios mi nacimiento espiritual, del mismo modo que no puedo devolver a mis padres terrenales mi nacimiento físico. Si pudiera, las promesas del Evangelio de Juan serían falsas. En tal caso, una persona que creyera en el Hijo de Dios se perdería, contradiciendo Juan 3:16. Una persona que hubiese poseído vida eterna vendría a condenación, contradiciendo Juan 5:24. O bien, como ya hemos observado, alguien que bebió del agua de Jesús volvería a tener sed. Pero todas esas experiencias son imposibles para quien ha creído. Jesús mismo lo dijo.

En el mismo sentido están las poderosas palabras de Juan 5:25. Jesús dice: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”. Una vez más encontramos una imagen elocuente del milagro del nuevo nacimiento. Esta vez, ese milagro se compara con la resurrección misma.

En el versículo anterior, Jesús ha hablado de los creyentes como aquellos que han “pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). ¿Cómo —podríamos preguntarnos— se produce una transición tan significativa? La respuesta está en el versículo 25. La hora ya ha llegado —afirma Jesús— en que los muertos espirituales son resucitados a la vida espiritual. Y el instrumento eficaz de esa resurrección es su propia voz, su palabra vivificante.

Es evidente que aquí también encontramos una imagen que armoniza de manera maravillosa con la del nuevo nacimiento y con la del trago único de efecto permanente. Porque la

resurrección es tan irreversible como el nacimiento. Es un acontecimiento único con consecuencias eternas. Así será para todos los que resuciten en el futuro: su resurrección será una experiencia irrepetible cuyos resultados perdurarán por todas las edades de la eternidad.

Y así sucede también con todos los que son levantados ahora al oír la palabra salvadora de Dios con fe. Los resultados de esa resurrección tampoco tienen fin.

Por eso no nos sorprende que la permanencia de la transacción salvadora se subraye con la máxima fuerza en el capítulo siguiente del Evangelio de Juan. La oímos claramente, por ejemplo, en estas palabras: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Juan 6:35). “Nunca tendrá hambre”. “No tendrá sed jamás”. Jesús está diciendo: —¡Es permanente! ¡Es permanente!

Y lo afirma de nuevo casi enseguida: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37). “No le echo fuera”. —¡Es permanente!

Y lo dice una vez más:

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (Juan 6:38-39).

—¡Que no pierda *nada* de todo lo que el Padre le ha dado; que lo resucite en el día postrero! ¡Es permanente!

Y nuevamente: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:40).

Con razón el Salvador insistió ante Marta en que Él es tanto la resurrección como la vida para todo creyente. Estas verdades están plenamente garantizadas. Forman parte inseparable de la promesa que Jesús hace en su oferta de salvación. La resurrección será concedida a todo creyente en el día postrero. Y la experiencia de la vida de Dios en el creyente, que comienza ahora, continuará a lo largo de las incontables edades por venir.

La vida eterna, por tanto, es más que un don: es, en verdad, un don para *siempre*.

La apropiación eterna

Pero de lo que acabamos de decir se desprende con toda claridad otra verdad: si el don de la vida eterna es nuestro para siempre, entonces el acto de fe por el que nos apropiamos del don es definitivo y final. Esto también se ve con claridad en las imágenes que Jesús emplea para describir esa apropiación.

Recordemos, una vez más, que al hablar con la mujer de Sicar, nuestro Señor describió el intercambio que ofrecía en términos de dar y recibir un trago de agua. No hay en absoluto idea de continuidad. A la mujer no se le pedía beber una y otra vez¹. Se le pedía que bebiera —¡una sola vez, de manera definitiva!—

Por supuesto, esto contrasta precisamente con el agua del pozo junto al cual estaba sentado el Señor Jesucristo. Quien bebiera de esa agua tendría que beber una y otra vez (Juan 4:13). Pero no así con el agua que Jesús daba (Juan 4:14). Nunca más habría que volver a beber de *esa* agua. El primer trago era suficiente porque sus resultados eran permanentes.

Aquí es donde podemos reconocer una grave debilidad en gran parte del pensamiento evangélico actual. Por nuestra fijación con la “naturaleza” de la fe, hemos perdido de vista el enfoque bíblico: el don que recibe la fe.

Después de todo, beber un trago de agua no es más que un medio para un fin. Lo que importa es el agua misma, incluso en el plano físico. Si el líquido que bebo resulta ser agua salada, no importa cuán hábil sea al beberla: esa agua no saciará mi sed física.

Pero muchos evangélicos no están en sintonía con esta perspectiva bíblica. En la Escritura, la fe salvadora es una cuestión sencilla y sin complicaciones. Ya hemos tratado este punto en capítulos anteriores.

Ahora bien, el agua de la vida misma está lejos de ser sencilla: es totalmente sobrenatural. Sus efectos son maravillosos, misteriosos y eternos. Sin embargo, la fe que recibe un don tan grande se caracteriza por la sencillez absoluta de la confianza de un niño.

De hecho, Jesús mismo insistió: “De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lucas 18:17).

La salvación, por tanto, es para quienes la reciben con sencillez de corazón.

Esta misma comprensión directa de la transacción se encuentra de nuevo en el pasaje que ya hemos considerado: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos *oírán* la voz del Hijo de Dios; y los que la *oyeren* vivirán” (Juan 5:25, énfasis añadido).

Con vívida sencillez, nuestro Señor describe su voz como un poder inmenso capaz de llegar hasta los oídos inertes de quienes están espiritualmente muertos. Pero una vez que lo ha hecho —declara Él—, los muertos ya no están muertos. En efecto, han vuelto a la vida.

Así, es evidente que el “oír” del que habla Jesús no es otra cosa que recibir con fe la palabra vivificante de Dios. Y una vez que se ha producido ese “oír”, comienza la vida eterna.

Es totalmente ajeno a esta ilustración pensar en otra cosa que no sea un acontecimiento puntual. La palabra de Dios se oye con fe. El resultado es la vida eterna.

Naturalmente, esta verdad encuentra una ilustración física en la resurrección de Lázaro. Lázaro, por supuesto, ¡estaba verdaderamente muerto! Su hermana Marta se muestra reacia a que retiren la piedra de la entrada del sepulcro por el hedor que sin duda saldría de allí (Juan 11:39).

Pero el Señor Jesucristo, quien es la resurrección y la vida para todo creyente (Juan 11:25-26), no se ve limitado por la condición sin vida de Lázaro. Y con solo tres palabras —“¡Lázaro, ven fuera!”— alcanzó esos oídos inertes y su voz devolvió a este hombre a la vida.

Fue así de simple. Las palabras “¡Lázaro, ven fuera!” (Juan 11:43) fueron directas, claras y eficaces. Lázaro solo necesitó oírlas *una vez*. Desde el momento en que las oyó, vivió.

Del mismo modo sucede con la apropiación del don de la salvación de Dios para nosotros. Es un *solo* trago; basta con oír una *sola vez* la voz del Hijo para que se obre el asombroso e irreversible milagro del nuevo nacimiento.

¿Cómo podríamos haberlo concebido de otra manera?

En consecuencia, no sorprende descubrir este mismo principio en el discurso más importante de la Biblia sobre la salvación. Porque en Juan 3, cuando nuestro Señor se encontró con el inquisitivo fariseo llamado Nicodemo, dejó absolutamente clara la verdad de la que estamos hablando.

De hecho, antes de pronunciar las hermosas palabras de Juan 3:16, Jesús le dijo a Nicodemo:

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-15).

Cuesta exagerar el valor de este prelude incisivo que precede al versículo de salvación por excelencia.

Nadie puede ni siquiera imaginar el sinfín de personas que han hallado la vida eterna por medio de Juan 3:16. Naturalmente, Jesús sabía, al pronunciar estas palabras, que darían un fruto tan abundante. Por eso las introdujo con una ilustración sumamente eficaz de la salvación.

Al hacerlo, Jesús remitió a Nicodemo a un relato del Antiguo Testamento en Números 21:4-9.

Allí, los hijos de Israel se quejaron contra Dios y contra Moisés. Como consecuencia de este pecado, fueron atacados por serpientes ardientes (venenosas), cuya mordedura era mortal. Pero cuando los israelitas suplicaron a Moisés que orara por ellos, él lo hizo (Números 21:7).

Luego, siguiendo las instrucciones de Dios, Moisés “hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta” (Números 21:9). Fue Dios mismo quien le dijo a Moisés que, una vez hecho esto, “cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá” (Números 21:8). Y eso fue exactamente lo que sucedió, de modo que leemos: “y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía” (Números 21:9).

¡Qué maravillosa y sencilla ilustración de la fe salvadora! Así como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, así también sería levantado el Hijo de Dios en la cruz del Calvario. Por lo tanto, siendo el Salvador designado por Dios para la humanidad herida por el pecado, cualquiera puede fijar la mirada en Él con fe y, como los israelitas de antaño, hallar vida de manera instantánea.

Una sola mirada basta; el resultado es la vida eterna. ¿Qué podría ser más claro?

Pero, evidentemente, aquí tampoco se trata de mirar una y otra vez. Del mismo modo que un solo trago de agua viva es una apropiación eficaz, también lo es una sola mirada de fe.

Sin duda, algunas mentes modernas se escandalizan ante la aparente sencillez de todo esto². Pero siempre debemos recordar que estamos hablando de un milagro divino. Y Dios no requiere que se prepare un escenario elaborado para obrar sus milagros.

¡Al contrario! La misma sencillez de nuestra responsabilidad —un solo acto de confianza en Cristo— no hace sino magnificar el milagro que Dios realiza. Porque en el instante en que un hombre o una mujer cree en Cristo, en ese mismo momento la eternidad irrumpe en la experiencia humana y transforma nuestro ser interior en algo maravillosamente nuevo y permanente.

¡Con qué perfección ha captado esta verdad el compositor al decir!

Nacido del Espíritu, con vida de lo alto
A la familia de Dios;
Justificado plenamente por el amor del Calvario,
¡Oh, qué posición la mía!
Y tan pronto se efectuó la transacción,
Cuando, siendo pecador, acudí;

Acepté la oferta de gracia que Él me brindaba,
Él me salvó; ¡Oh, alabad su precioso nombre!

El cielo descendió y la gloria llenó mi alma,
Cuando en la cruz el Salvador me restauró por completo;
Mis pecados fueron lavados

Y mi noche se tornó en día;
¡El cielo descendió y la gloria llenó mi alma!

—John W. Peterson.
El cielo descendió
(Heaven Came Down)

Que no haya lugar a dudas: la Biblia enseña exactamente ese tipo de transacción maravillosa.

Conclusión

El cuadro bíblico de la experiencia de la salvación es magistral por su claridad y sencillez. Una sola apropiación definitiva del don de Dios produce una transformación interior milagrosa que jamás puede revertirse.

Si esto es así, perdemos de vista lo esencial cuando exigimos que la fe verdaderamente salvadora continúe. Desde luego, nuestra fe en Cristo *debería* continuar. Pero la afirmación de que deba hacerlo sin excepción o que necesariamente lo hace carece de todo respaldo bíblico. De esto hablaremos más en los capítulos siguientes.

Por ahora, sin embargo, basta con observar que la Biblia fundamenta la salvación en un *acto* único de fe, no en la *continuidad* de la fe. Con la misma certeza con que la regeneración ocurre en un momento dado para cada individuo, así también ocurre con la fe que salva.

Por ello, en el caso de Abraham, el momento de su justificación queda históricamente fijado. Es en las circunstancias precisas descritas en Génesis 15 donde leemos: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6).

Así, según el relato bíblico, fue en esa —y solo en esa— ocasión cuando Abraham fue justificado por la fe. La declaración de Génesis 15:6 es absolutamente única en el registro bíblico. No se encuentra nada semejante en ninguna otra parte de la narración inspirada de la vida del patriarca.

Y tampoco deberíamos esperararlo. Al fin y al cabo, la justificación y el nuevo nacimiento son acontecimientos irrepetibles como lo es la fe que se apropia de ambos. Para cada cristiano, esos dos acontecimientos ocurren en el mismo momento; ese instante histórico preciso es también el momento de la fe salvadora.

Mediante la justificación adquirimos la *justicia* misma de Dios, que se nos imputa solo por la fe (Romanos 3:21-22). Mediante la regeneración adquirimos la *vida* misma de Dios, que igualmente se nos imparte solo por la fe. Por lo tanto, en un instante obtenemos tanto la aceptación perfecta ante el tribunal de la justicia de Dios como la plena pertenencia a su familia.

Y todo esto es absolutamente gratuito y permanente. “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29).

No hay viaje de regreso.

Capítulo 6

Días de escuela

Pocas palabras de Jesús son tan profundas y exigentes como las que un día dirigió a las multitudes sobre el discipulado. Según Lucas, nuestro Señor les dijo lo siguiente: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:26).

Jesús era, por supuesto, un rabino itinerante, un maestro que viajaba de un lugar a otro. El mundo grecorromano antiguo conocía muy bien esta figura. Incluso fuera de Palestina, especialistas en filosofía, retórica u otras disciplinas viajaban de un lugar a otro ganándose la vida con la enseñanza que impartían.

Nadie esperaba que esa instrucción fuera gratuita. Después de todo, el maestro o filósofo también tenía que comer. Por eso, el precio de la formación que ofrecía siempre era una cuestión relevante. ¿Cuánto costaría convertirse en su alumno?

Eso era, precisamente, un “discípulo”. El término griego original significaba, simple y llanamente, “alumno” o “aprendiz”. Las fuertes connotaciones religiosas que la palabra “discípulo” tiene hoy en inglés no existían para las multitudes a las que Jesús dirigió estas palabras.

Por supuesto, Jesús sí enseñaba religión, o más precisamente, una forma de vida. Pero la cuestión a la que apuntaban sus palabras era sencilla: ¿Cuánto te costará mi enseñanza?

Entre las multitudes había, sin duda, muchos que estaban profundamente impresionados por la enseñanza pública de nuestro Señor. Algunos, ciertamente, estarían considerando convertirse en alumnos habituales y viajar con Él para aprovechar plenamente su enseñanza. ¿Cómo sería “estar en la escuela” bajo este maestro?

La respuesta del Señor a su pregunta fue desconcertante:

—Si no aborreces a tu familia —dijo—, e incluso tu propia vida, de ningún modo puedes ser mi alumno.

Es evidente que estas palabras imponen un alto precio al discipulado. Sugerir lo contrario es eludir su sentido claro.

Del mismo modo, debería quedar claro que *no guardan relación alguna* con las condiciones en que recibimos la vida eterna. No haría falta ni decirlo. Sin embargo, trágicamente, sí hay que decirlo en la Iglesia moderna. De hecho, uno de los errores principales de la teología del señorío es leer las palabras de Jesús sobre el discipulado como si, en esencia, no difirieran de las que dirigió a la mujer de Sicar acerca del agua de la vida¹.

Uno se siente tentado a preguntar: “¿Cómo puede alguien cometer un error así?” ¿Acaso ni siquiera un niño vería que el discipulado es, evidentemente, difícil, mientras que la vida eterna es gratuita? ¿Puede alguien imaginar que Lucas 14:26 esté diciendo realmente lo mismo que Apocalipsis 22:17: “Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”?

Sin embargo, los defensores del señorío sí lo imaginan y han confundido a muchos con esta enseñanza. Pero nadie puede comprender el Nuevo Testamento si no ve la clara diferencia entre el don de la vida eterna y ser discípulo de Jesucristo.

En efecto, ignorar esta distinción vital es abrir la puerta a la confusión y al error doctrinal de la peor especie. Por esa razón, debemos examinar esta diferencia fundamental con la mayor atención.

Crecimiento

Un padre terrenal, que acaba de tomar en brazos a su hijo recién nacido, no necesita que nadie le diga que su hijo está vivo. Lo sabe y se alegra de ello.

Pero también sabe que su hijo no puede hacer absolutamente nada por sí mismo. El bebé que sostiene es apenas un pequeño ser lleno de potencial sin desarrollar. Le espera mucha crianza y formación.

Además, el mundo en el que este niño ha entrado está lleno de dificultades y peligros. Entre estas amenazas están la enfermedad, la discapacidad y los daños externos. Crecer bien nunca debería darse por sentado.

La Biblia tampoco da por sentado el crecimiento espiritual. El hecho es que la palabra de Dios es inequívocamente clara sobre los peligros que se interponen en el desarrollo espiritual. Por eso, el alumno más conocido de nuestro Señor, Pedro mismo, escribió estas palabras: “Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detractions, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis...” (1 Pedro 2:1-2).

Ciertas actitudes, dice el apóstol, perjudican la salud del cristiano, y un ingrediente en particular le resulta esencial. Entre los venenos que han de evitarse están la malicia, el engaño, la hipocresía, la envidia y la calumnia. El alimento indispensable, pues, se encuentra en la leche de la palabra de Dios. Pero la leche mezclada con veneno puede ser mortal.

Hoy existe en parte de la Iglesia evangélica una visión totalmente irreal de la naturaleza de la experiencia cristiana. Según quienes sostienen esta visión, una vida cristiana eficaz es prácticamente un resultado inevitable del nuevo nacimiento. Pero esta perspectiva está tan alejada de la Biblia como lo están el oriente del occidente.

Por supuesto, es una verdad milagrosa que, en el momento del nuevo nacimiento, la misma vida de Dios es impartida al creyente. Pero, al igual que con la impartición de la vida física, la vida espiritual no se nos otorga ya plenamente desarrollada. No nos llega prefabricada.

Por el contrario, la regeneración trae consigo inmensas capacidades y posibilidades asombrosas. Pero todas estas facultades llegan, por así decirlo, no en plena madurez, sino en forma de “semilla” que requiere cultivo.

Una vez más, es Pedro quien confirma este concepto, pues describe a sus lectores como “siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).

De ahí que la experiencia cristiana pueda describirse, con Pedro, como un proceso de crecimiento. Pero, a la vez, puede describirse como un proceso de educación. De hecho, en la lengua original, la expresión de Pedro, “la leche espiritual no adulterada” (1 Pedro 2:2), usa un término que sugiere que esta “leche” está relacionada con los aspectos mentales y racionales de la experiencia humana. Es, por tanto, una palabra que *instruye*².

Ningún padre responsable supone que el crecimiento y la educación de su hijo sean automáticos en un mundo donde incluso el desarrollo físico puede verse frenado, y donde el desarrollo mental y psicológico está aún más en riesgo. Una visión así de la vida física sería sumamente ingenua.

De la misma manera, la Biblia fomenta un realismo sobrio respecto de los problemas que dificultan el crecimiento de la experiencia espiritual en un mundo devastado por el pecado. No es el menor de los obstáculos para este tipo de experiencia el cuerpo físico en el que ha sido depositada la vida de Dios. Por eso Pablo, en una afirmación a menudo pasada por alto, puede escribir estas palabras: “Pero si Cristo está en vosotros, *el cuerpo en verdad está muerto* a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Romanos 8:10, énfasis añadido).

Obsérvese que esta es una descripción de un cristiano: uno en quien moran Cristo y el Espíritu. ¡Y, sin embargo, la morada física que los contiene está espiritualmente muerta!

No es de extrañar que Pablo conciba dos posibles tipos de experiencia para el creyente: una dictada por el cuerpo y su condición de muerte, o una dictada por la vida en el Espíritu de Cristo. El apóstol expone claramente las dos opciones: “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13).

Esta afirmación es tan sencilla como parece. Si persistes en el pecado —advierte Pablo—, tu experiencia se corresponderá con el estado de muerte de tu cuerpo³; pero si haces morir el pecado, experimentarás la vida del Espíritu en ti. Por supuesto, Pablo conocía muy bien la intensa lucha que estas opciones podían generar, como lo muestra de manera tan vívida su descripción en Romanos 7:15-25. La verdad fundamental se expresa en el versículo final:

“Así que, yo mismo con la mente sirvo [como esclavo] a la ley de Dios, mas con la carne [sirvo como esclavo] a la ley del pecado” (Romanos 7:25; las palabras entre corchetes están implícitas por la forma y el lenguaje del texto).

Naturalmente, solo una persona regenerada posee una naturaleza interior *esclavizada*, por así decirlo, a la ley de Dios. Solo quien ha nacido de nuevo puede verdaderamente deleitarse en la ley de Dios según el hombre interior (Romanos 7:22).

En cambio, una persona no regenerada está muerta en sus delitos y pecados, tiene el entendimiento entenebrecido y está alejada de la vida de Dios por la ignorancia que en ella hay, por la dureza de su corazón (Efesios 2:1; 4:18). Las palabras de Pablo en Romanos 7 no pueden describir a un individuo así.

Lo que sí describen es el asombroso enigma de la experiencia cristiana. El creyente en Jesús está vivo en su espíritu, mientras sigue habitando una morada física que, para la vida de Dios, está tan muerta como puede estarlo.

No es de extrañar que Pablo exclame: “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24).

¡Y tampoco es de extrañar que el nuevo nacimiento deba ir seguido de inmediato de educación espiritual!

El costo de la educación

Todo ser humano posee la vida física como un don de sus padres, así como todo cristiano posee la vida eterna como un don de Dios, nuestro Padre celestial. Pero en ambos ámbitos, la educación requiere trabajo arduo.

Solo cuando se trata del crecimiento y el desarrollo espirituales, las buenas obras desempeñan el papel que les corresponde. La Biblia deja claro que, respecto del nuevo nacimiento y de la justificación, no cumplen función alguna.

El apóstol Pablo, en particular, agota los recursos del lenguaje para dejar claro este punto. Así, en Romanos 4 escribe: “Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda” (Romanos 4:4). Si las obras intervienen, declara Pablo, el pago no es en absoluto fruto de la gracia. ¡El salario se gana!

No se trata de un desliz momentáneo de Pablo. Lo reitera en otro lugar: “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Romanos 11:6).

Esto resulta igualmente claro. Nada puede ser por gracia y por obras al mismo tiempo. Se excluyen mutuamente. Mezclarlas es alterar radicalmente su naturaleza. O la gracia dejaría de ser gracia, o las obras dejarían de ser obras. El texto de Pablo lo afirma con toda claridad⁴.

Por el contrario, la teología del señorío a veces elude esta verdad alegando que Pablo contrasta únicamente la gracia con las obras de justicia propia o con aquellas realizadas para obtener mérito ante Dios⁵. Pero tal distinción no tiene fundamento en el pensamiento paulino. El apóstol habla aquí, y en otros pasajes, simplemente de obras⁶. Si Dios nos acepta por gracia, ello no puede tener relación alguna con obras de ninguna clase.

Por tanto, cuando los maestros del señorío afirman que “la salvación es un don, pero cuesta todo⁷”, no hablan el lenguaje de la Biblia.

El lenguaje que sí habla la Biblia es claro para todos los que quieran oír: “Mas al que *no obra*, sino cree en aquel que *justifica* al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5, énfasis añadido).

Este principio, aplicado aquí a la justificación, es precisamente el mismo para la regeneración:

“Nos salvó, *no por obras de justicia* que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por *el lavamiento de la regeneración* y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que *justificados por su gracia*, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la *vida eterna*” (Tito 3:5-7, cursiva añadida).

¿Y quién podría olvidar la maravillosa declaración que se encuentra en el segundo capítulo de la epístola de Pablo a los Efesios? En ese texto tan conocido dice: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9). Pablo nos asegura que las obras no desempeñan papel alguno en la salvación. La experiencia de salvación es por gracia, por medio de la fe. Es un don gratuito de Dios para nosotros.

Sin embargo, las obras sí desempeñan un papel en la experiencia del cristiano *después* del nacimiento espiritual y la justificación. En el pasaje citado anteriormente, Pablo continúa diciendo: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10).

Este texto a veces se malinterpreta: se lee como si significara que el creyente, con toda certeza, andará en las buenas obras que Dios ha preparado para él. *Pero Pablo no dice eso en absoluto.*

Lo que Pablo afirma, en realidad, es el *propósito* de Dios para nosotros. Dios *quiere* que andemos en buenas obras. Que lo hagamos o no depende de numerosos factores bíblicos que son relevantes para el crecimiento espiritual.

Un texto análogo se encuentra en Juan 3:17: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. Una vez más, este pasaje no afirma

que el mundo *será* salvo. Más bien afirma que Dios *quiere* que así sea y que envió a su Hijo para hacerlo posible.

Después de todo, Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Pero lo que Dios *desea* que suceda y lo que en su sabiduría *decreta* no siempre coinciden.

Digámoslo claramente. La frase griega en Efesios 2:10 (“para que anduviésemos en ellas”) es exactamente el mismo tipo de construcción que se encuentra en Juan 3:17 (“para que el mundo sea salvo por él”). En ninguno de los dos textos hay garantía alguna de que el propósito declarado se cumpla.

El envío del Hijo de Dios, por tanto, dispuso todo lo necesario para que el mundo escapara de la condenación divina y fuese salvo; pero no lo garantizó. De la misma manera, el milagro de la salvación de Dios en nuestras vidas —obrado por gracia mediante la fe, sin obras— dispone todo lo necesario para una vida entera de buenas obras para la cual Él nos ha diseñado; pero no lo garantiza.

No obstante, por este milagro de gracia hemos llegado a ser hechura de Dios. Y como Él es un maestro artesano, no hay dos hechuras suyas que sean exactamente iguales. Cada uno de nosotros es, por tanto, una creación especial en Cristo Jesús. Y para cada uno de nosotros ha preparado obras especiales y particulares para las cuales estamos perfectamente diseñados.

Ahora bien, realizarlas requiere esfuerzo de nuestra parte.

Esto es precisamente lo que el apóstol Pedro nos enseña en su segunda epístola. Primero, declara la amplia provisión que Dios ha hecho para nosotros en la experiencia de la salvación. Dios —afirma el apóstol— nos ha dado “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad... mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2 Pedro 1:3). Pero esto no es una invitación a la pasividad. Por el contrario, es un llamamiento a la diligencia:

“Vosotros también, poniendo *toda diligencia* por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. *Porque si estas cosas están en vosotros*, y abundan, no os dejarán *estar ociosos ni sin fruto* en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1:5-8, énfasis añadido).

La experiencia cristiana, por tanto, comienza con la fe. Por la fe nos apropiamos del don de la vida con todo su potencial incomparable. Eso sí que es absolutamente gratuito.

A partir de ahí, hace falta diligencia. Debe haber disposición a trabajar, y a hacerlo con empeño. Ciertamente, Dios nos brindará generosamente su ayuda al hacerlo; pero hemos de *querer* esa ayuda, *buscarla* y *estar dispuestos* a poner toda nuestra constancia en el proceso de crecimiento cristiano. No hay otra manera de dar fruto.

La educación espiritual, en efecto, está a nuestra disposición. Pero para obtenerla, debemos estar dispuestos a pagar el precio.

Conclusión

En un texto paulino clásico sobre la educación espiritual, el apóstol escribe lo siguiente:

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos [*a nosotros*] que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:11-12, cursiva añadida).

El término griego que Pablo usa aquí para “enseñándonos” designaba especialmente la educación y disciplina de un niño. El mensaje de la gracia salvadora de Dios es para “todos los hombres”, pero la educación que imparte es para “nosotros”, los hijos de Dios nacidos de nuevo.

Pero Pablo estaba muy lejos de asumir que este proceso educativo sería inevitablemente eficaz para todos los creyentes. Como demuestra a lo largo de sus epístolas, era un realista práctico en cuanto a los peligros espirituales que enfrentaban sus conversos y en cuanto a la posibilidad de fracaso.

Por eso Pablo nunca dio por sentadas las buenas obras en la vida del creyente. En cambio, consideró necesario decirle a Tito:

“Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres” (Tito 3:8).

—No bajas la guardia, Tito —dice Pablo—. Recuérdales constantemente a los creyentes que se ocupen en buenas obras. Deben ser sumamente cuidadosos al mantenerlas, y es parte de tu labor velar por que así sea.

Este es, pues, el verdadero cuadro bíblico de la experiencia cristiana. En nuestro nacimiento espiritual somos generosamente dotados de todo el potencial necesario para una vida cristiana eficaz. Pero debemos ser enérgicos en cultivar ese potencial, y si estamos realizando buenas obras, debemos tener sumo cuidado en mantenerlas.

En otras palabras, necesitamos estar plenamente comprometidos con la meta a la que nos conduce nuestra educación espiritual. No podemos permitir que ninguna otra meta interfiera. Debemos estar tan entregados a nuestro Señor que nuestro amor por Él supere a todos los demás amores. En comparación con nuestra devoción a Él, todo amor secundario debe parecer odio.

—Esto es lo que te costará ser mi alumno —decía Jesús a las multitudes (Lucas 14:26)—. Mi “plan de estudios” es tan exigente que no puedes ser mi alumno sin “odiar” a tu padre y madre, mujer e hijos, hermanos y hermanas, y sí, incluso tu propia vida. Antes de inscribirte, ¡piénsalo bien!

Capítulo 7

Abandonar los estudios

Había una buena razón por la que el Señor Jesús insistía en que una persona pensara detenidamente antes de decidir convertirse en su alumno. No era en absoluto porque su plan de estudios fuera difícil de comenzar. El problema era que resultaba difícil de completar.

Por eso Jesús habló como lo hizo inmediatamente después de sus palabras sobre “odiar” a la familia y a la propia vida. Tras las exigentes demandas de Lucas 14:26, añadió lo siguiente:

“Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?” (Lucas 14:27-28).

Aquí el Hijo de Dios no presenta una imagen falsamente atractiva del discipulado. Si alguien deseaba seguirlo como su maestro, había una carga que debía llevar a lo largo del camino. Esa carga se describe como una cruz.

Sin duda, solo más tarde, a la luz de lo ocurrido en el Calvario, la Iglesia comprendió plenamente el alcance de esta afirmación. Pero incluso para las multitudes que la oyeron por primera vez, debió de sonar lo bastante solemne.

Los criminales eran crucificados en maderos como esos. La mayoría de los oyentes de Jesús probablemente había presenciado alguna crucifixión. Las connotaciones de la palabra “cruz” eran sombrías. ¿Qué podría significar eso para un alumno de este maestro?

Fuera cual fuese su significado, el oyente podía al menos percibir la pertinencia de la siguiente afirmación de nuestro Señor. Hacerse su discípulo implicaba un costo, igual que lo implicaba construir una torre. Ningún constructor sensato se pondría a levantar una torre (aunque algunos necios lo han hecho) sin calcular antes si puede costearla hasta concluirarla. No hacer ese cálculo previo podría acarrear más tarde una vergüenza considerable.

Así, Jesús prosiguió diciendo: “...no sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar” (Lucas 14:29-30).

—Es posible —dice Jesús— que empieces como un “alumno” mío, pero que no seas capaz de mantenerte en el camino. Puede que no logres terminar.

Lamentablemente, muchos maestros cristianos no tienen la franqueza que Jesús mismo mostró al hablar del discipulado. No suelen ser claros al advertir a los creyentes que el proceso educativo puede ser duro y que “abandonar los estudios” es un peligro que debe afrontarse sin rodeos.

La realidad es que el Nuevo Testamento nunca da por sentado que los creyentes vayan a llevar el discipulado hasta el final. Y nunca convierte este tipo de perseverancia en condición ni en prueba de la salvación final del infierno.

Lo que sí hace, una y otra vez, es advertir a los creyentes del peligro de *no* perseverar. Dicho en términos actuales, la Biblia advierte a los cristianos contra “abandonar” el proceso educativo.

El desafío de seguir adelante

Ningún padre sensato da por hecho que su hijo terminará la escuela simplemente porque es su hijo. Incluso en familias con alto nivel educativo, donde es probable que todos los hijos completen sus estudios, puede ocurrir que uno o varios no lo hagan.

Las posibles razones son innumerables. Un trastorno de aprendizaje puede impedir que un niño concluya sus estudios. La tentación de las drogas (tan extendidas hoy que incluso los más pequeños están en riesgo) puede ser otra. O puede haber problemas psicológicos, enfermedades físicas o desajuste social.

El padre realista es consciente de todos estos peligros y no da nada por sentado. Cuando hace falta, anima a su hijo a evitar los escollos y a perseverar en el proceso educativo.

Del mismo modo, Dios el Padre hace exactamente lo mismo. ¿De dónde hemos sacado la idea de que no lo hace?

De hecho, en un pasaje verdaderamente hermoso de la carta a los Hebreos, el autor anónimo lanza un enérgico llamamiento a perseverar en el camino cristiano. Pero, antes de hacerlo, resume el privilegio espiritual de acceso a Dios del que gozaban sus lectores cristianos. Escribe:

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:19-22).

Esta expresión memorable y exquisita del privilegio cristiano es, con razón, atesorada por muchos. Pero está claro que a quienes se dirige el autor son cristianos. Y a estos cristianos el autor les manifiesta de inmediato una preocupación genuina:

“Mantengamos *firme, sin fluctuar*, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; *no dejando de congregarnos*, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:23-25, énfasis añadido).

—Tened cuidado —advierte el autor—, no abandonéis la escuela. Manteneos firmes en vuestra esperanza cristiana.

Naturalmente, la Iglesia misma era un aula espiritual indispensable donde aquellos primeros creyentes aprendían gran parte de la verdad de Dios. Dejar de reunirse con otros creyentes para recibir instrucción y adorar, e incluso abandonar la propia confesión cristiana, no era otra cosa que renunciar a la condición de alumno —de discípulo— de Jesucristo.

Por supuesto, hay quienes intentan aplicar esta advertencia a meros profesantes que, en realidad, no son cristianos. ¡Si eso es lo que el autor de Hebreos tenía en mente, hizo un magnífico trabajo al ocultarlo!

Que el lector vuelva a fijarse en los versículos recién citados de esta gran epístola (Hebreos 10:19–25). Excepto por puro prejuicio teológico, ¿quién sospecharía que la advertencia allí no estaba destinada a cristianos verdaderos? Lo mismo ocurre con las palabras del autor más adelante en el capítulo:

“Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos... Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos” (Hebreos 10:32, 34).

Una vez más, a los lectores se les considera cristianos, y cristianos que saben que tienen posesiones en el cielo.

Pero de inmediato el autor añade: “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón” (Hebreos 10:35).

—¡Manteneos firmes, manteneos firmes! —les dice el autor—. ¡No desechéis la confianza que os conduce a un gran galardón¹!

Por lo tanto, es una ilusión teológica sostener que un cristiano que ha iniciado el camino del discipulado jamás podría abandonarlo. En el ámbito espiritual, esta idea es tan ingenua como la de un padre terrenal que afirma: “¡Mi hijo nunca abandonaría la escuela!”

Por eso resulta profundamente significativo que Pablo compare la vida cristiana con una pista de carreras en la que ganar no es automático para ningún corredor, ni siquiera para él mismo. Concretamente, escribe:

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis... Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, *no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado*” (1 Corintios 9:24, 26-27, énfasis añadido).

—Ni siquiera yo doy por sentado ganar esta carrera —declara Pablo—; más bien hago todo lo posible para evitar ser eliminado al final.

De nuevo, aquí no se contempla en absoluto la pérdida de la vida eterna. Tal pérdida es imposible, como nuestro Señor mismo lo dejó claro². Pero el apóstol sí contempla la posibilidad de que incluso él —que predicaba a otros— pudiera perder el galardón que Dios concede a quienes terminan la carrera con éxito.

Solo cuando Pablo estuvo a las puertas del martirio pudo repasar toda su vida cristiana con un profundo sentido de victoria. Sus palabras son justamente célebres:

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:7-8).

Ninguna vida cristiana puede declararse un éxito si no *termina* bien. La carrera no ha concluido por el simple hecho de llevar años corriéndola. Dicho de otro modo, la tarea de levantar la torre del discipulado cristiano exige una firme perseverancia hasta concluir la (Lucas 14:28). Abandonar es exponerse a la burla del mundo que nos rodea y traer deshonra al nombre de nuestro Señor.

Pero si alguien supone que ningún cristiano verdadero podría —o querría— abandonar, no ha estado prestando atención a la Biblia. Necesita volver a leer el Nuevo Testamento, esta vez, con los ojos bien abiertos.

Advertencia a los perdidos

De lo dicho hasta ahora se desprende algo evidente: si el proceso educativo llamado discipulado es tan exigente, nadie debería inscribirse en él si aún no posee las capacidades espirituales que se conceden gratuitamente en el momento del nuevo nacimiento.

Pero algunos sí lo intentan. En consecuencia, al dirigirse a las multitudes sobre las exigencias de ser su discípulo, nuestro Señor, sin duda, tenía presente este hecho.

Por supuesto, como ya se ha señalado, Jesús quiere que *cualquier* posible alumno suyo sopesa con sumo cuidado sus exigencias. Esto no solo se desprende de lo que dice acerca de construir una torre, sino también de las palabras que dice a continuación. Así como el Señor aconseja al aspirante a alumno que “se siente” como un constructor de torres “y calcule los gastos”, también añade:

“¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz” (Lucas 14:31-32).

—Hacerse mi alumno —dice Jesús— es como ir a la guerra. Más aún, es como enfrentarse a fuerzas que te superan con creces en número. Es una necedad lanzarse a la batalla sin considerar si se puede ganar.

Naturalmente, incluso los cristianos nacidos de nuevo necesitan oír esta clase de evaluación sobria. El discipulado a Jesucristo no es una invitación a un picnic de la escuela dominical. Es una invitación a la guerra espiritual.

Con todo, un cristiano sí dispone de los recursos para esta batalla en virtud de la regeneración. Así que, confiando en Dios y con un compromiso de todo corazón con Cristo, puede esperar el tipo de victoria que logró el apóstol Pablo. Con la fuerza que Dios le proveerá generosamente, el creyente puede, en efecto, pelear la buena batalla y terminar la carrera.

Pero ¿cómo podría hacer eso una persona no salva? Por supuesto, no puede. No tiene ninguna posibilidad de terminar bien. Necesita escuchar con suma urgencia la advertencia de nuestro Señor.

Aun así, a pesar de palabras tan severas como estas, hubo hombres no salvos que se adhirieron a Jesús cuando Él aún estaba en la tierra. En términos sencillos, hubo personas no regeneradas que se inscribieron como alumnos suyos.

Judas es el ejemplo clásico, pero hubo otros. Este hecho lo deja claro el mismo Señor en un pasaje importante del Evangelio de Juan.

En cierta ocasión, después de que el Salvador pronunció su discurso sobre el pan de vida, sus discípulos se sumieron en confusión. Les desconcertó en especial la imagen con la que nuestro Señor presenta la fe salvadora como una apropiación de sí mismo en su humanidad encarnada. La describe como el acto de comer su carne y beber su sangre (Juan 6:53-58).

La confusión no tardó en cundir entre sus alumnos: “Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?” (Juan 6:60).

En respuesta, Jesús advierte a estos discípulos que su confusión respecto a sus palabras los deja sin preparación para verdades aún más difíciles por venir (Juan 6:61-62). Si les escandaliza la verdad relacionada con su encarnación, ¿cuánto más los escandalizará la verdad relacionada con su regreso a la gloria? Además, les dice que han tomado sus palabras demasiado al pie de la

letra, en lugar de entenderlas en el sentido espiritual en que las dijo (Juan 6:63). Y añade: “Pero hay algunos de vosotros que no creen” (Juan 6:64a).

No es de extrañar que algunos de ellos tuvieran problemas con las imágenes de nuestro Señor sobre el acto de la fe salvadora. No poseían tal fe, porque nunca se habían apropiado de Él como el pan de vida.

Pero fijémonos bien en algo. Juan el Evangelista escribe que “*muchos* de sus discípulos” encontraron duras sus palabras (Juan 6:60). Sin embargo, Jesús dice: “Hay *algunos* de vosotros que no creen” (Juan 6:64).

La confusión no surgía exclusivamente en la mente de los discípulos no regenerados. Los discípulos regenerados también podían quedar desconcertados por esta imagen nueva y rica del acto salvador de apropiación. Pero, cuando menos, *algunos* de los confundidos no eran salvos. Esto no sorprendió a Jesús en absoluto: “Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar” (Juan 6:64b).

Pero si Él lo sabía, ¿por qué les permitió iniciar el camino del discipulado? ¿No es la respuesta del todo evidente? Los *amaba*, incluso a Judas. Además, “el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). Si querían sentarse día tras día a escuchar su enseñanza, ¿por qué no permitirlo? De este modo, Él podía *buscarlos* día tras día.

A fin de cuentas, la Biblia declara que “Dios nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3-4). Su amor es ilimitado y se dirige a cada ser humano.

Con frecuencia (aunque no siempre), la salvación por el señorío se combina con un sistema de pensamiento severo que niega la realidad del amor de Dios por cada ser humano. Según esta clase de teología, Dios destina a la mayoría a la condenación eterna mucho antes de que nazcan y, en realidad, entrega a su Hijo para morir solo por los escogidos³.

Para tales pensadores, la declaración de que “de tal manera amó Dios al mundo” (Juan 3:16) debe retorcerse para que signifique algo menos que su amor universal por la humanidad. No es objeto de este libro abordar ese trágico error. El autor solo puede confiar en que la mayoría de los lectores estarán dispuestos a descansar en las sencillas afirmaciones de la Escritura sobre la disposición de Dios y su provisión para los perdidos (Juan 1:7, 29; 3:16-17; 4:42; 12:32; 2 Corintios 5:19; 1 Timoteo 2:1-6; 4:10; Tito 2:11; 2 Pedro 3:9; 1 Juan 2:2).

Nadie niega que hay un elemento de misterio en la manera en que los propósitos soberanos de Dios se relacionan con nuestra responsabilidad de elegir lo bueno y lo justo. La Biblia no pretende resolver esta tensión, como tampoco intenta desentrañar el misterio de la Trinidad.

Ningún sistema de pensamiento que reduzca a los seres humanos a simples robots o a marionetas de hilo hace justicia a la profunda insistencia de la Biblia en la responsabilidad humana. Para lo que ahora nos ocupa, damos por sentado que Dios es verdaderamente soberano y cumple todos los fines que decreta. Pero también asumimos que cada individuo es genuinamente responsable de responder a la bondad de Dios, nuestro Creador. Muchos textos lo dejan de manifiesto (por ejemplo, Romanos 1:18-21; Hechos 14:14-17; 17:24-29). Y donde hay una verdadera búsqueda de Dios, Él la galardona (Hebreos 11:6).

Por eso fue, en realidad, un acto de bondad y de amor que Jesús permitiera que discípulos no salvos viajaran con Él. Así, tenían más oportunidades de llegar a la fe salvadora en Él. Pero al mismo tiempo, ese privilegio agravaba su responsabilidad ante Dios si no llegaban a creer.

Quizá algunos de esos discípulos no salvos llegaron finalmente a apropiarse del pan de vida. Judas, por supuesto, nunca lo hizo. En cuanto a los demás, no lo sabemos. La Biblia no lo dice.

Lo que sí dice la Biblia es que, en esta ocasión, muchos de sus alumnos “abandonaron los estudios”: “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Juan 6:66).

De nuevo, debemos ser cautos. Jesús dijo que *algunos* no creían; Juan dice que *muchos* lo abandonaron. No hay motivo para pensar que todos los que se apartaron no fueran salvos. De hecho, hay razones para sospechar lo contrario. Porque lo siguiente que leemos es: “Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros?” (Juan 6:67).

—¿Estáis comprometidos? —pregunta Jesús—. Decídmelo.

Claramente, sus palabras implican lo siguiente:

—No es imposible que también vosotros os vayáis.

Lo que debemos notar especialmente es la franqueza de nuestro Señor con sus alumnos no salvos. Su situación era realmente precaria. A pesar de las duras condiciones que Jesús había establecido públicamente para el discipulado, se inscribieron de todos modos. Sin embargo, no había para ellos un desenlace favorable, a menos que creyeran en Él para vida eterna. Así que les dijo abiertamente:

—Algunos de vosotros todavía no lo habéis hecho.

Aquí no se confunden discipulado y salvación; en la teología del señorío, sí. Por un lado, nunca se da por supuesto que incluso los salvos llevarán con éxito el discipulado hasta el final. Por otro, se reconoce que alguien puede ser descrito correctamente como discípulo y, sin embargo, todavía no haber nacido de nuevo.

Así, las advertencias públicas de nuestro Señor acerca de las exigencias de su plan de estudios resultan doblemente pertinentes. ¡Quien piense inscribirse debería sopesar esta decisión con el máximo cuidado!

Conclusión

El discipulado al Señor Jesucristo está, evidentemente, destinado a quienes han sido regenerados por la fe en Él. Pero el discipulado —aun hoy— implica predicación y enseñanza públicas. No debería sorprendernos que a veces personas no regeneradas se vean atraídas por este proceso. De hecho, incluso llegan a hacerse miembros de iglesias.

No siempre podemos saber cuándo sucede esto, como sí podía nuestro Señor omnisciente. Pero podemos aprender de su ejemplo. Debemos mantener siempre la cuestión del evangelio separada y distinta del proceso de educación espiritual. No debemos suponer que un hombre o una mujer haya nacido de nuevo solo por hallarse en las filas de los discípulos cristianos. Nuestra predicación y enseñanza deben dejar siempre claro que el discipulado no salva.

De hecho, el discipulado no es ni condición ni prueba de una regeneración genuina. Solo la fe en Cristo para vida eterna produce el nuevo nacimiento genuino. Nadie que se siente bajo nuestra enseñanza y predicación debería ser inducido a pensar otra cosa.

Por otro lado, ciertamente no debemos suponer que una persona que ha “abandonado” el proceso sea necesariamente no salva. Puede que, en realidad, haya encontrado su educación espiritual más exigente de lo esperado; puede que no haya calculado bien el costo.

Nadie que escuchara a Jesús enseñar en público podía quedarse con la impresión de que ser su alumno era fácil o poco costoso. Sus advertencias al respecto eran inequívocas. La formación con Él era extremadamente exigente, y así lo afirmó.

Y nosotros debemos decir lo mismo. En efecto, es nuestra responsabilidad dejar claro que la salvación es absolutamente gratuita; el discipulado, ciertamente, no lo es.

Capítulo 8

La batalla de reyes

Jesús no dijo nada de manera descuidada. A lo largo de los siglos, sus alumnos han reconocido este hecho. Han aprendido que todo lo que su maestro enseñó exige atención reiterada y minuciosa.

Eso es, sin duda, cierto de las palabras en las que Jesús compara el discipulado con la guerra. Consideremos de nuevo esas palabras:

“¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil?” (Lucas 14:31).

El contenido de esta declaración resulta muy llamativo:

—Ser mi alumno —declara Jesús— es como ser un rey que está en guerra con otro rey. Además, el rey enemigo parece abrumadoramente poderoso.

—El discipulado —dice el Señor— es una batalla entre reyes, un conflicto entre dos soberanos.

A la luz del resto del Nuevo Testamento, el sentido resulta claro. El creyente en Jesucristo pertenece a la realeza: es un hijo regenerado del Rey Eterno. Además, el creyente forma parte de un “real sacerdocio” (1 Pedro 2:9). Más aún, si persevera en el camino cristiano, se le promete autoridad real, pues “si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12).

Pero el otro rey también se identifica con facilidad. No puede ser otro que “el príncipe de este mundo” (Juan 14:30), el “príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2). De hecho, es “el dios de este siglo”, quien “cegó el entendimiento de los incrédulos” (2 Corintios 4:4). Es Satanás mismo.

Es evidente, entonces, que este rey dispone de grandes fuerzas. No solo ciega las mentes de los incrédulos —a quienes luego puede manipular—, sino que está al mando de poderosas huestes espirituales que actúan bajo sus órdenes.

El apóstol Pablo habla con viveza de estos enemigos sobrenaturales. Al hacerlo, describe también la vida cristiana como una guerra. Sus palabras son, a la vez, sobrias e inspiradoras:

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (Efesios 6:12-13).

La batalla es real, según Pablo, y en nuestro conflicto libramos una lucha contra oponentes cuyas capacidades y fuerzas superan con creces las nuestras. Sin embargo, la victoria es posible si nos valemos de los recursos que Dios pone a nuestra disposición.

Pero debemos revestirnos de la armadura que Él provee. Si no lo hacemos, nos exponemos a una rápida derrota.

Con razón Jesús desafió a los aspirantes a ser alumnos suyos a considerar la educación que Él ofrecía como una forma de conflicto. Un rey enemigo —Satanás mismo— ciertamente vendría contra ellos con todas las fuerzas que pudiera reunir. Sería injusto no dejarlo claro.

La batalla de reyes

Pero en la salvación por el señorío estas cosas no se aclaran en lo más mínimo, sino que quedan lamentablemente oscurecidas.

Según esa teología, no perseverar en la carrera y en la guerra cristianas es señal de que uno no ha nacido de nuevo. Se nos dice que todos los verdaderos cristianos terminan como vencedores, como conquistadores. Pero si perder y ser derrotado no fueran posibilidades reales para el cristiano, entonces la carrera y la batalla no serían reales.

De hecho, este punto de vista es una fórmula segura para la derrota. Es incluso una especie de desarme espiritual unilateral. Sus consecuencias son gravísimas y favorecen enormemente a nuestro enemigo.

Estas profundas cuestiones deben considerarse con sumo cuidado.

La moral espiritual

Todo líder militar eficaz sabe que la moral de las tropas es un elemento vital para alcanzar la victoria. Si las fuerzas a su mando están desanimadas y desmoralizadas, la derrota es una posibilidad muy real.

Lo que en realidad hace la salvación por el señorío es asestar un duro golpe a la moral cristiana. En lugar de asegurar al creyente que, pase lo que pase, pertenece a Dios, los maestros del señorío le dicen al cristiano que debería verificar su salvación mediante una vida victoriosa. Si uno es realmente salvo, esto se demostrará por la manera en que derrota al enemigo. Al fin y al cabo, los *verdaderos* cristianos son vencedores.

¿Y si el creyente pierde? Puede ocurrir a veces, pero “perder” no debería suceder con demasiada frecuencia ni prolongarse demasiado. Dentro del marco del pensamiento del señorío, si alguien sufre una derrota espiritual grave o prolongada, su salvación bien podría ponerse en entredicho. En el fondo, para la doctrina del señorío, mi propia identidad como cristiano depende de lo bien que yo luche.

Esto se parece a decirles a los soldados que luchen con todas sus fuerzas por su país para que, al luchar bien, demuestren que de verdad es su patria. Pero ¿qué soldado arriesgará su vida en el campo de batalla por amor a su país sin estar seguro de a qué país pertenece?

Desde luego, un soldado mercenario podría asumir grandes riesgos si la paga fuera lo bastante generosa. En la antigüedad hubo muchos combatientes a sueldo que luchaban únicamente por dinero. Pero si un soldado lucha solo por la paga, su lealtad tiene límites evidentes.

La enseñanza del señorío, en esencia, convierte a los cristianos en soldados mercenarios. Desde esta perspectiva, los cristianos solo luchan con vigor si lo que está en juego es lo bastante importante. ¿Y qué puede ser más importante que el cielo o el infierno? Así, la batalla se convierte en una prueba de la salvación de cada uno.

Sin embargo, los soldados de Cristo no son mercenarios. No luchan para demostrar su salvación, y mucho menos para ganarla. Saben que son ciudadanos del cielo, y esa seguridad constituye una poderosa motivación en la batalla. De hecho, uno de los aspectos más desatendidos de la enseñanza del Nuevo Testamento es el grado en que los autores apelan a la seguridad que sus lectores tienen de su salvación. Se valen de esa seguridad como recurso eficaz de motivación para exhortar a los creyentes a la victoria espiritual.

Un ejemplo clásico de tal motivación lo ofrece el apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios. Trata el problema de la inmoralidad sexual, muy extendida en la ciudad de Corinto. Escribe: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo” (1 Corintios 6:15).

—¿Acaso no sabéis —dice Pablo— que, como cristianos, vuestros cuerpos están unidos a Cristo?

En griego, la forma de esta pregunta implicaba una respuesta afirmativa. Conviene notar, además, que la pregunta *no* es: “¿No sabéis que sois salvos?”, sino: “¿No sabéis lo que vuestra salvación implica?”

Como cristianos, argumenta Pablo, debemos entender que nuestros cuerpos están espiritualmente unidos a Cristo; por tanto, debemos cuidarnos de no usarlos de manera inmoral.

Unos versículos más adelante, el apóstol añade:

“Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, *el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio*; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:18-20, énfasis añadido).

¡Qué distinto es esto del espíritu de la salvación por el señorío! Pablo no dice, como suelen hacer los maestros del señorío, que sus lectores deban cuestionar su salvación si caen en impureza sexual.

Al contrario, Pablo apela al hecho de que son salvos como razón principal por la que deben huir “de la fornicación”. Les insta a centrarse en la santidad de sus cuerpos como templos del Espíritu Santo. Les señala el precio por el cual pasaron a ser propiedad de Dios. ¡Insiste en que su conducta debe estar motivada por la realidad de su relación con el Señor!

Precisamente el poder de este tipo de apelación se pierde en el pensamiento del señorío. En el fondo, los maestros del señorío creen que el temor al juicio motiva más eficazmente que la gracia. Se sienten más cómodos con las amenazas legalistas sobre el infierno que con el poder del amor incondicional de Dios en Cristo.

Tan fuera de sintonía están con el Nuevo Testamento que incluso llegan a pensar que, si la seguridad que uno tiene de su salvación no se supedita a las buenas obras, ¡se tenderá más a pecar!

Pero el error en esto es evidente. Cuando Dios da a alguien el agua de la vida de manera absolutamente gratuita, esa agua “será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:14). Una exhortación moral basada en la conciencia de que la vida de Dios está en nosotros se convierte, así, en la exhortación más poderosa posible. No es otra cosa que un llamamiento a la realidad sobrenatural de esa fuente interior de vida. Es un llamamiento a nuestros instintos espirituales más profundos.

Así, todos los truenos y relámpagos del monte Sinaí no se pueden comparar —ni por un instante— en poder de motivación con la “voz suave y apacible” del amor lleno de gracia de Dios hacia nosotros en Cristo, que nos llega a través del monte Calvario.

Sé lo que eres

Conviene repetirlo: los autores del Nuevo Testamento basan reiteradamente sus exhortaciones a la vida santa en el conocimiento y la seguridad que tienen los lectores de la gracia salvadora de Dios. En cierto sentido, les dicen a los cristianos una y otra vez:

—¡Sed lo que ya sois!

O, dicho de otro modo:

—Puesto que sois cristianos, vivid como tales.

En un libro como este no es posible agotar los ejemplos de este tipo de exhortación. Pero conviene señalar algunos más para subrayar este punto crucial. El lector encontrará muchos más al examinar el Nuevo Testamento.

Al exhortar a los tesalonicenses a no ser sorprendidos por la llegada del Día del Señor, Pablo escribe:

“Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque *todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día*; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios” (1 Tesalonicenses 5:4-6, énfasis añadido).

Este pasaje apenas requiere comentario.

—No estéis desprevenidos, como los no salvos —escribe el apóstol—, porque *todos* pertenecéis al día y sois hijos de luz. Sed lo que ya sois —dice Pablo.

Una vez más, el apóstol escribe: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Efesios 5:8).

—¡Sed lo que ya sois! —dice Pablo.

En el mismo sentido, encontramos una afirmación anterior en esa misma epístola: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32).

—Habéis sido perdonados —viene a decirnos Pablo—; por tanto, ahora perdonad a los demás. En un pasaje particularmente hermoso, el apóstol lo expresa así:

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas. *Así que*, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía, *estad así firmes* en el Señor, amados” (Filipenses 3:20-4:1, énfasis añadido).

¡Qué palabras tan estimulantes para los cristianos en el campo de batalla de la vida!

—Como ciudadanos del cielo, nuestro destino es ser gloriosamente transformados cuando Cristo venga —declara Pablo con elocuencia—. “*Así que... estad así firmes* en el Señor”.

Es evidente que aquí no se habla de probar nuestra ciudadanía celestial manteniéndonos firmes. Más bien, es exactamente al revés: porque precisamente *somos* ciudadanos del cielo *deberíamos* mantenernos firmes. Otros escritores del Nuevo Testamento comparten esta perspectiva y también exhortan a sus lectores como personas que ya saben que son salvas.

Ya hemos señalado cómo el apóstol Pedro habla a sus lectores acerca de la abundante provisión que les fue concedida cuando llegaron a conocer a Cristo. Y, sobre la base de esta provisión, los exhorta a poner “toda diligencia” en el proceso de crecimiento y desarrollo espiritual (2 Pedro 1:3-7). Pedro hace lo mismo en su primera epístola.

Así, Pedro escribe:

“Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que

os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:13-16).

Esta es, sin duda, una hermosa exhortación. Pero obsérvese que aquí no se presupone nada, ¡salvo que los lectores son cristianos! Ellos tienen algo en lo que apoyarse plenamente mientras esperan el regreso del Señor. Son hijos de Dios, llamados a la santidad. Por tanto, no deben volver al estilo de vida que llevaban antes, en los días de su ignorancia, cuando todavía no eran salvos.

Todo el pasaje avanza sobre la convicción compartida por el autor y sus lectores de que ellos son genuinamente nacidos de nuevo. Esto incluso se afirma directamente en 1 Pedro 1:22-23. De hecho, las exhortaciones basadas en el reconocimiento por parte de los destinatarios de su propia salvación pueden encontrarse en prácticamente cualquier epístola del Nuevo Testamento.

Esto se observa incluso en Santiago, cuya hermosa carta ha sufrido mucho a manos de los intérpretes. Él escribe:

“Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas. *Por esto, mis amados hermanos*, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:18-20, énfasis añadido).

Santiago expone su punto con eficacia.

—Hemos nacido de nuevo por la palabra de verdad —declara—. Somos incluso primicias de lo que Dios hará en toda su creación. Por eso os exhorto a ser pronto para oír y a refrenar la lengua y la ira.

El resto de la epístola sugiere que los lectores de Santiago necesitaban tales advertencias, pero eran regenerados. Santiago así lo afirma y los llama “hermanos” repetidamente. Ni él ni ningún otro autor de las epístolas del Nuevo Testamento sintieron jamás la necesidad de cuestionar la condición cristiana de sus lectores¹.

De innumerables formas los escritores exhortaron a sus hermanos cristianos a ser “imitadores de Dios como hijos amados” (Efesios 5:1) y a vivir “como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Efesios 4:1).

En pocas palabras, la seguridad de la salvación es fundamental para toda la moral del Nuevo Testamento. Es el punto de referencia fijo del que debe fluir la obediencia cristiana.

Conclusión

Por eso, la teología del señorío expone a los cristianos a la derrota espiritual. Al despojarnos de la certeza incondicional de que poseemos vida eterna, erosiona peligrosamente el terreno firme que necesitamos bajo nuestros pies.

Dicho de otro modo, al poner en duda la identidad cristiana del creyente, la teología del señorío le impide extraer de esa misma identidad la fortaleza espiritual que Dios quiso que obtuviera. De hecho, tal enseñanza hace retroceder al cristiano hacia principios legalistas, según los cuales uno debe procurar demostrar su relación con Cristo mediante un desempeño continuo. Desaparece así la paz que proviene de descansar únicamente en la gracia de Dios².

Pablo no vivió de esa manera; su vida se sustentó en convicciones profundas. Lo deja claro con palabras contundentes:

“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:19-20).

Pero ¿y si no estoy del todo seguro de haber sido crucificado con Cristo? ¿Y si no sé con certeza que Cristo vive en mí? ¿Cómo podría, entonces, recurrir a realidades tan maravillosas —como hizo Pablo— en la vida de fe que debo vivir día a día?

¿No es evidente que bajo la enseñanza del señorío toda insinuación de debilidad espiritual en mí, toda experiencia de fracaso y frustración, tiene un enorme potencial destructivo? ¿Cuánto tardará uno en preguntarse:

—¿Soy realmente salvo? ¿Verdaderamente tengo a Cristo en mí, o estoy buscando en vano la victoria con mis propias fuerzas, las de mi naturaleza no regenerada?

Tras la duda vienen el desaliento, la desesperación y la derrota.

Que nadie se engañe: este es precisamente el lodazal en el que muchos han caído a causa de la doctrina del señorío. Quienes enseñan así cargan con una responsabilidad terrible ante Dios. El campo de batalla espiritual está sembrado de sus víctimas.

Pero no tiene por qué ser así. En el discipulado avanzamos como reyes para enfrentarnos al rey enemigo, precisamente porque somos el linaje real del Rey del cielo.

¡Y porque lo *sabemos!*

Capítulo 9

El escudo de la fe

Entre las piezas vitales del equipo espiritual que el creyente necesita para su conflicto con el enemigo, el apóstol Pablo señala de manera destacada “el escudo de la fe”. Sus palabras, cuidadosamente escogidas, forman parte de su extensa descripción de la armadura del cristiano en Efesios 6. Allí escribe: “Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Efesios 6:16).

El lenguaje vívido de Pablo deja claro que se trata de un elemento crucial de nuestro arsenal espiritual. Como el soldado de infantería de la antigüedad, el cristiano debe depender en gran medida de esta pieza de su equipo cuando está en el fragor del combate.

De hecho, el carácter decisivo del escudo se pone de manifiesto en la referencia de Pablo a las flechas incendiarias del diablo. En la guerra antigua era frecuente que los soldados de infantería sufrieran el asalto de los arqueros del enemigo. Cuando una andanada de flechas caía sobre ellos, los soldados alzaban los escudos sobre sus cabezas para protegerse. Incluso las flechas con punta de fuego quedaban extinguidas al rebotar inofensivamente contra los escudos.

Del mismo modo, los proyectiles espirituales de Satanás apuntan a las zonas más vulnerables del cristiano. Su naturaleza incendiaria, según describe Pablo, sugiere su capacidad no solo para herir, sino también para incendiar. Y, sin embargo, el apóstol insiste en que cada uno de ellos puede ser desviado —y apagado— con “el escudo de la fe”. Claramente, este escudo puede determinar el curso de la batalla.

¿Sería sorprendente que el enemigo intentara arrebatar este escudo de la mano del cristiano? ¿Acaso no es de esperar que un recurso defensivo como este se convierta en blanco de los ataques de nuestro decidido adversario?

Desde luego.

Sin embargo, lamentablemente, la dura realidad del esfuerzo de Satanás por arrebatar este escudo apenas se reconoce en la teología del señorío. O, si se reconoce, se presenta al cristiano como si fuera una fortaleza de fe prácticamente inexpugnable.

Según los maestros del señorío, es imposible que la fe de un creyente se derrumbe por completo. El escudo de la fe nunca puede ser realmente arrebatado de la mano de un cristiano, porque —según la lógica de esta postura— si el escudo se pierde, entonces no era un escudo de verdad, ¡pues la persona en cuestión nunca fue un verdadero creyente¹!

De hecho, el pensamiento del señorío queda atrapado en su propia doctrina no bíblica de la fe. Alguien puede afirmar con calidez y sinceridad su fe en Cristo; pero si esa misma persona más adelante niega su fe y renuncia a sus convicciones, se dice que en realidad nunca creyó.

Esto es un despropósito espiritual y psicológico. Cualquier persona honesta admitiría haber creído en el pasado cosas que ahora ya no cree. Y todos sabemos que no todos los cambios en nuestras convicciones son cambios del error a la verdad. A veces nos equivocamos en lo que ahora creemos.

Pero estas observaciones sencillas, de sentido común, pasan desapercibidas para los maestros del señorío. Dicen que Dios garantiza la perseverancia del creyente en la fe. Por desgracia, esta afirmación dogmática no cuenta con el respaldo bíblico².

Por el contrario, el Nuevo Testamento deja plenamente claro que mantener nuestra fe en Dios implica una lucha cuyo desenlace no está garantizado por el solo hecho de ser salvos. Más bien,

el conflicto espiritual consiste en pelear la buena batalla de la fe. Pensar lo contrario es invitar a la derrota en el campo de batalla.

En consecuencia, debemos examinar con cuidado el testimonio de la Escritura sobre este aspecto crucial de la guerra del cristiano.

La fe, bajo ataque

Uno de los incidentes más desconcertantes de todo el Nuevo Testamento lo narra Lucas en el capítulo siete de su Evangelio, donde leemos:

“Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? Cuando, pues, los hombres vinieron a él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?” (Lucas 7:18-20).

Cuesta creer lo que se lee la primera vez que uno se topa con este pasaje. Aquí tenemos al gran profeta, el precursor del Cristo de Dios, cuestionando a la misma persona de quien antes había dado un testimonio rotundo.

¡Qué contraste con las palabras del propio Juan registradas en el cuarto Evangelio! Allí se nos dice que el Bautista declaró: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Poco después, Juan testificó así:

“Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios” (Juan 1:32-34).

Y ahora Juan pregunta por medio de sus mensajeros: “¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?” El contraste es asombroso.

Es evidente, pues, que este gran siervo de Dios está planteando una pregunta que, presumiblemente, había resuelto de manera decisiva mucho tiempo atrás. Su pregunta es manifiestamente una expresión de duda acerca de la misma verdad por la cual hombres y mujeres son salvos. En este momento, Juan no podría haber afirmado, como Marta: “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (Juan 11:27).

Con todo, Juan el Bautista tenía más razones que la mayoría para creer esta verdad. Después de todo, según su propio testimonio, había visto el Espíritu Santo descender como paloma sobre nuestro Señor en su bautismo. Es más, Dios mismo le había revelado que aquel sobre quien descendiera el Espíritu era, en verdad, su Hijo.

Pero ahora, la verdad que Dios le había hecho tan evidente se ha convertido para Juan en una cuestión abierta. ¿Era realmente todo cierto o no?

Nuestro sobresalto ante este episodio de la vida del Bautista es comprensible. Sin embargo, nuestra sorpresa peca de ingenua. Quien tenga siquiera un atisbo de cómo funciona su propio corazón debe reconocer el sobrecogedor realismo de este pasaje de la palabra de Dios.

La duda puede asaltarnos incluso en los mejores momentos. Pero, con mayor frecuencia, es un efecto secundario de las pruebas y dificultades de la vida. Podría describirse, incluso, como uno de los dardos de fuego del diablo.

Juan el Bautista había bajado el escudo de la fe. Una llama se encendió en su mente y en su corazón, y ardía en él el deseo de una nueva certeza, de una confirmación de que su vida y ministerio no habían sido simplemente un monumental error.

No cabe duda de que el entorno de Juan facilitó el ataque del enemigo. En las lúgubres condiciones de una prisión de Herodes, quizá, además, aquejado de debilidad física o enfermedad, Juan era un blanco fácil para Satanás. Que algunas de las flechas incendiarias dieran en el blanco no debería sorprender a nadie que sea realista respecto de la guerra espiritual.

Pero digámoslo con claridad. En el momento de su vida que describe Lucas, Juan el Bautista *no cree*; al contrario, duda. Y la verdad que pone en duda no es otra que la verdad salvadora proclamada por el cuarto evangelista: “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

Dicho sin rodeos, en este momento crítico, Juan el Bautista *no cree* que Jesús sea el Cristo, el Hijo de Dios. Más bien, cuestiona esa verdad. ¿Tiene entonces vida eterna? Por supuesto.

Es precisamente aquí donde gran parte del pensamiento evangélico está enmarañado en espesas telarañas teológicas. Ya hemos señalado en un capítulo anterior que el retrato bíblico de la fe salvadora la presenta como un acto de apropiación. Mediante ese acto, tanto la regeneración como la justificación se convierten en realidades permanentes para el creyente.

La fe salvadora, como hemos visto, es como un solo trago del agua de la vida, que no necesita repetirse. Es como una sola mirada a Jesús el Salvador, de la misma manera que los israelitas miraron a la serpiente de bronce en el desierto y vivieron. La fe salvadora es un momento decisivo de escucha espiritual, en el que la voz del Hijo de Dios produce una resurrección espiritual irreversible.

No somos salvos por beber y beber el agua de la vida. Somos salvos simplemente por beberla.

Las personas no son salvas por quedarse mirando a Cristo. Son salvas por mirarlo con fe.

Los compositores lo han expresado con claridad:

Hay vida en una mirada al Crucificado,
Hay vida en este momento para ti;
Mira, pecador, mira a Él y sé salvo,
Al que fue clavado en el madero.

¡Mira, mira, mira y vive!
Hay vida en una mirada al Crucificado,
Hay vida en este momento para ti.

—Miss A. M. Hull y E. G. Taylor.

Hay vida en una mirada
(There Is Life in a Look)

Juan el Bautista se acercaba al final de su vida terrenal. La “mirada salvadora” por la cual había nacido de nuevo quedaba ya muy atrás. En ese momento, su percepción de Jesús estaba oscurecida por la incertidumbre y la confusión.

Pero no había perdido el don de la vida eterna: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29). Lo que Juan había perdido era ese escudo. Por fortuna, tuvo el acierto de pedir a nuestro Señor que le ayudara a recuperarlo.

¿Lo recuperó? Esperemos que sí. Las palabras que Jesús le envió contenían una poderosa confirmación (Lucas 7:22). Pero admitamos también que la Escritura no afirma si él recuperó o no la fe. La cuestión queda abierta tanto en Lucas como en el pasaje paralelo de Mateo (Mateo 11:2-15). Y donde las Escrituras guardan silencio, nosotros también debemos guardar silencio.

Hay, en efecto, quienes opinan que una pérdida de fe como la de Juan puede sucederle a un cristiano, pero que solo puede ser temporal. Aseguran que la restauración de la fe es inevitable en quien verdaderamente ha nacido de nuevo.

Podríamos sentir la tentación de preguntar cuánto tiempo podría prolongarse un periodo así de incredulidad: ¿un día, un mes, un año, dos años? Pero no hay respuesta para una pregunta como esa. En todo caso, la idea de que los cristianos pueden dejar de creer solo por un tiempo es un dogma teológico del todo injustificado. Su respaldo bíblico es, sencillamente, inexistente.

El naufragio de la fe

En los últimos años de su vida terrenal, Pablo escribió dos cartas a Timoteo, su joven colaborador en el ministerio. Entre sus muchas palabras exhortativas dirigidas a este consiervo, encontramos las siguientes:

“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, *milites por ellas la buena milicia*, manteniendo la fe y buena conciencia, desechando [o apartando a un lado] *la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos*, de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar” (1 Timoteo 1:18-20, énfasis añadido).

Este texto paulino requiere la máxima atención.

—Estás en guerra, Timoteo —viene a decirle Pablo—. Y si quieres librarla con éxito, debes mantener la fe y una buena conciencia. Conozco a algunos que han apartado a un lado la buena conciencia y, por eso, han naufragado en su fe cristiana.

(Conviene señalar que en la frase “manteniendo la fe y buena conciencia... la cual”, la expresión “la cual”, en griego, se refiere a “buena conciencia”).

Pablo, por supuesto, era un viajero experimentado por mar y, cuando escribió su segunda carta a los Corintios, ya había sufrido tres naufragios (2 Corintios 11:25). Otro episodio se describe vívidamente en Hechos 27. Con ese trasfondo mariner, cuando escribió estas palabras a Timoteo, probablemente tenía en mente una imagen náutica concreta.

Aunque no podamos estar seguros de su forma exacta, hay una sugerencia muy verosímil: puede que Pablo piense en “la fe y buena conciencia” como un par de remos que deben sujetarse firmemente y remarse al unísono para dirigir la barca con seguridad. Si se aparta uno de los remos (el de la “buena conciencia”), el otro (el de la “fe”) no podrá manejarse correctamente, y la nave se dirigirá hacia arrecifes y bancos de arena peligrosos.

No hace falta decir que Pablo no habría hablado así a Timoteo si hubiera creído que no corría ningún peligro. Al contrario: Pablo sabía perfectamente que los cristianos no son inmunes al naufragio de su fe.

De hecho, es bastante claro que Pablo considera a Himeneo y Alejandro como cristianos que se han descarriado. El lenguaje que emplea lo deja patente. Pablo dice que estos dos hombres han sido “entregados a Satanás”. Pero esta es precisamente la misma expresión que usa respecto del hermano inmoral de Corinto, al que se debía excluir de la comunión de la iglesia por su pecado (1 Corintios 5:1-5).

Igualmente significativa es su elección de la palabra “aprendan” para expresar el propósito de la experiencia de estos hombres bajo el severo poder de Satanás. En realidad, la palabra griega en cuestión suele usarse para describir la disciplina o “disciplina filial” de los cristianos. Sugiere tanto corrección como educación espiritual. Así la emplea Pablo mismo (1 Corintios 11:32), el autor de Hebreos (12:6-11), y también aparece en Apocalipsis en labios de Jesús: “Yo reprendo y *castigo* a todos los que amo” (Apocalipsis 3:19, énfasis añadido).

Podemos, por tanto, parafrasear la idea de Pablo así:

—He entregado a estos hombres a Satanás para que aprendan a no blasfemar.

Una vez más, nos encontramos con el realismo práctico de la Biblia. La guerra del cristiano no es una farsa en la que no hay derrotas. La travesía de la fe no debe emprenderse con la ingenua idea de que el naufragio es imposible para un verdadero creyente.

Necesitamos las advertencias de la Escritura. Y, en cierto sentido, necesitamos que se nos diga que algunos fracasan, como Himeneo y Alejandro.

Tal vez el Himeneo mencionado aquí sea el mismo al que Pablo alude en su segunda carta a Timoteo. De nuevo, las palabras del apóstol son esclarecedoras:

“Y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y *trastornan la fe de algunos*. Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: *Conoce el Señor a los que son suyos*; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:17-19, énfasis añadido).

Si realmente se trata del mismo Himeneo en ambos pasajes, queda aclarado el problema que Pablo menciona en 1 Timoteo. Himeneo se había desviado doctrinalmente al afirmar que la resurrección no era futura, sino pasada. Así naufragó “en cuanto a la fe”. Además, Pablo consideró su enseñanza sobre la resurrección como una forma de blasfemia que merecía una severa disciplina divina. Himeneo fue, por tanto, entregado a los ataques del enemigo con la esperanza de que fuese restaurado al reconocimiento adecuado de la verdad.

Pero incluso si el Himeneo mencionado en la segunda carta a Timoteo fuese otra persona, de las palabras de Pablo se desprende un hecho claro: la falsa doctrina de Himeneo sobre la resurrección tuvo un efecto destructivo en la fe de algunos creyentes. Él y Fileto —dice Pablo— “trastornan la fe de algunos”.

En pocas palabras, Himeneo y Fileto negaban o reinterpretaban las palabras que Jesús dijo a Marta: “Yo soy la resurrección... el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). Y habrían hecho lo mismo con estas palabras:

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo *resucite en el día postrero*” (Juan 6:39, énfasis añadido; véase v. 40).

Así, el error doctrinal de estos dos hombres atacaba el fundamento mismo de la esperanza cristiana. Negaban la resurrección futura que el Señor Jesucristo mismo había prometido a todo creyente.

Y algunos cristianos cayeron en su trampa. Su fe en la promesa de Jesús fue trastornada.

¿Nos sorprende? No debería. En ninguna parte la palabra de Dios garantiza que la fe del creyente inevitablemente perdurará.

¿Qué es lo que *sí* garantiza? Que los propósitos de Dios no se ven frustrados por el derrumbe de las convicciones de un cristiano acerca de la verdad. Precisamente esto es lo que Pablo procede a afirmar:

—El fundamento de Dios —insiste el apóstol— está firme.

Y, como la base de un imponente monumento, este fundamento lleva grabada una doble inscripción a modo de sello.

La primera parte de esa inscripción declara que la relación fundamental del creyente con Dios no se ve afectada aunque su fe sea trastornada. Pablo escribe: “Conoce el Señor a los que son suyos”.

¡Qué palabras tan reconfortantes! Si en el campo de batalla espiritual los creyentes pierden su escudo, puede que ya no sepan en su propio corazón que pertenecen a Cristo. Pero aunque ellos no lo sepan, el Señor sí lo sabe. Y eso es lo que realmente cuenta³.

La segunda mitad de la inscripción es igualmente contundente. Nótese que lo que Pablo enuncia ahora no es una predicción, sino un mandato: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”.

Indudablemente, un cristiano que ha perdido su fe puede dejar de invocar el nombre de Cristo, e incluso dejar de profesar la fe cristiana. Pero eso no es una invitación a la laxitud para quienes sí invocan ese nombre.

Al contrario, la exigencia de Dios es la misma, con independencia de quien haya visto trastornada su fe: deben apartarse de la iniquidad. Por supuesto, este mandato es tan amplio como la propia palabra “iniquidad”. No obstante, como muestra el contexto, Pablo tiene especialmente en mente la iniquidad doctrinal que subvierte la verdad (2 Timoteo 2:14-16, 20-26).

Que no haya lugar a dudas: el fracaso de la fe es una posibilidad grave en el campo de batalla espiritual. Negar esto es quedar espiritualmente desprevenido ante el asalto del enemigo.

Pero del mismo modo, reconocerlo no es en absoluto una invitación a caer en falsedades satánicas; todo lo contrario. El comandante sigue exhortándonos a mantenernos firmes contra nuestro adversario. Sigue exigiendo lealtad a su verdad.

Su llamamiento aún resuena en nuestros oídos: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”.

Conclusión

Se ha dicho que Hudson Taylor, el gran hombre de fe que fundó la *China Inland Mission* (la Misión al Interior de China), consideraba 2 Timoteo 2:13 uno de los versículos clave de su vida. Las palabras de ese versículo aparecen poco antes del pasaje que acabamos de considerar. La afirmación de Pablo allí es memorable: “Si fuéremos infieles [puede traducirse como “incrédulos”], él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13).

De esta profunda afirmación, Hudson Taylor extrajo una gran fortaleza. Por medio de ella comprendió que la fidelidad de Dios es independiente de su confianza personal en esa fidelidad. ¡Aun cuando Taylor *no* creía, Dios seguía siendo fiel!

Demasiados cristianos tienden a pensar que la realidad de su experiencia con Dios depende de la firmeza de su fe. Es cierto, por supuesto, que somos salvos mediante un acto de fe: así nos apropiamos de un don absolutamente gratuito. Pero una vez que esta transacción tiene lugar, la realidad de nuestra salvación es totalmente independiente de la confianza que tengamos en esa realidad.

En otras palabras, el Señor Jesucristo nos ha hecho promesas firmes. Confiamos en Él, y Él garantiza que poseemos vida eterna (Juan 6:47), que no vendremos a condenación (Juan 5:24) y que nos resucitará en el día postrero (Juan 6:39-40). ¡Y aun si dejamos de creer todo esto, *Él permanece fiel!*

Para que Él incumpliera tales promesas, tendría que negar su propio carácter y su fidelidad. Pero, como señala el apóstol, *Él no puede negarse a sí mismo*.

¿Debilita esta verdad nuestras manos en la batalla? De ningún modo. De hecho, como aprendió Hudson Taylor, fortalece el corazón para el conflicto que tenemos por delante.

Nos ayudará mucho reconocer que la verdad de Dios sigue siendo verdad incluso cuando dejemos de creerla. La realidad no gira en torno a nosotros, como si nuestra fe pudiera crearla o destruirla. La realidad permanece constante. La fe consiste, sencillamente, en aceptar el testimonio de Dios sobre esa realidad. Y si rechazamos ese testimonio, la realidad en sí misma no se ve afectada en absoluto.

Debemos mantener esta perspectiva. Saber esto nos ayuda a empuñar con mayor firmeza el escudo de la fe.

Capítulo 10

La decisión es tuya

En un pasaje vívido que ya hemos revisado brevemente, el apóstol Pedro exhorta a sus lectores cristianos a desarrollar su fe. Tan importante es este proceso que los insta a aplicar “toda diligencia” para lograrlo.

Según Pedro, cuando Dios nos salvó, “su divino poder” nos dio todo lo necesario para “la vida y la piedad” (2 Pedro 1:3). Por tanto, Dios espera que aprovechemos estos recursos para tener una experiencia cristiana fructífera.

Así, debemos ser diligentes en añadir a nuestra fe cristiana la virtud (2 Pedro 1:5), pero no debemos detenernos allí. También deben añadirse —dice Pedro— el conocimiento, el dominio propio, la paciencia, la piedad, el afecto fraternal y el amor (2 Pedro 1:5-7). De hecho, cada cualidad se añade a la anterior como bloques apilados uno sobre otro.

Al hablar de esta manera, el apóstol tiene claramente en mente el carácter cristiano maduro y plenamente desarrollado que Dios espera que cada creyente edifique sobre el fundamento de su fe. De hecho, acto seguido Pedro escribe estas significativas palabras: “Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1:8).

—La clave de una vida cristiana fructífera —afirma el apóstol— se halla en las mismas cualidades que acabo de enumerar para que las añadáis a vuestra fe. Si estas cosas están presentes y abundan en vuestra experiencia, de ninguna manera viviréis una vida estéril o improductiva.

Sin embargo, una vez más, como todos los demás escritores del Nuevo Testamento, Pedro no da nada por sentado en la búsqueda de la santidad del cristiano. Por supuesto, es sumamente deseable que ningún creyente esté ocioso ni sin fruto. Las cualidades que el apóstol ha enumerado, si se añaden a la vida, garantizan que eso no suceda.

Pedro también contempla una situación alternativa. La describe así: “Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (2 Pedro 1:9).

No hace falta decir que el apóstol no se refiere aquí a personas no salvas. *Por supuesto*, los no salvos no poseen estas cualidades espirituales. Pedro no necesita afirmar eso. Más bien, tiene claramente en mente a una persona salva, pues el individuo que tiene en mente ha experimentado el perdón de Dios y “la purificación de sus antiguos pecados”.

Pero, lamentablemente, tal persona ha perdido toda conciencia de la gracia perdonadora de Dios de tiempos pasados. Donde antes había visión espiritual, ahora hay miopía y pérdida de discernimiento. Y esto se debe precisamente a que las preciosas cualidades que hacen fructífero a un creyente están trágicamente ausentes.

Obviamente, donde faltan estas cualidades, falta también el fruto.

Qué extraño que hoy se nos diga tantas veces que la falta de fruto es una señal segura de que alguien no es salvo. Ciertamente, esta idea no procede de la Biblia. Más bien, la Biblia enseña que la falta de fruto en un creyente es señal clara de que no avanza, de que no crece en Cristo. Es señal de que el cristiano está espiritualmente enfermo y de que, mientras no sane, no puede disfrutar del éxito espiritual.

Por el contrario, el pensamiento del señorío introduce sutilmente la ética del éxito norteamericana en la Iglesia. En la práctica, se nos dice que Dios es únicamente el Dios de los

espiritualmente exitosos. Solo un creyente triunfante puede estar verdaderamente seguro del amor de Dios.

Pero ¿qué sucede con la trágica historia de la nación de Israel? ¿Acaso Dios no estuvo realmente involucrado con ellos? ¿Queda irremediablemente deshonrado su nombre porque ellos fracasaron? Por supuesto que no.

De hecho, la misma teología que nos dice que Dios solo tolera hasta cierto punto los fracasos dentro de su familia también sostiene otra cosa: suele afirmar que, en realidad, Cristo no murió por los pecados de quienes finalmente lo rechazarán. Así, según esta perspectiva, nuestro Señor murió únicamente por los escogidos y no por el mundo entero.

El problema aquí es simple. El pensamiento del señorío no entiende la verdadera naturaleza de la gracia. No entiende que Dios es capaz de amar generosamente a hombres y mujeres que, en última instancia, lo decepcionan. La teología del señorío solo se siente cómoda con la prescripción legalista: “Haz esto y vivirás”.

A nadie le puede alegrar que existan cristianos que encajen en la descripción que Pedro nos da en 2 Pedro 1:9. Pero nada se gana negando esta realidad, y mucho puede perderse haciéndolo.

Si nuestra guerra no puede librarse eficazmente sin afrontar la posibilidad de derrota, aquí sucede lo mismo. La vida cristiana no produce fruto de manera automática. Más bien, es el resultado de aplicar “toda diligencia” (2 Pedro 1:5) al desarrollo de un carácter cristiano equilibrado y productivo.

No hay atajos. No hay fórmulas fáciles. Y si dejamos de ser diligentes, como nos exhorta Pedro, pronto podemos encontrarnos deambulando por un páramo espiritual donde no se encuentran los ricos frutos de la experiencia cristiana. Si afrontamos este peligro con franqueza, podemos evitarlo.

El peligro de la inactividad

Una de las advertencias que la Escritura nos presenta con claridad es el peligro de la inactividad espiritual. Quienes ignoran esta advertencia pronto ven sus vidas azotadas por los vientos helados de la improductividad y la falta de fruto.

Ya hemos señalado las palabras de Pablo a Tito, instándolo a que exhorte a los creyentes a que “procuren ocuparse en buenas obras” (Tito 3:8). Pero este no es un tema aislado en Pablo; en un pasaje verdaderamente memorable también escribe lo siguiente:

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, *creciendo en la obra del Señor siempre*, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58, énfasis añadido).

Conviene notar el contexto de estas palabras. Llegan después de una larga exposición en la que Pablo reafirma la verdad de una resurrección futura y física (1 Corintios 15:1-57). Si sus lectores pierden de vista esa verdad, su motivación para mantenerse en las buenas obras se verá socavada (1 Corintios 15:32). Es más, su propia fe en Cristo podría venirse abajo, como ocurrió más tarde con quienes escucharon a Himeneo y Fileto (2 Timoteo 2:17-19). La exhortación de Pablo nace de una preocupación genuina.

Y, al igual que el apóstol Pedro, Pablo también era muy consciente de que los cristianos podían caer en la falta de fruto. Por eso, al dirigirse de nuevo a Tito, escribió: “Y aprendan

también los nuestros a ocuparse en buenas obras para los casos de necesidad, *para que no sean sin fruto*” (Tito 3:14, énfasis añadido).

El páramo de una vida estéril era, por tanto, un peligro real y presente que los escritores del Nuevo Testamento afrontaban con franqueza. De ninguna manera compartían la ilusión moderna de que un creyente no pudiera entrar en ese páramo, o incluso vivir en él. Dado que la vida cristiana es una intensa guerra espiritual, los escritores inspirados sabían muy bien que podía haber bajas. Eso fue, entre otras cosas, lo que los convirtió en pastores eficaces.

Pero, de todos los autores del Nuevo Testamento, el que advirtió con más énfasis contra la inercia espiritual fue Santiago, el medio hermano de nuestro Señor. Su enseñanza sobre este tema es vívida e inolvidable.

Naturalmente, Santiago sabía que él y sus lectores habían nacido de nuevo. De hecho, así lo dice: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18). Pero también sabía cuán urgente era que tanto él como ellos estuvieran siempre dispuestos a responder a la palabra de Dios.

Por esa razón, Santiago escribió lo siguiente: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Santiago 1:21).

Debemos tener cuidado de no malinterpretar estas palabras. En el español moderno, la expresión “salvar vuestras almas” tiene, para muchos, un único sentido religioso: “ser salvo del infierno”.

Pero eso *no* es lo que significaba para Santiago ni para sus lectores. En griego, era una expresión común que significaba “salvar la vida”. En ninguna parte de la Biblia —ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento— esta expresión significa “salvar del infierno”. Aquí tampoco.

Santiago se dirige a creyentes nacidos de nuevo (Santiago 1:18), en quienes la semilla viva de la palabra de Dios ha sido “implantada” mediante la regeneración. Además, les ha estado advirtiendo sobre el hecho de que el pecado, si se persiste en él hasta el final, puede culminar en muerte física (Santiago 1:15). Y estaría plenamente de acuerdo con Pablo en que “si vivís conforme a la carne, moriréis” (Romanos 8:13a).

Pero no tenía por qué ser así. Si sus lectores dejaban de lado toda maldad que los asediaba y recibían con mansedumbre la palabra de Dios, sus vidas podrían librarse de una muerte prematura e intempestiva por el pecado. En la línea del libro de Proverbios, Santiago creía que “El temor de Jehová aumentará los días; Mas los años de los impíos serán acortados” (Proverbios 10:27; véanse también 11:19; 12:28; 13:14; 19:16).

Una vez más, Santiago habría aprobado la declaración de Pablo: “Mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13b)¹.

Ahora bien, para disfrutar de los beneficios “que salvan la vida” de la palabra implantada de Dios, hay una condición simple pero absolutamente indispensable. Santiago la expresa con toda claridad en el versículo siguiente: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22).

No basta —dice Santiago— con que el cristiano reciba simplemente la palabra de Dios. No basta con oír su instrucción. Para beneficiarse de ella —para prolongar la vida por medio de ella— también debe *ponerla por obra*.

En otras palabras, se requiere acción. La obediencia es absolutamente esencial si uno desea cosechar las bendiciones que la verdad de Dios puede traer.

Así continúa Santiago:

“Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era” (Santiago 1:23-24).

Todo cristiano sabe de qué está hablando Santiago. Qué fácil es escuchar un mensaje bíblico inspirador, ver en el espejo de la verdad de Dios lo que realmente soy y lo que debería ser como creyente en Jesucristo, y sin embargo salir de la iglesia y olvidarlo por completo. Y para el lunes por la mañana ya es como si nunca hubiera oído ese mensaje.

—No seáis así —viene a decir Santiago—. Poned en práctica la verdad de Dios y así disfrutaréis de sus bendiciones.

“Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, *sino hacedor de la obra*, este será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:25, énfasis añadido).

No hay otro camino. La vida eterna es el don bueno y perfecto de Dios para nosotros (Santiago 1:17-18). Es absolutamente gratuita. Pero la bendición de Dios sobre nuestra experiencia cristiana exige *trabajo*. Para avanzar en la fe, al creyente no le basta con escuchar la verdad de Dios.

El creyente necesita obedecerla.

El peligro de la ortodoxia muerta

¿Y si el creyente no lo hace? ¿Cuáles son las consecuencias de persistir en la inacción conforme a la palabra de Dios, llena de gracia y que preserva la vida? También aquí Santiago tiene algo que decirnos.

Como todos los autores del Nuevo Testamento, Santiago compartía con sus lectores un alto concepto de la fe. Sabía perfectamente que las personas son justificadas por la fe aparte de las obras, y manejaba con toda naturalidad el gran pasaje paulino de referencia sobre la justificación de Abraham (Génesis 15:6; Santiago 2:23).

Pero Santiago también entendía con qué facilidad los cristianos, que conocían la gran verdad de que Dios nos acepta únicamente por la fe, podían caer en el error de minimizar por completo las buenas obras. Comprendía con qué facilidad la corrección doctrinal puede primar sobre la obediencia práctica y cotidiana. En pocas palabras, conocía el peligro de la ortodoxia muerta.

Naturalmente, en el campo de batalla espiritual, nuestro enemigo satánico se afana por arrebatarnos de las manos el escudo de la fe. Ya hemos tratado esto en el capítulo anterior. Un cristiano privado de ese escudo corre un gran riesgo en el conflicto con el diablo. No tiene medios para apagar los dardos de fuego del adversario.

Pero Satanás tiene más de un método de ataque. Si no puede quitarnos el escudo de las manos, aún puede neutralizar su eficacia de otras maneras. Y una de ellas es lograr que lo guardemos bajo llave en nuestro arsenal teológico, de modo que nunca lo usemos en el campo de batalla de la vida diaria.

Lamentablemente, demasiadas veces en la historia de la Iglesia, los cristianos han convertido su fe en un credo rígido y quebradizo, con escasa relevancia para sus experiencias cotidianas.

Mientras proclamaban con orgullo su propia ortodoxia y, sin caridad, denunciaban a quienes creían de otro modo, hablaban como teólogos y se comportaban como brutos.

Algo así ocurría en la iglesia o iglesias a las que Santiago escribía. Habla con dureza de las “guerras y pleitos” que se daban entre sus lectores (Santiago 4:1). Y aunque, como cristianos, podían acudir a Dios para atender sus necesidades, no lo hacían. O, si lo hacían, sus peticiones eran desestimadas por ser egoístas: “Combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:2-3).

No es un retrato agradable. Sin embargo, es un retrato de cristianos cuyo privilegio de la oración Santiago da por sentado aquí². Si tan solo pidieran correctamente, recibirían.

Como era de esperar, la lengua era una de las armas principales en estas guerras internas. Santiago dedica casi un capítulo entero a advertir del daño que puede causar este pequeño instrumento físico (Santiago 3:1-12). ¿Quieren sus lectores demostrar que son sabios? Que no pretendan demostrarlo con la lengua. Hay una mejor manera: “¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre *por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre*” (Santiago 3:13, énfasis añadido).

—Las palabras no prueban realmente que uno sea sabio —viene a decir Santiago—, pero las buenas obras sí lo hacen.

¿Qué consejo podría ser mejor? Su esencia era sencilla: “¡Habla menos y obedece más!”

Pero la actitud opuesta resulta devastadoramente estéril. Santiago la describe con contundencia:

“Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa” (Santiago 3:14-16).

Que no haya lugar a dudas sobre el punto de Santiago. Dentro de la familia cristiana, la presencia de envidia y egoísmo no solo produce esterilidad, sino también “perturbación y toda obra perversa”. Solo si sus hermanos son gobernados por “la sabiduría que es de lo alto”, su experiencia estará “llena de misericordia y de buenos frutos” (Santiago 3:17).

Y añade: “Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz” (Santiago 3:18).

¿Puede sorprender, entonces, que Santiago dirija a lectores cristianos como estos una tajante condena contra una fe inoperante e improductiva?

Sin duda, en sus discusiones entre ellos, estos creyentes hacían grandes declaraciones sobre su fe. Pero ¿qué eficacia tenía esa fe en la vida diaria? ¿Podía su fe, por sí sola, salvar sus vidas de las consecuencias mortales del pecado que Santiago ha descrito previamente con tanta claridad (Santiago 1:13-15)?

Por supuesto que no. Santiago lo dice sin rodeos: “*Hermanos míos*, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago 2:14, énfasis añadido).

La pregunta “¿Podrá la fe salvarle?” está formulada en griego de manera que anticipa una respuesta negativa. Puede traducirse: “La fe no puede salvarle, ¿verdad?”. La respuesta esperada es: “¡No, de ninguna manera!”

Es precisamente aquí donde muchos lectores y expositores de Santiago se han extraviado trágicamente. Para empezar, a menudo pasan por alto lo evidente: Santiago quiere dejar claro que la fe *no puede salvar* al hombre que describe.

Pero aquí Santiago no está hablando de la salvación del infierno. *¿Por qué habría de hacerlo?* Él y sus lectores habían nacido de nuevo (Santiago 1:18), tenían fe en el Señor de la gloria (Santiago 2:1), gozaban del privilegio de la oración (Santiago 4:2-3), y los llama repetidamente sus hermanos (Santiago 1:2, 9, 16, 19; 2:1, 5, 14-15; 3:1, 10, 12; 4:11; 5:7, 9-10, 12, 19).

Santiago no tenía absolutamente ninguna necesidad de tratar con sus hermanos el tema de la salvación del infierno. Quienes piensan lo contrario no comprenden la perfecta gratuidad del don de la vida tal como la entendía Santiago (Santiago 1:17-18)³.

Pero, como hemos visto, Santiago sí necesitaba tratar la verdad de que la palabra de Dios podía salvar a sus lectores cristianos de las consecuencias mortales del pecado (Santiago 1:15, 21). Y ya ha insistido en que *este tipo* de salvación solo puede alcanzarse mediante la obediencia —mediante buenas obras— (Santiago 1:22-25). Por tanto, a esta verdad —y solo a esta— se refiere Santiago cuando pregunta: “¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago 2:14)

No, no puede. Si hablamos de prolongar la vida humana mediante la piedad, hablamos de algo que la fe sola no puede lograr. Si hablamos, como enseña Proverbios, de escapar de “los lazos de la muerte”, estamos hablando del resultado de una conducta obediente (Proverbios 13:14).

Pero la fe que ya no se expresa de manera práctica y obediente es una fe ineficaz en el campo de batalla de la vida. De hecho, tal fe puede describirse como “muerta” (Santiago 2:17, 20, 26). Es como decir que un credo que hemos dejado de poner por obra no es más que ortodoxia muerta.

Conclusión

En el versículo final de su célebre exposición sobre la fe y las obras, Santiago escribe: “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26).

Si un día caminara por la calle y me encontrara con un cadáver, podría concluir fácilmente dos cosas. Primero, que el cuerpo ya no contiene el espíritu que le da vida; y segundo, que ese cuerpo había estado vivo alguna vez. Lo que con toda seguridad no concluiría es que el cuerpo nunca había estado vivo.

Sin embargo, en una de las distorsiones más extrañas de la Escritura que se hayan visto, muchos teólogos e intérpretes de la Biblia han decidido que una “fe muerta” necesariamente ha estado siempre muerta.

Pero ¿por qué sacar tal conclusión? Santiago compara la “fe muerta” con un cuerpo muerto. Sin duda no fue una analogía descuidada. Si la “fe muerta” nunca hubiera estado viva, ¿por qué no compararla con una piedra o con algún otro objeto inanimado?

Es evidente que Santiago eligió esta analogía precisamente porque se ajusta perfectamente a su argumento. Lo que preocupa a Santiago es un cristiano cuya fe ha perdido toda vitalidad y productividad. Le preocupa el hombre o la mujer cuya fe ha dejado de moverse y actuar, como un cuerpo muerto ha dejado de moverse y actuar.

Como el apóstol Pedro, Santiago puede concebir a un cristiano al que le faltan las cualidades espirituales que deben añadirse a la fe (2 Pedro 1:5-9). Y, como Pedro, censura esta condición como trágica y deplorable.

Para Pedro, alguien así “tiene la vista muy corta; es ciego” y ha olvidado “la purificación de sus antiguos pecados”. Para Santiago, alguien así —por más que alardee de doctrina correcta— tiene una fe tan poco vital como un cadáver.

Palabras fuertes, sin duda. Pero necesarias. Solo llamando a las anomalías espirituales por su verdadero nombre —solo enfrentando la enfermedad espiritual por lo que realmente es— podrán corregirse tales condiciones.

De hecho, solo así pueden evitarse de entrada. Porque aquello que considero imposible que me ocurra, lo hago precisamente más difícil de eludir. Un peligro que no se ve es un peligro mayor.

Al menos eso pensaba Pedro cuando escribió:

“Así que vosotros, oh amados, *sabiéndolo de antemano*, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza” (2 Pedro 3:17, énfasis añadido).

—¡Tened cuidado! —dice el apóstol—. Tened presente el peligro. De lo contrario, podríais caer de vuestra firmeza; podríais ser extraviados por sendas de maldad.

Pero, una vez más, no tenía por qué ser así. Consideremos la hermosa alternativa: “Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

—La decisión —dice el apóstol— es tuya.

Capítulo 11

Cena con Jesús

Con palabras que han tocado una fibra sensible a lo largo de la historia cristiana, Jesús se invita a cenar. Su cautivadora declaración aparece en la última de las cartas a las siete iglesias de Asia: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Sería un error tomar esta famosa declaración como una simple invitación evangelística, si bien así se ha hecho muchas veces. Aquí nuestro Señor se dirige a una iglesia cristiana y, claramente, cualquiera en la Iglesia está invitado a responder.

Por supuesto, se trataba de la iglesia de Laodicea, conocida por su tibieza como congregación. Sin embargo, ese estado de cosas no debería sorprendernos. Ya hemos visto repetidas veces cómo los escritores del Nuevo Testamento enfrentaban con franqueza la realidad de creyentes que vivían por debajo de los estándares que Dios había establecido para ellos. Y, al reconocer esta realidad, procuraban cambiarla o prevenirla.

En consecuencia, podemos detectar precisamente esta actitud en las palabras de nuestro Señor a la iglesia de Laodicea. Se trataba de un grupo de creyentes que se jactaban de su riqueza material, pero que estaban espiritualmente empobrecidos (Apocalipsis 3:17-18). Aunque tenían obras (Apocalipsis 3:15a), su carácter era como el del agua tibia: ni reconfortaba con su calor, ni tonificaba, ni refrescaba con su frescor vivificante (Apocalipsis 3:15b).

El resultado era que su misma existencia como iglesia estaba en peligro. Como todas las iglesias, estaba destinada a servir de boca de Dios —es decir, como instrumento para proclamar su verdad—, pero podía perder ese papel. Como un trago desagradable, podía verse arrojada de la boca de su Señor (Apocalipsis 3:16). Podía perder el privilegio de ser su portavoz ante el mundo.

Pero había otra posibilidad a su alcance. El Señor les dice: “Yo reprendo y castigo [educó como a un hijo] a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete” (Apocalipsis 3:19).

Los laodicenses eran hijos de Dios descarriados. Pero el amor de su Salvador los buscaba con insistencia y los “educaba como a hijos”, conforme lo exigía su fidelidad. Con solemnidad, los llamó a arrepentirse de su espíritu de tibieza y a renovar su intimidad con Él.

Él estaba, pues, en el umbral de sus vidas. Con sus reprensiones les hablaba y con su disciplina llamaba a la puerta de sus corazones. Les tocaba responder. Eran ellos quienes debían abrirle la puerta. Y si lo hacían, Él cenaría con ellos y ellos con Él. La decisión era suya. Él no derribaría la puerta.

Sin embargo, por sencilla que parezca esta observación, no puede subrayarse lo suficiente. Por supuesto que, en su soberanía, Dios podría imponerse a cada cristiano. De hecho, podría hacerlo con cualquier persona del mundo. Podría obligar a todos, en todas partes, a amarlo.

Pero ¿qué valor tendría eso para Dios? ¿Qué valor tiene un amor forzado? ¿No es la esencia misma del amor que, para ser real, debe darse libremente? ¿Qué padre, digno de ese nombre, no desea el amor de sus hijos? Pero, por la misma razón, ¿qué padre sensato querría forzar ese amor, aunque le fuera posible? En toda relación de la vida —ya sea entre padre e hijo, marido y mujer, o entre amigos—, el valor de todo amor radica en su espontaneidad y libertad.

Esto tampoco lo entiende la teología del señorío. Con la idea equivocada de que así sirven al interés divino, los maestros del señorío afirman que ningún cristiano verdadero deja de amar a

Dios. Si se les pregunta cómo puede ser esto cierto cuando el ser humano es notoriamente voluble y cambiante en sus afectos, la respuesta siempre se reduce a una cosa: Dios lo garantiza.

Si eso es así, ese amor deja de ser espontáneo. Ya no es libre. De hecho, deja de ser amor real. Igual que la carrera y la lucha de la vida cristiana, nuestro amor por Dios —según el pensamiento del señorío— se convierte en una mera farsa, una sombra de la realidad espontánea que debería representar.

La Biblia no enseña tal cosa. La revelación de las Escrituras no conoce ninguna doctrina en la que el amor cristiano por Dios esté garantizado por el simple hecho de ser cristiano.

Ahora bien, la *capacidad* de amar tanto a Dios como a las personas se nos imparte en el nuevo nacimiento. Sin duda está incluida entre “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” que se nos otorgaron al confiar en Cristo (2 Pedro 1:3). Pero también es cierto que “el afecto fraternal” y “el amor” se sitúan en la cúspide del carácter cristiano que se nos insta a edificar con “toda diligencia” (2 Pedro 1:5). En pocas palabras, la capacidad de amar debe cultivarse y desarrollarse.

Con la ayuda de Dios, es posible.

Comunión con Cristo

Las palabras que Jesús dirigió a los cristianos de Laodicea eran claramente un llamamiento a la comunión personal con Él. En el antiguo Oriente Próximo, compartir la mesa era una forma fundamental de tener comunión unos con otros. Era la esencia misma de la hospitalidad y una señal de aceptación personal. Por otro lado, irrumpir en una comida sin invitación era una grave ofensa para el anfitrión.

Pero el concepto de cenar con el Salvador es solo un reflejo de una rica verdad bíblica que encontramos en otros pasajes. De hecho, las palabras de nuestro Señor a Laodicea tienen sus raíces en la enseñanza que dio a sus discípulos en el aposento alto. Pues, en aquellas preciosas y últimas horas de comunión en la mesa con su maestro antes de morir, los once discípulos oyeron esto:

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21).

Obsérvese que los destinatarios de estas palabras eran únicamente hombres regenerados. Judas Iscariote se había marchado (Juan 13:26-30). Por tanto, el llamamiento a la obediencia se dirige a los discípulos del Señor nacidos de nuevo. Y este llamamiento va acompañado de una promesa. El discípulo obediente experimentará el amor tanto del Padre como del Hijo y, además, experimentará una manifestación personal del Hijo: “Yo... me manifestaré a él”.

Sin embargo, los discípulos no entienden estas palabras. Toda su concepción de la revelación del Mesías estaba arraigada en la expectativa de su manifestación pública con poder y gloria. Uno de ellos, perplejo, pide aclaración: “Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?” (Juan 14:22).

—¿Qué clase de experiencia podría ser esta? —se preguntan los discípulos. ¿Acaso la gloria del Mesías iba a hacerse visible para ellos en algún tipo de demostración privada y espectacular?

La respuesta de su maestro es esclarecedora. No se trataba de una experiencia colectiva, ni siquiera para este círculo íntimo de hombres. Más bien, era una experiencia intensamente personal a la que cada uno debía dar la respuesta adecuada:

“Respondió Jesús y le dijo: *El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*” (Juan 14:23, énfasis añadido).

Así, al igual que las palabras dirigidas a Laodicea, el llamamiento a la comunión está individualizado. A Laodicea, Jesús dice: “Si *alguno* oye... y abre” (Apocalipsis 3:20). A los once les dice: “*El que me ama...*”. Y en ambos pasajes Él dice, en esencia: “Entraré a *él*”.

El Señor Jesucristo, por tanto, se ofrece a los creyentes individualmente como un huésped divino. Si responden a Él, si lo aman y obedecen, hará de sus corazones y de sus vidas su morada personal, de modo que su experiencia será como cenar con su Salvador. Alrededor de la “mesa” común que comparten, pueden comunicarse libremente y Él puede darse a conocer. Puede *manifestarse* a ellos.

Este concepto no debe confundirse con la gloriosa verdad de que Cristo mora en todo creyente por su Espíritu (Romanos 8:9-10). De ningún modo pueden reducirse nuestras relaciones con un Señor infinito a una formulación simple, por impresionante que sea. Más bien, esas relaciones tienen múltiples facetas y son complejas. Sí, nuestros cuerpos *son* templo de Dios (1 Corintios 6:19-20). Pero nuestras *vidas* —nuestras experiencias terrenales— también pueden convertirse en su lugar de residencia: ¡Haremos *morada* con Él!

El apóstol Pablo, por supuesto, también conocía esta verdad y la expresó de manera memorable:

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo... para que os dé... el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; *para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...*” (Efesios 3:14, 16-17, énfasis añadido).

¿Acaso no moraba ya Cristo en sus corazones? Por supuesto que sí. Sin embargo, Pablo podía concebir una experiencia interior especial del Salvador, que asociaba con la fortaleza espiritual (Efesios 3:16) y con estar “arraigados y cimentados en amor” (Efesios 3:17b).

Por eso oró para que sus hermanos creyentes la experimentaran. Dicha experiencia especial no les pertenecía automáticamente por el mero hecho de ser cristianos. Pablo jamás imaginó que esa hermosa experiencia espiritual fuese una consecuencia inevitable de su conversión.

Tampoco nuestro Señor dio nada por sentado al dirigirse a los once discípulos. “*El que me ama...*”, dijo el Salvador. Pero había una alternativa clara y seria: “El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Juan 14:24).

—La prueba del amor de una persona por mí —dice Jesús— es la obediencia a mis palabras. Y recordad que, si desobedecéis mis palabras, en realidad, estáis desobedeciendo las palabras de mi Padre.

Esto no podría ser más claro. La conversación que Jesús mantiene es con hombres regenerados. Sin embargo, aún es necesario decirles que su amor por Él se mide —no por sus declaraciones verbales—, sino por su obediencia efectiva a su palabra.

Pedro, en particular, había proclamado con vehemencia su amor aquella misma noche (Juan 13:37). Pero antes de que la noche terminara, no solo Pedro, sino “todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Mateo 26:56).

No, el amor no es una respuesta automática que todo creyente inevitablemente ofrece a Dios. El cristiano no es un robot programado para amar al Señor, incapaz de hacer otra cosa que aquello para lo que fue programado. La mera idea es antinatural y detestable.

Dios no creó máquinas. Creó seres humanos reales, de carne y hueso. Y cuando la humanidad cayó en el huerto de Edén y perdió la capacidad de amar a su Hacedor, Dios la redimió por medio de la cruz y volvió a impartir esta capacidad a cada creyente en Cristo. Ahora llama a sus hijos a una obediencia amorosa arraigada en un don de vida absolutamente gratuito. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Pero Dios mismo nos ama libremente y con una espontaneidad infinita. Por eso, es evidente que desea que nuestro amor por Él refleje el suyo hacia nosotros y sea igualmente espontáneo.

Por esa razón, en el Nuevo Testamento, Dios busca nuestro amor. Nos anima y nos invita a amarlo, y promete corresponder ese amor con una experiencia de rica comunión con Él.

Desea profundamente nuestro amor, sin duda. Pero nunca lo forzará: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo” (Apocalipsis, 3:20).

La vida de permanencia

Poco después de que nuestro Señor dijera a sus discípulos las palabras sobre las que hemos estado reflexionando, salieron del aposento alto. “Levantaos, vamos de aquí”, dijo (Juan 14:31), y así concluyó aquella última cena, con toda su rica comunión espiritual.

Sin duda, Jesús y los discípulos ya habían llegado al Monte de los Olivos, salpicado de viñedos y huertos, cuando Jesús pronunció las siguientes palabras:

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco *vosotros*, si no permanecéis en mí” (Juan 15:1-2, 4, énfasis añadido)

Pocos pasajes del Nuevo Testamento se oponen con mayor firmeza a la teología del señorío que este. Solo mediante una grotesca distorsión de su intención y significado evidentes puede siquiera encajar —aunque sea torpemente— en el esquema del señorío.

Una vez más, los únicos oyentes son once hombres regenerados. Pero lejos de asumir que inevitablemente darán fruto, nuestro Señor les urge a “permanecer” en Él precisamente con ese propósito. Por supuesto, como bien sabemos, antes de que avanzara mucho la noche, todos dejaron de hacerlo. Como escribe Mateo: “Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Mateo 26:56).

Resulta llamativo que, cuando Jesús dijo antes: “Vendremos... y haremos morada con él” (Juan 14:23), usara una palabra griega relacionada con el término “permanecer”. En efecto, vendría a decir:

—¡Vendremos y haremos nuestro “lugar de morada” con él!

Así que las verdades implicadas aquí están inseparablemente entrelazadas. En realidad, son una sola verdad.

En el aposento alto, el Señor les enseñó a estos hombres que la obediencia a sus mandamientos traería consigo la experiencia de su Padre y de Él “permaneciendo” en sus vidas. Ahora, en las laderas del Monte de los Olivos, usa otra ilustración para comunicar exactamente la misma verdad.

La relación que estos hombres tenían con Él como discípulos suyos —dijo Jesús— puede compararse con la relación entre la vid y los pámpanos. Y así como en viticultura los pámpanos

pueden separarse de la vid, del mismo modo puede suceder en la experiencia de sus discípulos. Si eso ocurre, ya no habrá fruto. Por tanto, los discípulos deben tener cuidado de “permanecer” en la vid verdadera.

Sin embargo, como es bien sabido, muchos han leído la metáfora de la vid y los pámpanos como si describiera el estado de salvación. Y de ahí han concluido que la salvación puede perderse, puesto que un pámpano, evidentemente, puede separarse de la vid.

Esto carece por completo de fundamento en el Evangelio de Juan. Resulta incluso increíble que alguien pueda leer con un mínimo de atención los primeros doce capítulos de este evangelio y llegar a tal conclusión. Ya hemos visto cuántas veces, y con qué énfasis, el cuarto evangelista enseña que el don de la vida eterna nunca se pierde, y no es necesario repetir aquí esa discusión.

Basta con decir que la idea de que Juan 15 enseña la posible pérdida de la salvación choca frontalmente con la teología de Juan. Sencillamente, no puede ser correcta.

La postura del señorío respecto a este texto es aún más confusa. Los maestros del señorío suelen ver la relación de permanencia como una descripción del estado de la salvación¹. Ahora bien, el mandato de permanecer implica que la alternativa —no permanecer— es posible. No obstante, en la mayoría de las enseñanzas del señorío esa alternativa no existe realmente para una persona regenerada. Así, la orden de permanecer se reduce otra vez a una farsa: todo cristiano lo hace de todos modos.

Peor aún, Juan 15:6 habla de un pámpano que ha sido separado de la vid, se seca y, de hecho, es quemado. Pero ¿qué puede significar esto dentro de los supuestos del pensamiento del señorío? Si la relación vid/pámpano describe el estado de salvación, entonces ninguna persona no salva habría sido jamás un pámpano. ¿Cómo puede describirse a tal persona como un pámpano que se seca y se quema? Claramente, en Juan 15, la teología del señorío conduce a sus defensores a un callejón sin salida.

Es un error grave —y totalmente innecesario— ver la metáfora de la vid y los pámpanos como una ilustración de la salvación. Nada en el texto sugiere tal cosa.

Por el contrario, el texto sí sugiere que la metáfora está relacionada con el discipulado. Así, en sus palabras finales sobre esta analogía tan significativa, Jesús dice: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y *seáis así mis discípulos*” (Juan 15:8, énfasis añadido).

Ya hemos observado que el discipulado es, básicamente, la experiencia de *educación espiritual*. Es un proceso que puede y debe comenzar inmediatamente después de nacer de nuevo por la fe en la familia de Dios. Pero también hemos visto que, a diferencia de nuestra pertenencia permanente a la familia de Dios, el discipulado es una experiencia en la que somos responsables de perseverar. Con la ayuda de Dios, debemos llevarla hasta el final.

Las personas nacidas de nuevo, por tanto —como los once a quienes Jesús se dirigía—, necesitan aprender que el secreto del discipulado es cultivar una relación de “permanencia” con su maestro. Si lo hacen, nuestro Señor afirma, darán gloria a Dios al dar fruto. Y al hacerlo, serán en verdad sus “alumnos”, pues Él también glorificó así al Padre.

Pero ¿qué sucede si el discípulo cristiano no permanece en Cristo? El resultado se expresa en el versículo 6: “El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Juan 15:6).

Esta afirmación ha causado perplejidad innecesaria. La razón principal es la fuerte tendencia de muchos lectores a identificar la referencia al fuego con el infierno. Pero esto es un salto interpretativo injustificado. No hay razón alguna para pensar que el fuego sea literal, del mismo modo que no estamos tratando con una vid literal, con pámpanos literales ni con fruto literal. Aquí, el “fuego” es simplemente otro elemento figurativo en la metáfora hortícola.

Por tanto, lo que ocurría en los viñedos de toda Palestina, podía sucederles también a los discípulos. Si dejaban de “permanecer” en Jesús, quedarían apartados de la experiencia de comunión con Él: serían echados fuera como un pámpano. Se perdería el contacto íntimo con la vid verdadera. Además, esta pérdida de comunión vital con la vid verdadera haría que su experiencia espiritual se “secara”; ellos se “marchitarían”. Y por último, serían echados al “fuego” de la prueba y de la disciplina divina: “los recogen y los echan en el fuego, y arden”.

No hay nada excepcional en este tipo de descripción. Es sencillamente un retrato vívido de un estado espiritual que el Nuevo Testamento describe de diversas maneras.

Para Pedro, puede ser el cristiano que “carece” de las cualidades esenciales del carácter cristiano y que “tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (2 Pedro 1:9). Para Santiago, puede ser el cristiano que carece de obras y cuya fe ya no es vital ni está viva (Santiago 2:14-26). Y para Pablo, puede ser el cristiano que ha rechazado “la buena conciencia” y ha “naufogado en cuanto a la fe” (1 Timoteo 1:19). Tal cristiano puede ser entregado a Satanás para que aprenda las lecciones espirituales que necesita aprender (1 Timoteo 1:20).

Por supuesto, como toda ilustración, incluso la metáfora de la vid y los pámpanos tiene sus límites. Sin duda puede representar la disciplina divina como un fuego, del mismo modo que el Antiguo Testamento describe con frecuencia los juicios temporales de Dios sobre su pueblo Israel con la misma imagen (Salmo 79:5; 89:46; Isaías 10:17-19; Jeremías 4:4; 7:20; 15:14; 17:27, etc.)². Pero lo que la metáfora no puede expresar es la restauración.

En un viñedo literal, un pámpano separado no puede ser restaurado a su lugar en la vid. Mucho menos podría serlo tras haber sido quemado. Pero en la experiencia de los discípulos cristianos, la restauración a la comunión con Cristo sigue abierta para quienes la buscan. De hecho, “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Es cierto: los once discípulos interrumpieron su contacto con la vid verdadera esa misma noche. Pero los once también fueron restaurados. Y, a partir de entonces, sus vidas rebosaron de buen fruto.

Conclusión

Fue en esa misma noche —a la que los escritores de los evangelios dedican tanto espacio— cuando Jesús dirigió palabras de solemne advertencia a un Pedro confiado en sí mismo.

“Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, UNA VEZ VUELTO, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31-32, énfasis añadido).

Trágicamente, esta advertencia no fue atendida. La respuesta de Pedro descarta cualquier posibilidad de fracaso de su parte: “Él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte” (Lucas 22:33).

—¡Cuenta conmigo! —dice Pedro—. ¡Te amo lo suficiente como para compartir la cárcel contigo, o incluso morir por ti!

Poco después, Jesús y los once dejaron la mesa de comunión del aposento alto y llegaron al Monte de los Olivos. Allí, como hemos visto, el Señor dio a sus discípulos otra advertencia:

—Permaneced en mí —les dijo. Pero la palabra griega traducida como “permanecer” básicamente significa “quedarse” en algún lugar. Así que el Salvador estaba diciendo:

—Quedaos en mí. ¡No dejéis que se rompa vuestro vínculo conmigo!

Poco después, llegaron a Getsemaní y nuestro Señor les dirigió otra advertencia: “Orad que no entréis en tentación [o prueba]” (Lucas 22:40).

Y cuando volvió de su agonizante experiencia de oración, les advirtió por última vez: “¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación [o prueba]” (Lucas 22:46).

Lo que siguió es bien conocido por todos los lectores de la Biblia. Lo que es menos conocido es que estos acontecimientos cumplen con precisión Juan 15:6 en la vida de los once. Y Pedro es el caso paradigmático.

El contacto con la vid verdadera se rompe cuando Pedro y los demás abandonan a su maestro. ¡Qué diferente habría sido aquella noche para ellos si hubieran marchado valientemente a su lado! Pero ahora los pámpanos quedan separados de esa vid verdadera y, en esa condición marchita y debilitada, esto se manifiesta pronto en los hechos que siguen.

Con destreza, el diablo enciende el “fuego” de la prueba y la tentación. Como nuestro Señor había previsto, Satanás zarandea a Pedro con su instrumento de aventar, tal como un trillador de grano zarandea el trigo. Tan severo es, de hecho, el asalto satánico que la fe de Pedro podría no haber sobrevivido al ataque: ¡habría podido ser consumida en el fuego! Pero la oración intercesora de su maestro fue oída y su fe no faltó (Lucas 22:32).

Sin embargo, Pedro sí falló. En el proceso, negó a su Señor tres veces. Con todo, por la gracia de Dios, Pedro fue restaurado. Sus lágrimas de pesar (Lucas 22:62) fueron, en efecto, el primer paso en su “retorno” a Cristo (Lucas 22:32) y a una experiencia renovada de permanencia en la vid verdadera.

Pedro, de hecho, se arrepintió. Eso mismo necesitaban hacer los laodicenses. Jesús mismo se lo dijo: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete” (Apocalipsis 3:19). Y si lo hacían, abrirían la puerta a una comunión íntima con Él. Él y ellos cenarían juntos. Jesús deseaba esa experiencia con los cristianos de Laodicea tanto como la deseaba con los once discípulos. Y la desea también con nosotros.

Pero en cada paso del camino, debemos tomar decisiones sin las cuales este privilegio no puede hacerse realidad ni mantenerse. Si andamos con Él, debemos escoger quedarnos con Él. Si perdemos el contacto con Él, debemos escoger arrepentirnos y volver a Él.

Hasta que lo hagamos, Él nos espera: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo” (Apocalipsis, 3:20).

Capítulo 12

Arrepentimiento

Pedro se arrepintió. Solo podemos esperar que los laodicenses también lo hicieran. De hecho, el llamamiento a arrepentirse se dirige también a la iglesia de Éfeso (Apocalipsis 2:5), a la de Pérgamo (Apocalipsis 2:16) y a la de Sardis (Apocalipsis 3:3).

En otra ocasión, los cristianos de Corinto se arrepintieron. Pablo describe su arrepentimiento así:

“Porque aunque os contristé con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamenté; porque veo que aquella carta, aunque por algún tiempo, os contristó. Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados *para arrepentimiento*; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciéseis por nuestra parte” (2 Corintios 7:8-9, énfasis añadido).

Con toda probabilidad, Pablo se refiere aquí a su reprensión a la iglesia (1 Corintios 5:1-13) por permitir que un caso de incesto quedara sin juzgar. 2 Corintios 7:12 parece aludir a este caso, que los corintios ya habían abordado como Pablo deseaba.

Pero, sea cual sea la referencia precisa, una cosa está clara: *el arrepentimiento en el Nuevo Testamento no se limita a los no salvos ni al momento de la conversión*. Puede darse repetidamente en la experiencia cristiana, siempre que sea necesario.

Por eso quizá no sorprenda que Martín Lutero y Juan Calvino, los grandes reformadores, vieran el arrepentimiento como una forma de resumir la experiencia cristiana.

Lutero escribió: “Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, al decir ‘Arrepentíos, etc.’, quiso que toda la vida de los creyentes fuese arrepentimiento¹”. Y en un pasaje destacado de los *Institutos*, Calvino afirma: “En una palabra, entiendo el arrepentimiento como regeneración, cuyo fin es la restauración de la imagen divina en nosotros²”. Poco después, el reformador afirma:

“Por lo cual, en esta regeneración, somos restaurados por la gracia de Cristo a la justicia de Dios, de la cual caímos en Adán... Y esta restauración no se lleva a cabo en un solo momento, ni en un día ni en un año³”.

Y añade que el Señor renueva los sentidos de su pueblo para la pureza para que “empleen toda su vida en el ejercicio del arrepentimiento, y sepan que esta lucha no terminará sino con la muerte⁴”.

Estas observaciones son sumamente valiosas; volveremos a ellas más adelante en este capítulo. Pero ahora debemos señalar también que ni Calvino ni Lutero trataron el arrepentimiento como una *condición* para la salvación eterna⁵. Ambos se mantuvieron firmes en la gran convicción de la Reforma expresada en las palabras *sola fide* —“solo por la fe”.

No hay otra postura que sea bíblica o verdaderamente evangélica. Solo la fe (no el arrepentimiento y la fe) constituye la única condición para la justificación y la vida eterna.

De todos los escritores del Nuevo Testamento, Lucas es quien más habla del arrepentimiento. Sin embargo, en una de las historias más conocidas de Lucas, un carcelero de Filipos, profundamente perturbado, pregunta a Pablo y a Silas: “Señores, ¿qué debo hacer para ser

salvo?” La respuesta que le dieron es la única respuesta que la Biblia ofrece para una pregunta así: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31). No hay aquí ni una palabra —¡ni una sílaba!— sobre el arrepentimiento. Pablo y Silas *no* dijeron: “Arrepiéntete y cree”, sino simplemente: “cree”.

Los proponentes de la salvación por el señorío se ven en serios aprietos con un texto como este. Se ven abocados a intentar extraer su doctrina de este pasaje por mera implicación⁶. Pero tal cosa no está en el texto, y ninguna casuística teológica puede ponerla ahí.

Como ya hemos visto, el esfuerzo por encontrar el concepto de arrepentimiento y rendición en la palabra “creer” carece por completo de fundamento lingüístico. La palabra “creer” significa “creer”, tanto en inglés como en griego.

De hecho, Juan Calvino rechazó hace mucho la idea de que arrepentimiento y fe pudieran identificarse. Escribió:

“Incluir la fe en el arrepentimiento repugna a lo que dice Pablo en Hechos [20:21]: ‘testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo’; donde menciona fe y arrepentimiento como dos cosas totalmente distintas⁷”.

Es algo sumamente serio cuando se borra la distinción bíblica entre fe y arrepentimiento y, de ese modo, se hace del arrepentimiento una condición para la vida eterna. Bajo esa perspectiva, la doctrina del Nuevo Testamento sobre la fe se reescribe de raíz y queda secuestrada por la exigencia de arrepentimiento. No es de extrañar que un estudioso de los escritos de Calvino haya llegado a afirmar:

“Quienes enseñan que el arrepentimiento precede a la fe, y hacen que la fe y el perdón dependan del arrepentimiento, no ven que su posición es paralela a la doctrina romana de la penitencia, a la cual Calvino se opuso con tanta firmeza⁸”.

No puede haber concesiones en este punto si deseamos preservar y proclamar la verdad bíblica de *sola fide*. Hacer del arrepentimiento una condición para la salvación eterna no es otra cosa que un retroceso hacia el dogma católico romano.

—Pero —dirá alguien— ¿acaso la Biblia no proclama también la exigencia divina del arrepentimiento?

En efecto, lo hace, y tal vez en ninguna parte de manera más enérgica que en Hechos 17:30, donde Pablo declara: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a *todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” (énfasis añadido).

¿Puede armonizarse esta declaración con la *sola fide* —“solo por la fe”—? Sí, se puede, ya que la Biblia no se contradice internamente. Y la armonización es en realidad sencilla y natural. ¿Cómo?

En pocas palabras: el llamamiento a la fe es para la salvación eterna; el llamamiento al arrepentimiento, a entrar en una relación armoniosa con Dios.

Si la cuestión es simplemente: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, la respuesta es creer en el Señor Jesucristo (Hechos 16:31). Si la cuestión es más amplia: “¿Cómo puedo estar en armonía con Dios?”, la respuesta es “arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

Además, si una persona está preparada para la fe —como lo estaba el carcelero de Filipos—, puede dar este paso de inmediato. Después se le puede enseñar de qué cosas debe arrepentirse si

quiere andar con Dios. A lo largo de la vida cristiana, el creyente necesitará arrepentirse muchas veces, como atestiguan claramente las Escrituras. Pero nadie será salvo más de una vez.

Así pues, aunque el arrepentimiento genuino *puede* preceder a la salvación (como veremos), *no es necesario* que así sea. Y dado que no es esencial para la transacción de la salvación como tal, en ningún sentido es una condición para esa transacción. Con todo, sigue siendo un hecho que Dios exige arrepentimiento de todos y supedita a ello la *comunión con Él*.

Exploremos este concepto en la palabra de Dios.

El significado de las palabras originales

Las principales palabras del Nuevo Testamento griego para arrepentimiento son el sustantivo *metanoia* (“arrepentimiento”) y el verbo *metanoēō* (“arrepentirse”). En origen, estos términos significaban “cambiar de parecer”. Sin embargo, el diccionario griego-inglés de referencia no registra ningún pasaje del Nuevo Testamento en el que ese sentido —“cambiar de parecer”⁹— se dé realmente.

En el uso general, el verbo y el sustantivo griegos habían llegado a ser aproximadamente equivalentes a los términos ingleses “repent” y “repentance”¹⁰ (en español, “arrepentirse” y “arrepentimiento”). En la Septuaginta, o Antiguo Testamento griego, el verbo griego traduce un término hebreo que significa “lamentarse” o “arrepentirse”¹¹.

De ello se deduce que la traducción de estas palabras en nuestras Biblias es en general satisfactoria, y en este capítulo daremos por sentado ese hecho¹².

El arrepentimiento y el Evangelio de Juan

Uno de los hechos más llamativos acerca de la doctrina del arrepentimiento en la Biblia es que esta doctrina está totalmente ausente del Evangelio de Juan. ¡No hay una sola referencia en los veintidós capítulos de Juan! Sin embargo, MacArthur afirma: “Ninguna evangelización que omita el mensaje del arrepentimiento puede llamarse propiamente el evangelio, porque los pecadores no pueden venir a Jesucristo sin un cambio radical de corazón, mente y voluntad”¹³.

Esta es una afirmación asombrosa. Dado que el Evangelio de Juan *sí* omite el mensaje del arrepentimiento, ¿debemos concluir que el evangelio que presenta no es, a fin de cuentas, el evangelio bíblico?

La mera idea se refuta por sí sola. El cuarto evangelista declara explícitamente el propósito evangelístico de su libro (Juan 20:30-31). No es la teología del Evangelio de Juan la que es deficiente, sino la de la salvación por el señorío. De hecho, los esfuerzos desesperados de los maestros del señorío por leer el arrepentimiento en el cuarto evangelio evidencian su propia debilidad fundamental¹⁴. Está claro que el mensaje del Evangelio de Juan es completo y suficiente sin referencia alguna al arrepentimiento.

Además, es aún más evidente que Juan, el evangelista, *evita* la doctrina del arrepentimiento en un punto donde podría haberse introducido con facilidad. El punto en cuestión se encuentra en el primer capítulo, donde el cuarto evangelista relata un diálogo entre Juan el Bautista y una delegación de líderes religiosos de Jerusalén. Tras oír a Juan negar que sea el Cristo, Elías o “el profeta”, la delegación lo oye identificarse simplemente como “voz de uno que clama en el desierto” (Juan 1:19-23). Exasperados, formulan una nueva pregunta: “¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?” (Juan 1:25).

Arrepentimiento

Como sabe cualquiera que ha leído Mateo, Marcos y Lucas, Juan el Bautista predicaba un “bautismo de arrepentimiento” (Marcos 1:4; Lucas 3:3; véase Mateo 3:11). En este momento crítico de su diálogo con aquella influyente delegación de judíos, cabría esperar que Juan anunciara el propósito de su ministerio bautismal en términos de arrepentimiento.

Pero no lo hace. En cambio, dice sencillamente:

“Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado” (Juan 1:26-27).

Ni una palabra —ni una sílaba— acerca del arrepentimiento. Y si alguna vez hubo un lugar perfecto para que el evangelista introdujera este tema en su evangelio, este lo era.

¡Su silencio es ensordecedor!

Muchos estudiosos de la Biblia consideran —sin duda con razón— que el discípulo anónimo de Juan el Bautista mencionado en Juan 1:35-40 no era otro que el cuarto evangelista mismo. Pero si el evangelista fue un “alumno” personal del Bautista antes de unirse a este nuevo maestro, su silencio respecto del arrepentimiento resulta aún más asombroso.

El silencio del capítulo uno persiste hasta el final del libro. El cuarto evangelio no dice absolutamente nada sobre el arrepentimiento, y mucho menos lo relaciona de algún modo con la vida eterna.

Este hecho es el toque de difuntos para la teología del señorío. Solo una ceguera obstinada puede resistirse a la conclusión evidente: *Juan no consideraba el arrepentimiento una condición para la vida eterna*. De haber sido así, lo habría dicho. A fin de cuentas, de eso trata su libro: obtener la vida eterna (Juan 20:30-31).

El arrepentimiento en el Evangelio de Lucas

En marcado contraste con el Evangelio de Juan, están los dos libros de Lucas. De las casi sesenta apariciones del sustantivo “arrepentimiento” y del verbo “arrepentirse” en el Nuevo Testamento, veinticinco se encuentran en el Evangelio de Lucas y en Hechos de los Apóstoles.

El arrepentimiento, por tanto, es un tema que el tercer evangelista destaca especialmente.

Si por el momento dejamos de lado las referencias de Lucas a este tema en la predicación de Juan el Bautista (Lucas 3:3, 8; Hechos 13:24; 19:4), llegamos a la primera mención del arrepentimiento en el ministerio de Jesús (Lucas 5:32), ¡donde aparece la sorprendente acusación de que Jesús *tiene comunión con pecadores*!

En su relato, Lucas narra que, en el banquete de Leví para nuestro Señor, los escribas y fariseos se quejaron ante los discípulos de Jesús y dijeron: “¿Por qué *coméis y bebéis* con publicanos y pecadores?” (Lucas 5:30, énfasis añadido). Pero, por supuesto, la acusación iba dirigida realmente a Jesús. ¿Por qué *Él* comía y bebía con tales personas? La respuesta del Salvador es bien conocida y profundamente amada:

“Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar [=invitar] a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:31-32).

—Estoy aquí —dice nuestro Señor— para traer sanidad espiritual a quienes están enfermos por el pecado. He venido a invitar a los pecadores al banquete del arrepentimiento.

Arrepentimiento

De eso trata el arrepentimiento: que el pecador halle sanidad espiritual y se “siente a la mesa” —tenga comunión— con Dios.

Entendido así, es evidente que de eso mismo trata la historia del hijo pródigo en Lucas.

Sin duda, Lucas 15 es el capítulo más importante sobre el arrepentimiento en todo el Nuevo Testamento, quizá en toda la Biblia. Pero también aquí, las tres parábolas sobre el arrepentimiento surgen directamente de una pregunta acerca de *la comunión* de Jesús en *la mesa* con los pecadores. Las palabras iniciales de Lucas 15 preparan el terreno para la enseñanza de nuestro Señor sobre el arrepentimiento:

“Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, *y con ellos come*” (Lucas 15:1-2, énfasis añadido).

—¿Cómo puede este hombre sentarse con gente así? —dicen los líderes religiosos, seguros de su propia justicia—. ¿Cómo puede tener comunión en la mesa con la escoria de la sociedad?

¿Cómo? La respuesta se hallaba en el corazón de Dios. Como un padre amoroso y generoso, esperaba con los brazos abiertos al pecador que regresaba. Pero recibir de nuevo a ese pecador no era todo lo que el Padre tenía en mente. Un banquete de gozosa comunión también formaba parte de su plan.

Y esa es la historia del hijo pródigo. En una provincia apartada, reducido a la desesperación por su vida disoluta, este joven se arrepiente. El arrepentimiento del hijo pródigo lo cuenta nuestro Señor en estos términos:

“Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros” (Lucas 15:17-19).

—Quiero volver a casa —se dice a sí mismo el hijo pródigo—, así que iré y ofreceré mis servicios a mi padre a cambio de alojamiento y comida.

En efecto, el joven decidió: —Quiero reparar la ruptura entre mi padre y yo. Quizá pueda arreglar las cosas con una disculpa y trabajando para él.

Fue una buena decisión, pero tenía un defecto: su padre no estaba interesado en el acuerdo que su hijo tenía en mente. Su padre estaba dispuesto a recibirlo gratuitamente. Su amor por su hijo pródigo no dependía de ningún compromiso de trabajar en la finca. Restaurar la armonía con su padre iba a ser mucho más fácil de lo que había imaginado.

La historia del hijo pródigo, por tanto, *no es simplemente una historia sobre la salvación*. Es la historia de cómo un padre y un hijo, separados desde hacía mucho tiempo, se reencontraron. Es la historia de un padre que hizo mucho más que volver a recibir a su hijo. De hecho, es la historia de cómo un padre colmó de amor a un hijo descarriado y se sentó con él en la mesa, en comunión, en un espléndido y gozoso banquete.

De manera inequívoca, la historia del hijo pródigo es la historia de la restauración del pecador a la comunión con Dios, nuestro Padre celestial. ¡Pero de eso trata *siempre* el arrepentimiento, incluso cuando quien se arrepiente *ya* es cristiano!

Volvamos a considerar las palabras de Jesús a los cristianos de Laodicea:

Arrepentimiento

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y *arrepíentete*. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y *cenaré con él, y él conmigo*” (Apocalipsis 3:19-20, énfasis añadido).

Arrepentimiento, la cena con Jesús, comunión: estos son los hilos entrelazados con los que la Biblia teje este tapiz de verdad. La armonía —la comunión— entre la humanidad pecadora y un Dios que perdona debe basarse siempre en el arrepentimiento; del mismo modo, la justificación debe basarse siempre solo en la fe.

Es cierto que el hijo pródigo puede representar a un no salvo cuyo arrepentimiento lo encamina en la dirección correcta. Muchos no salvos han hallado la salvación de un modo muy parecido. Insatisfecho con una vida terrenal malgastada, el pecador no salvo decide “volver a casa” y volverse a Dios, buscando la armonía con su Hacedor. Y aunque al principio pueda albergar la idea equivocada de que debe trabajar para obtener la aceptación de Dios, con el tiempo se encontrará con un Padre que perdona, cuyo amor es absolutamente incondicional y cuya salvación es absolutamente gratuita.

Pero el hijo pródigo también puede representar a un cristiano que se ha alejado mucho de la comunión con el Padre y que, igualmente, decide “volver a casa”. Quizá ese cristiano incluso planea “compensar” su fracaso trabajando con redoblado esfuerzo para Dios. Pero al regresar, vuelve a encontrarse con ese mismo amor lleno de perdón que experimentó por primera vez en el momento de la salvación, tanto si fue reciente como si quedó lejos en el tiempo.

Siempre es igual: ya vengamos a Dios por primera vez o por centésima vez, el Padre está ahí con los brazos abiertos y el corazón dispuesto.

—Mirad por vosotros mismos —dijo Jesús en cierta ocasión a sus discípulos—: “Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y *si se arrepintiere*, perdónale. Y si *siete veces al día* pecare contra ti, y *siete veces al día* volviere a ti, diciendo: *Me arrepiento*; perdónale” (Lucas 17:3-4, énfasis añadido).

¿Y por qué deberían hacer eso los discípulos de Jesús? ¡Porque eso es exactamente lo que hace Dios por ellos —y por nosotros— cada día!

La historia del hijo pródigo, por tanto, es una historia que se repite, en lo fundamental, una y otra vez en la vida de todo cristiano. Está lejos de agotarse en nuestra experiencia inicial de contacto armonioso con Dios; quienes la limitan a eso no la han comprendido realmente.

Así que los reformadores tenían razón en lo esencial. Es correcto afirmar que “nuestro Señor y maestro Jesucristo... quiso que toda la vida de los creyentes fuese arrepentimiento”. Porque sin arrepentimiento, repetido siempre que haya necesidad, no hay comunión con Dios.

El arrepentimiento en Hechos

En su obra en dos volúmenes —a veces denominada Lucas-Hechos—, Lucas decidió subrayar el tema de la armonía entre Dios y el hombre. Pero, evidentemente, Lucas escribía para una audiencia cristiana, como sugiere su prólogo a Teófilo (Lucas 1:1-4). Su contenido, pues, fue seleccionado para beneficio de los cristianos.

El tema de la armonía —comunión— con Dios era apropiado para que Lucas lo destacara, especialmente para lectores creyentes del primer siglo. Una de las cuestiones candentes de la época de Lucas era la comunión en la mesa entre cristianos judíos y gentiles. Lo difícil que podía llegar a ser este asunto se ve con claridad en Gálatas 2:11-21, donde Pablo tuvo que defender, él solo, el derecho de los gentiles a comer en la misma mesa que los judíos.

Pero, obviamente, si Dios Padre podía tener comunión con pecadores arrepentidos, también podía hacerlo cualquier creyente judío. Y esto era válido incluso si el pecador arrepentido era un gentil.

¡Como Cornelio! En cierto sentido, Cornelio es el “hijo pródigo” de Hechos.

Es importante observar, por tanto, que el relato de Lucas sobre Cornelio cumple en Hechos un papel muy parecido al de la historia del hijo pródigo en Lucas. Y del mismo modo que Lucas subraya la experiencia del pródigo, también subraya la experiencia de Cornelio. Porque la historia del hijo pródigo es, con mucho, la más extensa de las tres parábolas sobre el arrepentimiento en Lucas 15, y es uno de los relatos más extensos de todo el tercer evangelio. La historia de Cornelio es también de las más extensas de Hechos.

Y aquí, igualmente, nos encontramos con la cuestión de la comunión en la mesa. De hecho, cuando el apóstol Pedro subió a Jerusalén después de su encuentro con Cornelio, se topó con un aluvión de críticas. Así leemos:

“Y cuando Pedro subió a Jerusalén, disputaban con él los que eran de la circuncisión, diciendo: ¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos, *y has comido con ellos?*” (Hechos 11:2-3, énfasis añadido).

¿Te resulta familiar? Esta fue precisamente la crítica que los escribas y fariseos hicieron contra Jesús mismo. Era también el espíritu del hermano mayor del hijo pródigo. De hecho, en la parte final del relato de nuestro Señor en Lucas 15, el padre del muchacho arrepentido sale a invitar al hermano mayor al banquete que se celebraba dentro. Pero el hermano mayor, considerándose a sí mismo justo, rechaza groseramente la oportunidad de tener comunión con su padre y con su hermano menor. Sus palabras están llenas de indignación:

“He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, *has hecho matar para él el becerro gordo*” (Lucas 15:29-30, énfasis añadido).

¿Cómo pudiste hacer esto? —se queja con amargura el hermano mayor—. ¿Cómo puedes organizar una gran fiesta para este hermano mío tan disoluto?

¿Cómo? Porque Dios desea tener comunión con los pecadores que se arrepienten. Y lo desea incluso cuando esos pecadores son gentiles como Cornelio.

No es de extrañar que, cuando Pedro terminó su relato sobre la aceptación de Cornelio y de sus amigos por parte de Dios, los críticos enmudecieron. Leemos:

“Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios *arrepentimiento para vida!*” (Hechos 11:18, énfasis añadido).

“¡Arrepentimiento para [o hacia la] vida!” Arrepentimiento que *llevó a* la vida: esa fue la experiencia real de Cornelio.

Que estas palabras no se malinterpreten. *De ningún modo* dicen “arrepentimiento para vida eterna”. Más bien, expresan ese “volver a la vida” que es siempre el resultado final del arrepentimiento, ya sea el de un cristiano o el de un no salvo.

Incluso a los cristianos, Pablo pudo decirles: “Porque si vivís conforme a la carne, *moriréis*; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, *viviréis*” (Romanos 8:13, énfasis añadido).

O, en palabras del padre del hijo pródigo: “Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano *era muerto, y ha revivido*; se había perdido, y es hallado” (Lucas 15:32, énfasis añadido).

La verdad que encierra esta declaración es profunda. Sea cristiano o no, la persona que se extravía en el pecado es una oveja perdida y descarriada, apartada de la *experiencia* de la vida verdadera, que solo puede “saborearse” y disfrutarse en la presencia de Dios mismo, en comunión con Él¹⁵.

Así pues, arrepentirse es redescubrir nuestro rumbo y experimentar la verdadera “vida” en armonía con nuestro Hacedor. Ahora bien, el arrepentimiento no es el medio por el que adquirimos la vida *eterna*. El testimonio de Lucas al respecto es cristalino: “Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida *eterna*” (Hechos 13:48, énfasis añadido). No dice —nótese bien— “se *arrepintieron* y creyeron”. Simplemente “creyeron”.

¿Qué debo hacer para ser salvo? La respuesta de Pablo y Silas es también la respuesta de Lucas: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31). Y para ello, el arrepentimiento *no* es una condición. En efecto, Lucas nunca dice que el arrepentimiento sea una condición para la salvación, como tampoco lo hace Juan el Evangelista. ¡La vida eterna es solo por la fe —*sola fide*—!

Por supuesto, Cornelio *no era* salvo cuando Pedro llegó a su casa. Pero el ángel le había prometido que Pedro “te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa” (Hechos 11:14). Sin embargo, cuando Pedro llegó, *no* predicó el arrepentimiento. ¿Por qué? Porque Cornelio necesitaba ser salvo. ¡Ya se había arrepentido!

Este hecho no podría ser más evidente. Cornelio se apartó de su paganismo para buscar al Dios de Israel. Con ese fin “hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre” (Hechos 10:2). Esto no era ni más ni menos que la búsqueda por parte de Cornelio de Dios y de una relación armoniosa con su Creador. Así, sus oraciones estaban encaminadas a descubrir cómo podría hallar la verdadera paz con el Dios de Israel. La venida de Pedro fue *la respuesta* a esas oraciones.

Este punto queda claro en las palabras que Cornelio mismo pronunció cuando el apóstol llegó:

“Entonces Cornelio dijo: Hace cuatro días que a esta hora yo estaba en ayunas; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa, vi que se puso delante de mí un varón con vestido resplandeciente, y dijo: Cornelio, *tu oración ha sido oída*, y tus limosnas han sido recordadas delante de Dios. Envía, pues, a Jope, y haz venir a Simón el que tiene por sobrenombre Pedro” (Hechos 10:30-32, énfasis añadido).

—Tu oración ha sido oída —anunció el mensajero—: “Él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa” (Hechos 11:14).

¿Qué palabras eran esas? No eran en absoluto palabras acerca del arrepentimiento, sino palabras acerca de la fe. Así pues, Pedro declara a la multitud reunida en la casa de Cornelio: “De este dan testimonio todos los profetas, *que todos los que en él creyeren*, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43, énfasis añadido).

Arrepentimiento

Los resultados fueron inmediatos. Apenas salieron estas palabras de la boca de Pedro, se produjo la salvación: el Espíritu Santo fue derramado sobre los oyentes que creyeron (Hechos 10:44).

Ya hemos sugerido que Cornelio es el “hijo pródigo” de Hechos, y así es. Viviendo en “la provincia apartada” del paganismo gentil, este centurión —como el pródigo— “volvió en sí”. Decidió, por así decirlo, “volver a casa”, al Dios vivo y verdadero.

Así como un viaje separó al hijo pródigo de la finca de su padre, también Cornelio emprendió un “viaje”. Ese viaje le llevó tiempo, pero Cornelio lo recorrió con limosnas, oraciones y ayunos. Y al final del camino descubrió exactamente lo mismo que aquel muchacho descarriado: encontró a un Padre amoroso que lo aceptó sin condiciones y que derramó abundantemente su amor sobre él al darle el don de su propio Espíritu Santo. Poco después, Cornelio fue bautizado y tuvo comunión no solo con Dios, sino también con el siervo de Dios, Pedro, a quien le rogaron “que se quedase por algunos días” (Hechos 10:48).

¿Quién negará que muchas personas encuentran a Cristo de esta misma manera? Como el hijo pródigo y el propio Cornelio, un día despiertan a su necesidad de Dios. En ese momento se arrepienten y comienzan a buscar a su Creador.

Quizá empiecen a ir a la iglesia. Quizá se dediquen a la oración y a la lectura de la Biblia. Quizá comiencen a dar parte de su dinero a Dios. Quizá intenten corregir su estilo de vida. Estas personas están bajo el poder de atracción y de convicción del Espíritu Santo de Dios. Pero no son salvas por ninguna de las cosas que hacen en su búsqueda de Dios. No son salvas por su arrepentimiento.

En cambio, en tales casos, su arrepentimiento los pone en el camino de regreso a Dios. Las orienta en la dirección correcta porque las impulsa a buscar la armonía con su Hacedor. Pero Dios siempre debe darse a conocer a tales personas. Y de hecho, siempre lo hace, pues la Biblia declara: “Es galardónador de los que le buscan” (Hebreos 11:6).

En algún momento de nuestra búsqueda, Dios sale al encuentro del pecador arrepentido. Pero la revelación que Dios hace de sí mismo es siempre la manifestación de su amor pleno e incondicional por nosotros. Es siempre la revelación de un Padre amoroso que concede la salvación eterna a todo el que la quiera, solo por la fe.

Al final de la búsqueda, por tanto, ¡el pecador siempre se encuentra con la *sola fide* divina!

Listo para creer

Podemos ver, por tanto, cómo Dios *puede* usar el arrepentimiento para atraer a los hombres a la fe salvadora en Cristo. Pero no *necesita* hacerlo. Puede, en su lugar, usar la gratitud.

El hombre que nació ciego y fue sanado por nuestro Señor (Juan 9) es un caso clásico. Nuestro Señor desvincula explícitamente la condición de este hombre de cualquier pecado suyo o de sus padres (vv. 2-3). En ningún momento, en su trato con él, nuestro Señor insinúa siquiera estar preocupado por el pecado de este hombre. Por el contrario, los fariseos legalistas e incrédulos lo acusan con dureza (v. 34). Pero cuando el hombre ciego se encuentra de nuevo con el Salvador, la única cuestión entre ellos es la fe: Él le dijo: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” (v. 35). El ciego responde: “¿Quién es, Señor, para que crea en él?” (v. 36).

—Solo necesito información —está diciendo este hombre—. Estoy dispuesto a creer si me dices quién es esa persona.

La respuesta de nuestro Señor es reveladora: “Pues le has visto, y el que habla contigo, él es” (v. 37).

Arrepentimiento

La respuesta del ciego es inmediata: “Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró” (v. 38).

Sería un auténtico ejercicio de casuística teológica encontrar arrepentimiento en una historia como esta. Simplemente, no está ahí.

A diferencia del hijo pródigo, que fue atraído de vuelta a su padre por su vida vacía en la provincia apartada, el hombre ciego es atraído a Jesús por pura gratitud. Este era el hombre que le había abierto los ojos. Estaba tan dispuesto a creer como se puede estar.

Y cuando alguien está listo para creer, puede hacerlo de inmediato. No hay necesidad de predicarle el arrepentimiento en ese momento. Como al ciego de nacimiento, hay que invitarlo a creer allí mismo, en el acto.

Pero así como Dios puede usar la gratitud para llevarnos a la fe, también puede usar el temor. Ese fue, de hecho, su método con el carcelero de Filipos. Aterrado por la evidente intervención divina en la cárcel, y sacudido sin duda por su cercano encuentro con la muerte (Hechos 16:27-29), el carcelero estaba dispuesto —incluso ansioso— a ser salvo. Por tanto, lo único que necesitaba era que le dijeran: “Cree”.

Dios también puede usar la insatisfacción —nuestra propia sed interior— para llevarnos a la fe en Cristo.

Esto es lo que hizo con la mujer junto al pozo de Sicar, cuya vida había quedado marcada por una sucesión insatisfactoria de matrimonios desdichados (Juan 4:17-18). Jesús le dijo:

“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva” (Juan 4:10).

—Estás sedienta —viene a decir Jesús—. Tanto que, si supieras quién soy y el tipo de agua que te puedo dar, ya me la habrías pedido. ¡Así de sedienta estás!

Ni una palabra —¡ni una sílaba!— sobre el arrepentimiento. Ni siquiera se le pide que abandone su relación ilícita actual (Juan 4:18). ¿Por qué? ¿Acaso no le importaba eso a Jesús? *Por supuesto* que le importaba cómo vivía. Pero ese no era el asunto en ese momento. En ese preciso momento, la cuestión era la vida eterna.

El arrepentimiento vendría después —para esta mujer, el carcelero de Filipos y el ciego de nacimiento—. Si iban a experimentar *comunión* con su Padre celestial, tendría que venir no una vez, sino muchas veces. El arrepentimiento era indispensable para una vida cristiana eficaz.

Pero no era una condición para la vida eterna.

Debemos guardarnos de intentar encerrar a Dios en una “caja” de nuestra propia invención. Ciertamente, Dios salva a todo hombre y a toda mujer de la misma manera: solo por la fe. Pero sus métodos para llevar a las personas al momento de la fe son ricos y variados.

Dios *puede* usar el arrepentimiento. Pero también puede usar la gratitud, o el temor, o la insatisfacción, u otros muchos poderosos incentivos. Dios es soberano. Él obra en cada alma precisamente como su sabiduría lo ordena. Pero las palabras de invitación permanecen irrevocablemente verdaderas: “Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

Dios tiene *una sola manera* de dar esta agua: la da gratuitamente. Pero tiene *muchas maneras* de despertar en las personas el deseo del agua que Él da.

Otros pasajes sobre el arrepentimiento

Si tenemos bien presentes las cosas que hemos considerado hasta ahora, podremos entender muchas otras declaraciones bíblicas sobre el arrepentimiento y así evitar mucha confusión y error.

El llamamiento al arrepentimiento es un llamamiento a tener una relación armoniosa con Dios. Y eso fue precisamente lo que significaba cuando Juan el Bautista predicó el arrepentimiento a Israel (Mateo 3:2, 8, 11; Marcos 1:4; Lucas 3:3, 8). Era un llamamiento a la nación para reparar su relación con el Dios que los había escogido de entre todas las familias de la tierra para ser su pueblo.

En la predicación de Juan, el arrepentimiento desempeñó exactamente el mismo papel que en la vida de Cornelio. Estaba destinado a preparar a la nación para la fe en el que había de venir. Pablo lo dice con claridad en Hechos 19:

“Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo [= Israel] que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo” (Hechos 19:4).

Aquí vemos una vez más que el arrepentimiento y la fe no son lo mismo. Más bien, el arrepentimiento estaba destinado a *preparar* a Israel para la fe, exactamente como también preparó al gentil Cornelio para la fe.

Además, muchas de las amenazas dirigidas contra el Israel impenitente se refieren a las calamidades nacionales que les sobrevendrían si permanecían fuera de armonía con Dios. Juan el Bautista habló, por ejemplo, del hacha del juicio puesta a la raíz de los árboles, que cortaría todo árbol infructuoso para ser arrojado al fuego (Mateo 3:10; Lucas 3:9). De ningún modo debe leerse esto como una amenaza de condenación eterna, sino más bien como una advertencia acerca del holocausto de fuego que envolvió a la nación en el año 70 d. C. y que provocó miles y miles de muertes.

Este hecho se hace evidente cuando consideramos detenidamente las palabras adicionales que pronunció el Bautista:

“Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:12, énfasis añadido).

Todo agricultor entre los oyentes de Juan entendía perfectamente esta analogía. La paja se quemaba por completo en los fuegos a los que se la arrojaba. En pocas palabras, la paja quedaba destruida¹⁶.

Esto solo puede referirse al juicio temporal y a la muerte física. ¡Los no salvos no son “quemados” —no son “destruidos”— en el infierno! En ese lugar, “el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:44, 46, 48). Pero en la tragedia nacional del año 70 d. C., las vidas físicas de muchos miles de personas fueron segadas y destruidas.

En el mismo sentido van las palabras de Jesús: “Pero si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:3, 5). Aquí “pereceréis” traduce un término griego perfectamente válido que puede, simplemente, significar “morir”.

Y es evidente que Jesús habla de la muerte física. Los “galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos” (Lucas 13:1) habían muerto. Los “dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató” (Lucas 13:4, énfasis añadido).

—También vosotros moriréis —dice nuestro Señor— a menos que os arrepintáis.

Arrepentimiento

No cabe duda de que muchos de sus oyentes *sí* murieron en la devastación que los romanos trajeron a Palestina en el año 70 d. C. Pero quienes se arrepintieron —quienes repararon su relación con Dios— sobrevivieron.

No debe haber confusión respecto a este principio: el final del camino para cualquier pecador impenitente es la muerte¹⁷. Esto es cierto aunque ya sea salvo y tenga la certeza de su destino en el cielo. Sin arrepentimiento, el cristiano que peca se encamina a una muerte prematura bajo la mano correctiva de Dios.

A esto se refería Santiago cuando exhortó a sus hermanos cristianos a hacer volver unos a otros de cualquier senda de pecado:

“Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que *el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados*” (Santiago 5:19-20, énfasis añadido).

—Preocupaos —viene a decir Santiago— de buscar el arrepentimiento de vuestro hermano siempre que lo veáis apartarse. ¡Al hacerlo, podéis salvarle la vida!¹⁸

Conclusión

A la luz de lo que hemos visto en este capítulo, debemos concluir que el llamamiento al arrepentimiento es más *amplio que* el llamamiento a la salvación eterna. Es, más bien, un llamamiento a la *armonía* entre la criatura y su Creador; un llamamiento a la *comunión* entre hombres y mujeres pecadores y un Dios que perdona.

Si mantenemos bien presente este hecho, nunca cometeremos el error de pensar que el arrepentimiento es una condición para la salvación eterna.

Así, leeremos con plena comprensión palabras como estas:

“Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase *en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén*” (Lucas 24:46-47, énfasis añadido).

Esta es, por supuesto, la forma lucana de la Gran Comisión. Y al igual que la formulación de Mateo de este mandato (Mateo 28:18-20), se centra en el *amplio llamamiento* a entrar en una experiencia vital con Dios¹⁹.

En Mateo, esa experiencia se describe como ser discípulos de Jesucristo nuestro Señor (Mateo 28:19) e implica obediencia a sus mandamientos (28:20). En Lucas, esa experiencia se presenta como la *comunión con Dios* a la que entramos por medio del “arrepentimiento y el perdón de pecados”. De hecho —como era de esperar—, la forma lucana de la Gran Comisión viene justo después de otra escena de *comunión en la mesa* entre los discípulos y su Señor ya resucitado (Lucas 24:42-43).

Por el contrario, el Evangelio de Juan se distingue del de Mateo y del de Lucas. Mientras que Mateo y Lucas se centran en *la experiencia* con Dios a la que somos llamados, Juan se centra en un tema *más específico*: cómo obtener la vida eterna. Y dado que *ese* era el tema que tenía en mente, Juan el Evangelista no tuvo necesidad de hablar de arrepentimiento.

Por supuesto, las palabras “el arrepentimiento y el perdón de pecados” (Lucas 24:47) son una declaración *resumida*. No expresan todos los detalles de la teología de Lucas. Más bien, como

hemos visto, Lucas coincidía con Juan en que la vida eterna —la salvación eterna— es solo por la fe.

Pero es evidente que la expresión “el arrepentimiento y el perdón de pecados” es programática en Hechos. De hecho, el arrepentimiento y el perdón de pecados están en el núcleo de la predicación allí registrada. Para empezar, el llamamiento de Juan el Bautista a Israel a arrepentirse se repite en los capítulos iniciales de Hechos (2:38; 3:19; 5:31). Como en la predicación de Juan, este arrepentimiento debía expresarse en el bautismo (Hechos 2:38).

Especialmente digno de mención es Hechos 5:30-31, que retoma, en referencia a Israel, el tema de Lucas 24:47. Así, hablando a los dirigentes judíos, Pedro declara:

“El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A este, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, *para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados*” (Hechos 5:30-31, énfasis añadido).

De modo que la predicación inicial en Hechos, que comienza *en Jerusalén* (Lucas 24:47), repite el llamamiento que Juan el Bautista hizo a Israel para reparar su desastrosa ruptura con Dios. Y si la situación era grave en tiempos de Juan, ahora lo era mucho más, pues la nación había crucificado a aquel a quien Dios había hecho Señor y Cristo (Hechos 2:36).

La cruda realidad era que los pavorosos incendios del año 70 d. C. estaban cada vez más cerca de desencadenarse.

Sin embargo, a medida que Israel rechaza este llamamiento, la invitación al “arrepentimiento y perdón de pecados” se extiende “*a todas las naciones*” (Lucas 24:47). Hechos es el único relato bíblico de la difusión de la verdad de Dios al mundo gentil.

En su relato de esta expansión, por tanto, Lucas selecciona la historia de Cornelio como el eje central de su narrativa. Como hemos visto, Cornelio fue un ejemplo notable de arrepentimiento y también del perdón de pecados, perdón que recibió por la fe (Hechos 10:43-44).

Cornelio, entonces, es el modelo representativo de Lucas para los gentiles de todas partes, a quienes Pablo predicaría “acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

Pablo, por supuesto, era el héroe de Lucas. Es la figura dominante del relato lucano. Y, como compañero ocasional de viaje de Pablo, Lucas comprendía la teología paulina tan bien como cualquiera. Sabía, por ejemplo, que si se le preguntaba a Pablo qué debía hacer un hombre para ser salvo, la respuesta sería simple y directa: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:31).

¿Y qué hay de la justificación? Lucas sabía que, en la teología paulina, esto también era solo por la fe. De hecho, Lucas cita a Pablo sobre este tema en la sinagoga de Antioquía de Pisidia: “Y que *de todo aquello* de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, *en él es justificado todo aquel que cree*” (Hechos 13:39, énfasis añadido).

Ni una palabra aquí —¡ni una sílaba!— sobre el arrepentimiento. Y cuán semejantes son estas palabras a las de la carta a los Romanos. ¿Y por qué no? En ambos casos, las palabras son de Pablo.

Pero Lucas también sabía que Pablo predicaba un *mensaje más amplio*. Ese mensaje consistía en un llamamiento a los hombres —tanto judíos como griegos— a entrar en una comunión vital con Dios mismo. Y en este mensaje más amplio, el arrepentimiento desempeñaba un papel destacado.

Arrepentimiento

En su impecable defensa ante el rey Agripa y ante el procurador romano Festo, Pablo declara el pleno alcance de su proclamación a los hombres:

“Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, *que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento*” (Hechos 26:19-20, énfasis añadido).

—Predico santidad —dice Pablo—; predico el tipo de experiencia religiosa que orienta a las personas hacia Dios y produce buenas obras.

Pero Pablo *no* está diciendo, como alega la teología del señorío, que no se puede ser salvo sin arrepentimiento ni que se pueda ir al cielo a menos que se viva una vida de buenas obras. ¡Pablo nunca dijo *eso!* La Biblia nunca dice eso. Lo que Pablo y la Biblia *sí* dicen es claro:

“Mas al *que no obra, sino cree* en aquel que justifica al impío, *su fe* le es contada por justicia” (Romanos 4:5, énfasis añadido).

En otras palabras, si le hubieras preguntado a Pablo qué debías hacer para ser eternamente salvo, sencillamente te habría dicho: “¡Cree!”

Sí, los reformadores acertaron. La intuición inspiradora del pensamiento de la Reforma es completamente bíblica y verdadera: *¡sola fide!*

Capítulo 13

Justificados por obras

Como acabamos de ver, en su inspiradora defensa ante Agripa, Festo y una asamblea de hombres notables en Cesarea, el apóstol Pablo ofreció un amplio resumen de su proclamación de la verdad de Dios. Estas son, de nuevo, sus palabras:

“Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, *que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento*” (Hechos 26:19-20, énfasis añadido).

Ese era, en pocas palabras, el ministerio de Pablo. Dondequiera que iba por todo el mundo romano, llamaba a todos a llevar una vida caracterizada por el arrepentimiento y las buenas obras. Sin embargo, como también hemos visto, Pablo no quiso decir con ello que la justificación y la vida eterna estén de ningún modo supeditadas al arrepentimiento en sí mismo ni a las buenas obras a las que conduce el arrepentimiento.

Pero tampoco quiso decir Pablo, como algunos suponen, que “las obras dignas de arrepentimiento” sean un *resultado inevitable* del arrepentimiento y mucho menos un *resultado inevitable* de la fe salvadora misma. Los que creen ver esto en el texto de Hechos están contemplando un espejismo. No hay en este pasaje ni una palabra que sustente tal idea.

Por el contrario, es muy evidente que Pablo no daba por hecho que el arrepentimiento, por sí solo, necesariamente desembocara en las obras apropiadas. Más bien, la exhortación a hacer tales obras era un elemento separado y distinto dentro de su mensaje. De hecho, como ya hemos observado, en sus instrucciones a Tito, Pablo insistió: “Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios *procuren ocuparse en buenas obras*” (Tito 3:8, énfasis añadido).

En un sentido muy real, toda la experiencia de un creyente nacido de nuevo *debería* ser la de practicar buenas obras. Como Pablo afirmó en otra parte, los que han sido salvos por gracia mediante la fe han sido “creados... para buenas obras”, en las cuales Dios quiere que andemos (Efesios 2:10).

Pero esta misma verdad también puede expresarse en términos de discipulado. De hecho, según la Gran Comisión, hacer discípulos significa *enseñarles* “que guarden todas las cosas” que Cristo ha mandado (Mateo 28:20). El discipulado es, por tanto, una vida en la que *aprendemos* a obedecer a nuestro Señor.

Y una vez más, esta verdad puede expresarse en términos de *comunión* con Dios y con Cristo. El creyente que ama a su Señor guardará sus mandamientos y tendrá una rica experiencia de la manifestación de su Salvador (Juan 14:21). Jesús prometió a quien así lo hiciera que Él y su Padre vendrán a él y harán morada con él (véase v. 23).

El andar en buenas obras, la comunión con Dios y el discipulado con Jesucristo: estas son una especie de “trinidad” moral y espiritual que configuran una sola gran realidad: la vida cristiana. Esa vida, por supuesto, se inicia por medio de un don divino y de gracia. Pero la labor de un ministro cristiano no termina cuando alguien recibe este don. En cierto sentido, la obra apenas ha comenzado.

Así que, como Pablo, el ministro de la verdad de Dios debe afirmar constantemente que “los que han creído” deben “procurar ocuparse en buenas obras”, sin dejar de motivarlos a hacer “obras dignas de arrepentimiento”. Esta tarea perdura mientras continúe el ministerio cristiano entre ellos.

Y es al desempeñar esta tarea cuando el fiel ministro de la palabra honra debidamente el verdadero señorío de Jesucristo. Porque cuando el señorío de Jesús se manifiesta en la vida de sus discípulos, el mundo lo notará, Dios será glorificado, y los creyentes mismos serán *justificados por las obras*. Sobre este tipo de justificación diremos más en breve.

El señorío de Jesús

Si Juan 3:16 es el texto de salvación más fecundo de todos, probablemente, junto a él, deba situarse Hechos 16:31. Ya consideramos este pasaje en el capítulo anterior, pero debemos verlo de nuevo aquí:

“Y [el carcelero de Filipos] sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:30-31).

Solo la eternidad revelará cuántos miles de almas han puesto su gozo y bienestar eternos en esta sencilla declaración. Entre ellos se contarán, sin duda, muchos que se apropiaron de esta promesa siendo muy niños, así como incontables otros que lo hicieron en todas las etapas de la vida.

Pero oír a los partidarios de la teología del señorío hablar de este texto es abandonar todo rastro de sencillez y adentrarse en un páramo de oscuridad y confusión. Una vez más, aquí no hay absolutamente nada sobre el arrepentimiento. Pero tampoco hay nada sobre la rendición, el bautismo, las buenas obras ni ningún otro requisito similar. La sola fe se presenta como la respuesta suficiente a la pregunta del carcelero. Pero los maestros del señorío no quedan satisfechos con esta respuesta tal cual.

En lugar de aceptar su significado evidente, intentan extraer de ese texto su propia doctrina por mera implicación. Así, para muchos maestros del señorío, la justificación de su postura se encuentra en el hecho de que Pablo y Silas dicen: “Cree en el SEÑOR Jesucristo”. Luego afirman que el uso de la palabra “Señor” implica sumisión a su autoridad cuando se cree¹.

Es un error grave e injustificable. Se trata de una falacia lingüística bien conocida, a veces llamada “transferencia ilegítima de la totalidad”. En esta falacia, una idea derivada de otras palabras o del contexto general se proyecta indebidamente sobre un término concreto, como si formara parte de su significado². Esto es lo que ha ocurrido aquí. Pablo y Silas usan la palabra “Señor” para identificar a la persona en quien el carcelero debía poner su fe; en ningún caso altera el significado de “creer”.

Una sencilla ilustración puede aclarar este punto. Puedo decirle a un amigo: “Confía en el presidente Bush para que se ocupe de este asunto”. Obviamente, no es lo mismo que decir: “Sométete a la autoridad del presidente Bush”.

Pero para adoptar la distorsión lingüística que la teología del señorío nos ofrece en Hechos 16:31, supongamos que le dijera a este amigo: “¡Recuerda, te dije que confiaras en el PRESIDENTE Bush! Eso significa que debes estar dispuesto a someterte a su autoridad. Al fin y al cabo, él es el PRESIDENTE”.

Mi amigo probablemente se reiría de mí por ofrecerle una explicación tan claramente forzada de mis propias palabras. O podría decir: “¿Cómo iba yo a saber que eso era lo que querías decir? No dijiste nada sobre *obedecer* al presidente Bush. Solo dijiste que confiara en él, y pensé que eso era lo que querías que hiciera”.

Por supuesto, suponiendo que sé usar el idioma con destreza, podría tener una muy buena razón para pedirle a mi amigo que confíe en el PRESIDENTE Bush. Si se tratara simplemente de George Bush, ciudadano estadounidense, podría surgir la duda de si podría confiársele un asunto realmente difícil. Pero el título PRESIDENTE lo identifica como un hombre con poder y recursos muy por encima de los de mi amigo. Ese mismo título es una invitación a confiar.

De igual modo sucede con el título “Señor” en Hechos 16:31. No se le pide al carcelero de Filipos creer en un mero hombre judío para su bienestar eterno. Más bien, Él es el Señor, con todo el poder y los recursos que este ilustre título conlleva. En el ámbito de la salvación, Él puede proveer lo necesario para satisfacer la necesidad del pecador.

Pero sugerir que algún tipo de rendición personal de la voluntad forma parte de la transacción salvadora en Hechos 16:31 es introducir por la fuerza en el texto ideas que este no contiene.

De hecho, podemos ir más allá. No existe tal cosa como “*hacer* de Jesús el Señor de nuestras vidas”. Las Escrituras son claras en cuanto a que Él *ya es Señor*, no solo de los cristianos, ¡sino también de los no salvos!

Por eso el apóstol Pedro pudo decir a su vasta audiencia el día de Pentecostés: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36).

No importaba que alguien lo creyera o no. Jesucristo seguía siendo su Señor. Así también, al dirigirse a la audiencia aún inconversa en la casa de Cornelio, Pedro dice:

“Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es Señor de todos” (Hechos 10:36).

Pero si Él es “Señor de todos”, ¿cómo puede alguien convertirlo en lo que Él ya es³?

Por supuesto, quienes emplean la expresión “*haz de Jesús el Señor de tu vida*” suelen querer decir: “Sométete a su señorío en tu vida diaria”. Y ese es un buen consejo, aunque solo un cristiano nacido de nuevo puede llevarlo a cabo de verdad.

Este hecho está en el corazón mismo del cristianismo bíblico. Ningún pecador no salvo puede responder apropiadamente al señorío de Cristo⁴. La capacidad para hacerlo no está presente en la persona hasta el nuevo nacimiento. Solo en el nuevo nacimiento se recibe toda la gama de capacidades necesarias para la sumisión y la obediencia cristianas. O, como lo expresó Pedro, solo entonces los creyentes reciben “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (2 Pedro 1:3).

Otra manera de decir esto es recordar que el pecador viene al Salvador como un mendigo indigente⁵, incapaz de ofrecer a Dios ni siquiera el tipo correcto de sumisión.

El hijo pródigo ciertamente no puede hacerlo con su propio padre. Su idea de ofrecerse como un “jornalero” revelaba la insuficiencia de su propia perspectiva. No solo no anticipaba el amor incondicional de su padre, sino que pensaba en su papel como el de un “asalariado” en la finca de su padre.

Pero en cuanto se encuentra realmente con su padre y este lo abraza, abandona por completo esta idea (Lucas 15:20-21). Toda su perspectiva sobre la relación con su padre no podía sino quedar radicalmente transformada por la abrumadora generosidad que encontró al volver a casa.

Ahora —solo ahora— podía ofrecer a su padre la clase correcta de sumisión amorosa y agradecida.

Es una de las ilusiones del pensamiento del señorío creer que los no salvos pueden ofrecer a Dios algún tipo de sumisión que Él acepte como parte de la transacción de salvación. Por el contrario, solo la sumisión de un corazón redimido es plenamente aceptable para Dios. Pero los no salvos no tienen nada que ofrecer. Son meros mendigos que se arrojan a la misericordia de Dios.

Tal es, de hecho, la conciencia profundamente arraigada del pueblo redimido de Dios, como se expresa con elocuencia en “Rock of Ages”, uno de los grandes himnos de la Iglesia:

Nada traigo en mis manos,
Solo a tu cruz me aferro;
Desnudo, vengo a ti por vestidura;
Indefenso, a ti acudo en busca de gracia;
Inmundo, me lanzo a la fuente,
¡Lávame, Salvador, o perezco!

—A. M. Toplady y Thomas Hastings.
Roca de la eternidad
(*Rock of Ages*)

Cualquier pensamiento distinto de este no es el cristianismo del Nuevo Testamento.

Honrar su señorío

Aunque la sumisión al señorío de Cristo no es, en ningún sentido, una condición para la vida eterna, sí es crucial para la manifestación de esa vida. De hecho, vivir como discípulo es vivir bajo el señorío de nuestro Salvador.

Este hecho se ve con claridad, por ejemplo, en la Gran Comisión, que está precedida por estas palabras: “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos...” (Mateo 28:18-19).

—Mi señorío —dice nuestro Señor— es la base de vuestro mandato de hacer discípulos. Operaréis en el marco de mi autoridad total sobre el cielo y la tierra.

Esto significa, por supuesto, que la Gran Comisión debe llevarse a cabo por su mandato. Pero significa más que eso. También implica que todo lo que sus siervos encuentren, dondequiera que vayan para hacer discípulos, está bajo su control soberano. Nada, por tanto, puede sucederles que Él no permita soberanamente. Y, en vista de su suprema autoridad, sus siervos pueden anticipar un éxito final y una victoria definitiva.

Pero eso no es todo. En el proceso de cumplir la Gran Comisión, los siervos de Cristo han de enseñar a otros “que guarden todas las cosas que [yo, Jesús] os he mandado” (Mateo 28:20). Así, la Gran Comisión no solo se emprende como una respuesta al señorío del Hijo de Dios, sino que en realidad extiende el reconocimiento de ese señorío al enseñar la obediencia a sus mandamientos.

Y en el proceso, como hemos visto, las personas son atraídas a una comunión cada vez más profunda con el Padre y con el Hijo: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan

14:21). O bien, como declara poco después: “Vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23).

El resultado, desde la perspectiva divina, será la gloria de Dios: “En esto es *glorificado* mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:8, énfasis añadido).

Y, desde la perspectiva cristiana, el resultado será la “amistad” con el Salvador. De hecho, este hermoso concepto se expresa por primera vez muy poco después de las palabras que acabamos de citar:

“Vosotros sois *mis amigos*, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero *os he llamado amigos*, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15:14-15, énfasis añadido).

Para el creyente obediente, este es un resultado maravilloso.

Pero hay también otro aspecto: el orientado al mundo. Es justamente esta amistad con nuestro Señor Jesucristo, esta obediencia a sus mandamientos, lo que constituye un testimonio convincente para el mundo. Jesús mismo lo expresó así:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos*, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35, énfasis añadido).

Nada demuestra ante el mundo la realidad de nuestra experiencia espiritual, nada verifica con más eficacia ante los demás nuestra conexión con Cristo que nuestra obediencia a sus mandamientos y —por encima de todo— a su mandamiento de amar. De hecho, esta idea de confirmación ante otros es un tema recurrente en el Nuevo Testamento.

Por ejemplo, el apóstol Pedro expone este tema en el mismo espléndido pasaje donde nos insta a añadir a nuestra fe todas las virtudes cristianas (2 Pedro 1:3-7). La culminación de este desarrollo espiritual, según dice, es el amor (v. 7). El cristiano que posee estas virtudes será fructífero (v. 8), pero el cristiano que carece de ellas —advierte el apóstol— “tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (v. 9).

El apóstol continúa estas observaciones con una exhortación: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás...” (2 Pedro 1:10).

No debemos suponer, como algunos han supuesto, que Pedro consideraba la vocación y elección de sus *hermanos* como “inseguras”. En realidad, las palabras “hacer... firme” traducen una frase griega que puede entenderse como “confirmar” o “verificar”. Pero Pedro no está diciendo que los lectores necesiten “confirmar” o “verificar” estas cosas para *sí mismos*. Una lectura sencilla de sus declaraciones en los versículos 2-4 debería disipar semejante idea.

Los lectores de Pedro tienen fe (v. 1 y 5), han recibido “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (v. 3), y estas cosas les fueron dadas “mediante el conocimiento de aquel que nos llamó” (v. 3). El conocimiento de Dios y de Cristo es, de hecho, el ámbito en el que “la gracia y la paz” les serán “multiplicadas” (v. 2). Y la palabra final del apóstol para ellos es una exhortación a *crecer* “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18, énfasis añadido).

No, no hay nada incierto ni dudoso acerca de la vocación y la elección de los lectores de Pedro, como si necesitaran esa verificación para sí mismos. Pedro, como todos los escritores de

las epístolas del Nuevo Testamento, da por sentado que sus lectores no solo son cristianos, sino que son plenamente conscientes de serlo.

Además, como vimos anteriormente, creer las promesas bíblicas acerca de la vida eterna es creer que uno *tiene* vida eterna. Si alguien no cree que *tiene* vida eterna, no cree esas promesas, porque aseguran a los creyentes que la tienen.

Es totalmente erróneo imaginar que la primera generación de cristianos, convertidos bajo la doctrina apostólica, luchaba con el problema de la seguridad de salvación como hacen hoy en día tantos evangélicos. Si pensamos que los lectores de Pedro necesitaban algún fundamento adicional de seguridad personal, distinto de las garantías que Jesucristo mismo les dio como creyentes, lo hacemos sin el más mínimo respaldo del texto bíblico.

No hay la más mínima razón para pensar que Pedro instara a sus lectores a “verificar” su vocación y elección por alguna necesidad interior⁶. Por el contrario, Pedro ciertamente tenía presente el hecho de que una vida marcada por estas grandes virtudes cristianas conlleva, para quienes la observan, una confirmación visible de que estas personas son verdaderamente llamadas y escogidas por Dios.

De hecho, este era un asunto de gran importancia que Pedro ya había abordado en su carta anterior:

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, *glorifiquen a Dios* en el día de la visitación, *al considerar vuestras buenas obras*” (1 Pedro 2:11-12, énfasis añadido).

Además, Pedro alude de nuevo al mismo tema en 1 Pedro 3:15-16, donde insta a sus lectores a dejar en evidencia a sus acusadores mediante una conducta que mantenga una buena conciencia. La conexión de todo esto con la enseñanza memorable de nuestro Señor resulta evidente: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, *y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*” (Mateo 5:16, énfasis añadido).

Pero, respecto de la idea, sostenida hoy por muchos, de que mediante las buenas obras podemos tener certeza de nuestra salvación, Pedro no dice absolutamente nada.

No, ese no es el propósito de la obediencia a Dios y a Cristo. Más bien, la obediencia es la esencia del verdadero discipulado. Es una vía de acceso a la comunión con nuestro Hacedor y Redentor. Y, por encima de todo, es el medio por el cual glorificamos a nuestro Padre que está en los cielos.

Esta manera de honrar el señorío de Jesús nunca puede brotar de la incertidumbre acerca de MI relación con Él. Debe venir —solo puede venir— de un corazón que ha abrazado el favor inmerecido de Dios y ha gustado del don celestial que es absolutamente gratuito.

El autor de este himno expresó este espíritu de manera perfecta:

Quando contemplo la cruz gloriosa,
Donde el Príncipe de gloria murió,
Mi mayor ganancia estimo pérdida
Y sobre mi orgullo derramo desdén.

Justificados por obras

Si todo el reino de la naturaleza fuera mío,
Sería una ofrenda demasiado pequeña;
Amor tan asombroso, tan divino,
Demanda mi alma, mi vida y todo mi ser.

—Isaac Watts.

Cuando contemplo la cruz gloriosa
(When I Survey the Wondrous Cross)

Conclusión

Es precisamente esta verdad la que Santiago tenía presente cuando escribió estas palabras:

“¿No fue *justificado por las obras* Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, *y fue llamado amigo de Dios*” (Santiago 2:21-23, énfasis añadido).

—Abraham —dice Santiago— llegó a ser llamado amigo de Dios mediante su obediencia al ofrecer a Isaac sobre el altar. Esto dio cumplimiento a la finalidad de su justificación original por la fe, tiempo atrás. Ahora fue justificado por las obras.

En relación con este famoso texto, el gran reformador Juan Calvino escribió lo siguiente:

“Santiago no pretende enseñarnos dónde debe descansar la confianza de nuestra salvación — que es precisamente el punto en el que Pablo sí insiste—. Evitemos, pues, el razonamiento falaz en el que han caído los sofistas, advirtiendo su doble sentido: para Pablo, la palabra [justificación] denota nuestra *imputación gratuita de justicia* ante el tribunal de Dios; para Santiago, *la demostración de la justicia* por sus efectos *a la vista de los hombres*... En este último sentido, podemos admitir, sin controversia, que el hombre es justificado por las obras, del mismo modo que puede decirse que un hombre se enriquece con la compra de una amplia y costosa finca, puesto que su riqueza —que antes guardaba oculta en una caja fuerte— se ha hecho bien conocida” (énfasis añadido)⁷.

¡Obediencia a Cristo, amistad con Dios, justificación por obras ante los hombres!

Tal es la única senda por la que el señorío de Jesucristo puede ser honrado en la vida de quienes han sido justificados ante Dios solo por la fe.

Capítulo 14

¿Por qué me llamas bueno?

Si hay un defecto humano que, más que cualquier otro, distorsiona la experiencia religiosa, es nuestra tendencia profundamente arraigada a considerarnos “buenos”. No sorprende que, cuando “se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle”, los fariseos y los escribas se escandalizaran y se ofendieran (Lucas 15:1-2). En la parábola del hijo pródigo, estos hombres llenos de justicia propia están representados por el hermano mayor, que rechaza las súplicas de su padre para entrar y celebrar el regreso del pródigo (Lucas 15:25-32).

De nuevo, este mismo espíritu de justicia propia se refleja en otra historia que Jesús contó. En una parábola memorable por el marcado contraste que establece, nuestro Señor relata cómo un fariseo y un publicano subieron al templo a orar. Lucas, el evangelista, introduce el relato con palabras que expresan claramente su propósito: “A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola” (Lucas 18:9).

Hay algo intrínsecamente atemporal en la intención de esta parábola. De hecho, en cada época de la Iglesia hay hombres y mujeres religiosos que se consideran justos y que no albergan duda alguna al respecto. Prácticamente sin excepción, estas personas desprecian a quienes consideran sus inferiores morales y espirituales.

Sin embargo, no debe suponerse que en esta parábola Jesús piensa solo en personas que no atribuyen a Dios el mérito de sus logros morales. Al contrario, puede que le atribuyan *todo* el mérito.

Escuchemos al fariseo orar:

“Dios, *te doy gracias* porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano” (Lucas 18:11-12, énfasis añadido).

¡Qué extraordinario! El fariseo *no* declara que su supuesta justicia sea obra suya. Más bien, da *gracias a Dios* por ella. De hecho, da gracias a Dios porque no es “malo” como los demás.

El fariseo, por supuesto, era un elitista religioso, una especie que sigue vigente hoy. Se consideraba parte del “grupo selecto” (los propios fariseos) favorecido por Dios, y agradecía que su estatura moral se elevara muy por encima del nivel del pobre publicano que también había ido a orar.

¡Pero estaba equivocado! El fariseo *era* como los demás hombres: corrupto y pecador a su manera orgullosa y religiosa.

El publicano, en cambio, adoptó una actitud de humildad y contrición en su oración a Dios:

“Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13).

El uso que nuestro Señor hace del contraste entre estos dos hombres de oración es contundente:

¿Por qué me llamas bueno?

“Os digo que este descendió a su casa *justificado* antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lucas 18:14, énfasis añadido).

Es interesante observar que Jesús utiliza aquí la gran palabra paulina “justificado”. Interesante, sí, pero no sorprendente. Pablo mismo reconoció que el evangelio que predicaba lo había recibido “por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11-12). Así que la doctrina de la justificación solo por la fe, aparte de las obras, no es simplemente una construcción paulina. En última instancia, es la doctrina de nuestro Señor Jesucristo.

Esta doctrina es el antídoto contra una de nuestras enfermedades religiosas más mortíferas: el elitismo espiritual y la justicia propia. En efecto, la justificación solo por la fe viene exigida por una realidad ineludible: “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). O, como lo expresó Jesús mismo: “Ninguno hay bueno, sino solo Dios” (Lucas 18:19).

Afrontemos de lleno la afirmación de nuestro Señor. Dondequiera que se mire en el mundo de los hombres y las mujeres —en su época o en la nuestra—, no se encuentra a ningún simple mortal que sea *verdaderamente* bueno. Solo hay pecadores: algunos salvos, muchos no salvos; pero todos, sin excepción, pecadores.

Sin embargo, algunos pecadores son como el fariseo en el templo. Están convencidos de poseer una moralidad que los eleva por encima de la masa. Incluso pueden atribuir esa moralidad a Dios y tomarla como prueba de que han nacido de nuevo.

Pero se equivocan. Ninguna cantidad de justicia personal puede jamás asegurarnos de nuestra posición ante Dios. Si pensamos que sí, nos engañamos a nosotros mismos. Hemos olvidado el hecho más básico sobre nosotros: *no* somos buenos. Y si *no* somos buenos, nunca podremos hallar verdadera seguridad de salvación en la presunción de que, de alguna manera, sí lo somos.

De hecho, creer que nuestra propia justicia basta para sostener la seguridad de nuestro destino eterno es la prueba más clara de que hemos dejado de vernos desde la verdadera perspectiva bíblica. Y tal ceguera abre de par en par la puerta al orgullo, la arrogancia y la condena de los demás.

Lo que se necesita con urgencia, por tanto, en la Iglesia evangélica de hoy en día, es un regreso al espíritu del publicano que oraba. Necesitamos comprender de nuevo el hecho humillante de que no solo en el momento de la justificación, sino también a lo largo de toda nuestra vida, somos pecadores que necesitamos la misericordia de Dios.

El joven rico

Jesús se encontró una vez con un hombre que tenía el mismo espíritu que había mostrado el fariseo en el templo. Significativamente, Lucas relata el encuentro con este hombre en el mismo capítulo que la parábola que hemos estado considerando. Se trata de la célebre historia del joven rico.

Sin embargo, entre la parábola del fariseo y el publicano (Lucas 18:9-14) y el diálogo con el joven rico (Lucas 18:18-23), Lucas intercala un relato sobre unos niños pequeños (Lucas 18:15-17). Este relato no puede pasarse por alto. Según cuenta Lucas, la gente llevaba a sus niños a Jesús “para que los tocara”, pero sus discípulos se oponían a ello (Lucas 18:15). Entonces Jesús llama a los discípulos y les dirige una memorable reprensión:

¿Por qué me llamas bueno?

“Mas Jesús, llamándolos, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lucas 18:16-17).

—Vuestra actitud hacia los niños pequeños está desencaminada —dice Jesús a sus discípulos—. De hecho, lo que se necesita para entrar en el reino de Dios es un espíritu como el de un niño.

Este espíritu era precisamente el que ilustraba el humilde publicano que se arrojó por completo a la misericordia de Dios y volvió a su casa *justificado*. Por supuesto, ¡no era el espíritu del altivo fariseo, que daba gracias a Dios por su propia moralidad y rectitud!

Entre aquellos dos hombres había un gran abismo. Uno esgrimía sus propias buenas obras; el otro confiaba, con la sencillez de un niño, en la misericordia divina. Pablo habría aprobado un contraste como ese, pues escribió:

“... nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino *por su misericordia*, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo... para que *justificados* por su gracia, viniésemos a ser *herederos conforme a la esperanza de la vida eterna*” (Tito 3:5, 7, énfasis añadido).

Pero el joven rico que ahora se encuentra con nuestro Señor era por completo ajeno a una verdad como esta. Tan lejos estaba de poseer un espíritu como el de un niño necesario para entrar en el reino de Dios, que se nos presenta como aquel fariseo que oraba, confiado en su propia moralidad y bondad. Inició su encuentro con Jesús de esta manera: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” (Lucas 18:18).

La respuesta de nuestro Señor parece eludir la pregunta que el joven acababa de plantear. Jesús le dice: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo Dios” (Lucas 18:19).

Pero precisamente *esa era* la cuestión. El joven rico no podía recibir una respuesta que pudiera asimilar sin resolver antes ese punto. La cuestión, en realidad, era la “bondad”.

—¿Estás seguro de lo que haces cuando me llamas bueno? —le pregunta Jesús—. ¿Te das cuenta de que nadie es bueno, sino solo Dios?

El joven no se daba cuenta. Trágicamente, pensaba que él mismo era bueno. Jesús pronto pone de manifiesto esta percepción en labios del propio joven. Nuestro Señor prosigue: “Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre” (Lucas 18:20).

La respuesta de aquel joven es, con mucho, la más descarada exhibición de justicia propia que se encuentra en todo el Nuevo Testamento. Responde: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud” (Lucas 18:21). Con qué facilidad este hombre podría haberse unido a la oración del fariseo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres”.

Pero *era* como los demás hombres. No era el hombre “bueno” que su jactancia pretendía demostrar. ¡Solo Dios es bueno! Este hombre era egoísta. Además, la ley no le ofrecía esperanza alguna. Pablo conocía bien este hecho cuando declaró: “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20).

El corazón de este joven *no* había sido alcanzado debidamente por la obra de convicción de la ley. Tal vez *no* había cometido adulterio ni asesinato. Tal vez no había robado ni había

levantado falso testimonio. Pero ¿había honrado a su padre y a su madre *desde su juventud*? ¿Nunca los desobedeció? ¿Nunca dejó de darles lo que les era debido? No hay joven sobre la faz de la tierra que pueda hacer una afirmación como esa.

Cualquier falta invalidaba por completo sus pretensiones ante la ley, como lo expresa con tanta fuerza Santiago: “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10). El joven rico era un transgresor de la ley, pensara lo que pensara. Por tanto, no era bueno. El problema era que no lo sabía.

Las siguientes palabras de nuestro Señor fueron enigmáticas: “Aún te falta una cosa” (Lucas 18:22). ¿Qué le faltaba a este hombre si quería poseer la vida eterna? A ningún lector cristiano de la época de Lucas se le habría escapado la idea. Lo que de verdad le faltaba era un espíritu como el de un niño, necesario para entrar en el reino de Dios (Lucas 18:17). Le faltaba esa plena confianza en la misericordia de Dios por la cual únicamente podía ser justificado (Lucas 18:13-14). Le faltaba, en una palabra, una fe como la de un niño.

Sin embargo, en nuestros días la respuesta lamentable que se da con frecuencia a esta pregunta es que al joven le faltaba “sumisión a Cristo”, o “la disposición a sacrificarlo todo”, o algo parecido¹. Pero esta conclusión contradice de lleno el contexto precedente en Lucas y descarta como irrelevantes las repetidas declaraciones del Evangelio de Juan sobre la vida eterna². Ambos errores garantizan confusión y malentendidos.

Por supuesto que el joven necesitaba fe en Cristo. ¿Qué otra cosa implicaban las palabras iniciales de Jesús? “¿Por qué *me* llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo *Dios*” (Lucas 18:19, énfasis añadido). Con cuánta fuerza proclaman estas palabras:

—¡Necesitas reflexionar seriamente sobre quién soy yo!

Por supuesto, Jesús *era* bueno, porque Él era *Dios*. Él era, en verdad, el Cristo, el Hijo de Dios. Y al creer *esta* verdad, el joven habría obtenido la vida eterna (Juan 20:30-31)³. Pero el joven rico no estaba preparado para comprender estos hechos.

Ni lo está, en realidad, cualquiera en quien todavía persista la idea de que es “bueno” a los ojos de Dios. Por eso Jesús lo despide con palabras destinadas a encaminar su corazón en la dirección correcta: “Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme” (Lucas 18:22). Claramente, estas palabras son una invitación al discipulado y a un gran sacrificio personal. No debemos atribuirles un significado que no tienen.

Jesús *no* dice:

—Lo único que te falta es vender tus bienes y darlos a los pobres.

Tampoco dice:

—Vender tus bienes y darlos a los pobres es la manera de obtener la vida eterna.

No, lo que Jesús hace aquí es más sutil. Quizá podamos parafrasear sus palabras así:

—*Sí*, te falta algo. Te propongo que lo dejes todo para ser mi discípulo, y te garantizo una rica recompensa en el cielo.

¡Qué jugada maestra en los esfuerzos de nuestro Señor por atravesar la fachada de justicia propia de este joven rico! Por un lado, lo sondea de manera incisiva en cuanto a su propia bondad. Y por otro, lo impulsa a considerar la persona de Cristo.

Con cuánta facilidad el remordimiento, al pensar en renunciar a todas sus riquezas, podría haberlo llevado a una nueva autoevaluación. ¿Era *realmente* bueno si prefería conservar su dinero antes que aliviar las necesidades de los pobres? ¿Era *realmente* bueno si prefería el tesoro terrenal al celestial? ¿O podría ser que fuera egoísta, materialista y con la mente puesta en lo terrenal? A fin de cuentas, Jesús había dicho: “Ninguno hay bueno, sino solo Dios”.

Pero también se le abría otra línea de pensamiento. Podría haber sido así:

¿Por qué me llamas bueno?

—¿Quién se cree que es este hombre? ¿Se imagina que voy a renunciar a toda mi riqueza por nada más que su garantía? ¿Cómo puede un rabino pedir a un hombre que deposite tanta confianza en su sola palabra? ¡La única persona en quien podría confiar de esa manera es Dios mismo!

—¡Pero espera! ¿No dijo Él: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo Dios”?

—¿Es posible que haya estado dando a entender que Él es *Dios*? ¿Cómo podría ser posible, a menos que, como algunos dicen, Él sea... el Cristo?

Sin duda, Jesús sabía que este hombre daría la espalda a este llamamiento al discipulado, aunque entre sus “alumnos” había algunos que no eran salvos (Juan 6:64). Pero antes de que el joven rico llegara a considerar un paso tan drástico como este, tendría que alcanzar una visión más elevada de la persona a quien tan a la ligera había llamado “bueno”.

Otra manera de expresarlo es que Jesús sabía que, para este joven, la confianza en su persona debía preceder a la confianza en su promesa de recompensa celestial. Ahora bien, una vez que hubiera recibido el don de la vida —un don absolutamente gratuito—, la meta del tesoro celestial *aún podía alcanzarse* mediante un discipulado abnegado al Hijo de Dios.

Tal fue, en efecto, el camino que Pedro y los demás escogieron (Lucas 18:28). Y por su sacrificio personal serían recompensados muchas veces en la vida presente, y en el reino de Dios verían enriquecida su experiencia de la vida eterna (Lucas 18:29-30). La vida que ya poseían por la fe podría llegar a experimentarse en el futuro “en abundancia” (Juan 10:10)⁴.

¿Llegó alguna vez el joven rico a las conclusiones hacia las que lo dirigían las palabras de nuestro Señor? ¿Llegó a la fe para salvación y a un discipulado devoto a Jesucristo? No lo sabemos, y habrá que esperar a que venga el Señor para averiguarlo. Pero, según Marcos, Jesús amó a este joven (Marcos 10:21). Tenemos razones de sobra para albergar esperanza.

La vida de fe

Por tanto, al joven rico le faltaba fe. Le faltaba fe en este “maestro bueno” como el Hijo de Dios, el Dador de la vida eterna. Y, naturalmente, también le faltaba fe en Él como guía para vivir y como aquel en quien podía confiar para todo, aunque él mismo no tuviera nada.

En realidad, aquel joven confiaba en su dinero. En el relato de Marcos sobre este incidente, Jesús deja claro este hecho a sus discípulos: “Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!” (Marcos 10:24)⁵.

Los lectores cristianos que encontraban esta historia en Mateo, Marcos o Lucas podían aprender mucho de ella. No solo se les recordaba que entramos en el reino de Dios por la fe, y no por las obras de la ley, sino que un discípulo también *vive* por la fe.

En otras palabras, se podía confiar en Jesucristo *para todo*. Uno podía hacer cualquier sacrificio por Él, incluso dar todo su dinero, y no saldría perdiendo. En el tiempo presente habría provisión abundante (Lucas 18:30), y al final del camino terrenal habría tesoro en el cielo.

No es de extrañar que el mismo apóstol Pablo describiera la vida cristiana como una vida de fe. Sus palabras son conocidas y muy apreciadas:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, *lo vivo en la fe del Hijo de Dios*, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20, énfasis añadido).

¿Por qué me llamas bueno?

Sin embargo, es preciso oír de nuevo estas palabras en la Iglesia evangélica contemporánea: “No desecho la gracia de Dios; *pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo*” (Gálatas 2:21, énfasis añadido).

Si el joven rico realmente hubiera podido obtener justicia por obedecer la ley y vender todo lo que tenía, no habría habido necesidad de la cruz. Cristo habría muerto en vano.

Pero, para Pablo, la muerte de Cristo no era solo esencial; era el punto de partida de todo. No solo significaba el fin de todo esfuerzo por obtener aceptación delante de Dios por medio de la ley, sino que inauguraba una nueva clase de experiencia: un nuevo tipo de vida. De hecho, escribió: “Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de *vivir para Dios*” (Gálatas 2:19, énfasis añadido).

La ley ya no era el principio por el que Pablo vivía. Había muerto al modo de vida legalista y, por la fe, había hallado una justicia de Dios aparte de la ley. Pero la fe que justifica, que puso fin a su relación con la ley, también lo unió a la muerte de Cristo. La cruz se convirtió en el punto de partida de una nueva manera de vivir para Dios. Pablo vivía ahora por la fe en el Hijo de Dios.

Vivir así requería una confianza constante en el poder y la suficiencia del Señor Jesucristo. El joven rico no estaba preparado para una vida así, pero los discípulos del Hijo de Dios, nacidos de nuevo, sí lo estaban.

Conclusión

Algunos han sugerido que Pablo y el joven rico fueron la misma persona. No es posible ni probar ni refutar esta teoría. Pero a juzgar por sus retratos bíblicos, no se trata de la misma persona.

El joven rico era un hombre que se aferraba a la ilusión de que, bajo la ley, era “bueno”. Pablo, en cambio, era un hombre que había desechado esa ilusión y aceptado “la justicia de Dios”, que es “por medio de la fe en Jesucristo” (Romanos 3:22; véase Filipenses 3:7-9).

El joven rico dio la espalda al camino de sacrificio que conducía al tesoro en el cielo, mientras que Pablo recorrió ese camino durante muchos años y podía anticipar, triunfante, “la corona de justicia” que el Señor le daría en un día venidero (2 Timoteo 4:8).

El resultado de sus diferencias fundamentales fue que Pablo tenía a un Señor viviente en quien podía confiar. El joven rico, en cambio, tenía su dinero.

Capítulo 15

Nuestro Señor viviente

Las primeras iglesias cristianas eran como diminutas islas rodeadas por un mar de religión pagana. Sin embargo, estos creyentes hacían una afirmación espectacular: ¡Jesús de Nazaret, que había muerto en una cruz romana, estaba vivo y era el Señor de todos!

Evidentemente, en un mundo donde había “muchos dioses y muchos señores” (1 Corintios 8:5), esta era una confesión audaz. Pero esta verdad infundía valor y poder a quienes habían hallado la vida eterna por medio de la fe. En términos sencillos significaba que aquel Jesús en quien confiaban para recibir el don gratuito de Dios poseía “toda potestad... en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).

Y eso, a su vez, significaba que podían acudir a Él para cualquier cosa que necesitaran.

De hecho, se describía a los miembros de las primeras iglesias como personas que “invocaban el nombre del Señor”. La palabra griega para “invocar” podía indicar una petición de ayuda y auxilio y, en un contexto legal, podía significar “apelar” (Hechos 25:11-12, 21, 25, etc.). Así, al dirigirse a la iglesia de Corinto en su primera epístola, Pablo escribe:

“A la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos *con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro*” (1 Corintios 1:2, énfasis añadido).

Los miembros de la iglesia de Corinto habían sido “lavados”, “santificados” y “justificados en el nombre del Señor Jesús” (1 Corintios 6:11). Compartían este estatus privilegiado con creyentes de todo el mundo romano, que, como ellos, se reunían para adorar e invocar el auxilio de Cristo resucitado. En cada lugar donde los cristianos se congregaban, *invocaban el nombre del Señor*.

En efecto, esta misma designación se usa en Hechos para describir a los discípulos cristianos. En su oración al Señor, Ananías señala que Saulo, a quien va a visitar, “tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a *todos los que invocan tu nombre*” (Hechos 9:14). Y quienes oyeron a Saulo predicar a Cristo en Jerusalén “estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que asolaba *en Jerusalén a los que invocaban este nombre?*” (Hechos 9:21).

En su última epístola a Timoteo, el apóstol lo exhorta a huir “de las pasiones juveniles” y a seguir “la justicia, la fe, el amor y la paz, con *los que de corazón limpio invocan al Señor*” (2 Timoteo 2:22). Y usando una expresión similar, el apóstol Pedro escribe: “Y si *invocáis por Padre... conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación*” (1 Pedro 1:17).

Difícilmente puede sobreestimarse la enorme importancia que tenía “invocar el nombre del Señor” para los primeros cristianos. Más aún cuando el título “Señor” se aplicaba al emperador romano y cuando quienes gozaban del privilegio especial de la ciudadanía romana podían “invocarlo” en busca de justicia y reparación legal. Fue precisamente a este privilegio al que recurrió el propio Pablo ante la injusticia judicial del procurador romano, Festo. El intercambio entre ambos es sumamente tenso:

“Pero Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondiendo a Pablo dijo: ¿Quieres subir a Jerusalén, y allá ser juzgado de estas cosas delante de mí?

Pablo dijo: Ante el tribunal de César estoy, donde debo ser juzgado. A los judíos no les he hecho ningún agravio, como tú sabes muy bien... A *César apelo*” (Hechos 25:9-11, énfasis añadido).

Pero el mismo verbo “apelar” que Pablo usa aquí es el que se emplea en la frase del Nuevo Testamento “invocar el nombre del Señor”.

No todos los cristianos tenían la ciudadanía romana como Pablo. Ese privilegio era limitado en su época. Pero todos los cristianos tenían ciudadanía en el cielo, y tenían derecho a “apelar” a un tribunal más alto que el de César. De hecho, podían incluso “invocar” el nombre del Señor *de César*, puesto que adoraban a aquel que es “Señor de todos”.

Y al confiar en su nombre, vivían por la fe en el Hijo de Dios.

Salvar a los salvos

Naturalmente, había muchísimo por lo cual “invocar” al Señor. Todo problema de la vida, toda emergencia o peligro, toda necesidad, toda preocupación, podía presentarse ante Él. Y Él era Señor. Podía salvar, liberar, defender, proveer. A este privilegio característicamente cristiano de invocar al Señor se refería Pablo en Romanos 10, cuando escribió:

“Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues *el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan*; porque *todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo*” (Romanos 10:11-13, énfasis añadido).

—No hay necesidad —dice Pablo— de que quien ha creído en Cristo sea avergonzado. No importa si eres judío o gentil, porque Jesús es Señor de todos y es inmensamente generoso con todos los que invocan su nombre en busca de ayuda. De hecho, en palabras de la Escritura: ¡hay liberación para todos los que invocan al Señor para recibirla! (véase Joel 2:32).

Muchos lectores de Romanos 10 han pensado que este texto habla de cómo una persona puede ser salva del infierno. Pero esto ignora por completo que, en el Nuevo Testamento, “invocar el nombre del Señor” es una actividad *cristiana*. También pasa por alto las afirmaciones precisas del texto paulino.

De manera significativa, justo después de las palabras que hemos citado, Pablo escribe:

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Romanos 10:14-15a).

Está claro que aquí tenemos una serie de pasos que, para Pablo, son distintos y sucesivos. Si los reordenamos en su secuencia temporal adecuada, obtenemos lo siguiente:

- (1) La predicación solo puede darse si antes se envía al predicador.
- (2) El oír solo puede darse si antes se predica el mensaje.
- (3) El creer solo puede darse si antes se oye el mensaje.
- (4) Invocar el nombre del Señor solo puede darse si antes la persona ha creído.

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?” —pregunta Pablo— ¿Cómo puede alguien invocar la ayuda o auxilio de un Señor en quien no cree? Es evidente que la fe en Cristo debe preceder a nuestro esfuerzo por obtener su ayuda y liberación en la vida cotidiana.

Así que la salvación que Pablo tiene en mente aquí es de mayor alcance que la simple salvación de la condenación eterna. Más bien abarca todo el espectro de liberaciones espirituales y personales que el Señor resucitado puede otorgar a quienes lo invocan para recibir las.

Pero esto no debe hacerse en secreto. De hecho, las demás referencias del Nuevo Testamento a “invocar el nombre del Señor” dan a entender que esta actividad está asociada con la vida pública y el testimonio de las iglesias. Cuando Pablo llegó a Damasco con autoridad para prender a todos los que invocaban el nombre del Señor (Hechos 9:14), ¿no estaba buscando cristianos ocultos! Buscaba a quienes se identificaban públicamente con ese nombre.

Por eso, inmediatamente antes de las palabras citadas en Romanos 10, Pablo hizo esta declaración:

“Pero la justicia que es por la fe dice así... Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:6a, 8-9).

Como es sabido, muchos han utilizado esta célebre afirmación para presentar la “confesión” como una condición coordinada con la fe para obtener la vida eterna. Pero nunca debería cometerse ese error.

Para empezar, si ese fuera el sentido que Pablo pretendía, sería el único ejemplo de tal enseñanza en todo el Nuevo Testamento. Ni siquiera el propio Pablo introduce esta idea en ninguna otra de sus trece cartas.

Peor aún, el Evangelio de Juan, que explícitamente afirma haber sido escrito para llevar a las personas a la vida eterna (Juan 20:30-31), no establece ni una sola vez la “confesión” como condición para esa vida.

Algunos han intentado restar fuerza a estas observaciones alegando que la declaración paulina solo enseña que la confesión es el resultado inevitable de la salvación. Pero esta explicación no se sostiene. Así lo muestra el versículo siguiente: “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Romanos 10:10).

Este versículo no afirma que la confesión sea *consecuencia de* la salvación; al contrario, ¡declara que la “salvación” es *consecuencia de la confesión*¹, mientras que la “justicia” es *consecuencia de la fe*!

Y aquí radica el verdadero sentido del texto. Por “justicia”, Pablo se refiere evidentemente a “la justicia que es por la fe” (v. 6), es decir, a la verdad de la justificación por la fe (vv. 3-4). Y, para Pablo, la confesión *no tiene absolutamente nada que ver* con esa justicia. La fe que tiene lugar en el corazón es la única condición para la justicia imputada de Dios.

La posición de Pablo sobre la justificación solo por la fe no se ve en modo alguno modificada ni alterada por Romanos 10:9-10. La “confesión” no formaba parte de la justificación precisamente porque la confesión no es una condición para la justicia de Dios. Solo la fe es condición para ello, así como solo la fe es condición para la vida eterna.

Pero la confesión con la boca sí es un requisito para el tipo de salvación que Pablo tiene en mente aquí. Porque, como ya hemos visto en los versículos que siguen (vv. 11-13), Pablo está

pensando en la clase de salvación disponible para el creyente en Cristo *si* ese creyente se cuenta entre quienes invocan regularmente el nombre del Señor resucitado.

De esto se sigue que la confesión que Pablo pide aquí no consiste simplemente en contarle a mi vecino o a un amigo cercano mi conversión. Es mucho más que eso. Es mi identificación pública como miembro de ese grupo de personas que “invocan el nombre del Señor”. De hecho, invocarlo así en oración pública no es otra cosa que confesar con mi boca que “Jesús es el Señor”. Toda mi experiencia cristiana de victoria y liberación depende de mi disposición a hacer esto. ¡La fe que está en mi corazón necesita expresarse con mis labios!

Aquí, entonces, nos encontramos con “salvar a los salvos”. Recurriendo a esa maravillosa flexibilidad que siempre caracterizó a las palabras griegas para “salvación”, Pablo amplía nuestros horizontes de manera desafiante. Predicó la salvación en su sentido más amplio. Los justificados por la fe estaban en una posición única para experimentar la “liberación” de Dios en sus vidas. Podían atreverse a contarse abiertamente entre los que invocaban el nombre de Jesucristo, el Señor.

Por supuesto, Pablo sabía perfectamente que esto no significaba la eliminación de todos los problemas. En realidad, significaba victoria en y sobre esos problemas, al vivir la vida cristiana por la fe en el Hijo de Dios.

Incluso cuando Pablo afrontó el martirio inminente, esta confianza no lo abandonó. Y aunque en su primera defensa no contó con ayuda humana (2 Timoteo 4:16), aun así, pudo decir triunfalmente: “Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas... así fui librado de la boca del león” (v. 17).

Sin embargo, la muerte se acercaba, como él sabía muy bien (2 Timoteo 4:6-8); pero incluso esa muerte sería una victoria gloriosa. Pues mediante su martirio por Cristo, Pablo sería *rescatado para siempre* del mal contra el que había luchado tanto tiempo:

“Y el Señor *me librará* de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Timoteo 4:18, énfasis añadido).

Tal es, en efecto, siempre la experiencia de quienes “invocan el nombre del Señor” con fe. La tragedia se transforma en triunfo y el desastre, en liberación, por el poderoso señorío de Jesucristo.

Sí, no importa cuáles sean las circunstancias, ¡el Señor Jesucristo puede salvar a los salvos!

Vivir con confianza

Pero Cristo puede hacer aún más. Puede vivir de manera tan dinámica en sus discípulos que ellos lleguen a disfrutar de una conciencia experiencial de su presencia. Pueden *saber* que Él realmente obra en ellos. Esto es, por supuesto, más que saber que somos salvos, aunque nuestra seguridad de la vida eterna es fundamental para toda experiencia cristiana vital. De lo que hablamos es del resultado de la comunión con Cristo: nada menos que la manifestación en nuestra vida de su presencia y de su poder que moran en nosotros.

Es emocionante, sin duda, saber que tenemos a un Señor a quien invocar que está “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra” (Efesios 1:21). Pero también lo es que ese mismo Señor se manifieste en nuestra vida y que podamos reconocer ese hecho.

Tal era, en efecto, la firme convicción del apóstol Pablo mientras servía al Cristo resucitado. Y esta confianza se percibe con gran fuerza al cerrar su segunda carta a la iglesia de Corinto. En el capítulo final de esa epístola, escribe lo siguiente:

“He dicho antes, y ahora digo otra vez como si estuviera presente... que si voy otra vez, no seré indulgente; pues buscáis una prueba de que habla Cristo en mí, el cual no es débil para con vosotros, sino que es poderoso en vosotros. Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros” (2 Corintios 13:2-4, énfasis añadido).

¡Cuánta valentía hay en estas palabras! Y, al mismo tiempo, cuánta humildad y dependencia.

Pablo tenía críticos y enemigos en la ciudad de Corinto. Los creyentes de allí hacían caso a estas personas más de lo debido (2 Corintios 10:7-12; 11:12-15). Incluso algunos de sus propios conversos, al parecer, se preguntaban si Pablo podía aportar “prueba de que Cristo habla por medio de él”. Pero Pablo no dudaba de poder hacerlo, por el poder del Señor a quien servía.

Es cierto: el Salvador sufrió la crucifixión en la “debilidad” de su entrega a la muerte por los hombres; pero también resucitó de entre los muertos y ahora vive por el mismo “poder de Dios”. Y aunque Pablo sabía que él también era débil, en comunión con su Señor podía ser fuerte para con aquellos creyentes corintios: “...viviremos con él por el poder de Dios *para con vosotros*” (2 Corintios 13:4, énfasis añadido).

Sin embargo, Pablo no es tan arrogante como para suponer que tal confianza espiritual era solo suya. Los mismos corintios también podían disfrutar de tal confianza:

“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis [o reconocéis] a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Corintios 13:5).

Por desgracia, estas tajantes palabras se han malinterpretado. ¡Algunos intérpretes las han leído como si fueran un desafío a los corintios a fin de averiguar si realmente eran salvos o no²!

Pero esto es impensable. Después de doce capítulos en los que Pablo da por sentada su condición cristiana, ¿podría estar pidiéndoles ahora que se aseguren de haber nacido de nuevo? La pregunta se responde por sí sola.

Que los lectores de este libro examinen por sí mismos 2 Corintios. Verán claramente cuántas veces afirma el apóstol, de una u otra manera, su convicción de que sus lectores son genuinamente cristianos. Pensemos, por ejemplo, en estas palabras:

“*Siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón*” (2 Corintios 3:3, énfasis añadido).

¡De ninguna manera! Pablo *no* está diciendo:

—Examinaos para ver si habéis nacido de nuevo o si estáis justificados.

Lo que *sí* dice es:

—Haced un alto y revisad si de verdad *estáis en la fe*.

Pero eso es otra cuestión.

Sorprendentemente, la analogía más cercana a estas palabras del apóstol se encuentra hacia el final de su primera carta a esta misma iglesia. Pablo escribe: “Velad, estad firmes *en la fe*; portaos varonilmente, y esforzaos” (1 Corintios 16:13, énfasis añadido).

En otros pasajes, Pablo también habla de aquellos que son “débiles en la fe” (Romanos 14:1) y de otros que necesitan estar “sanos en la fe” (Tito 1:13). Incluso las palabras de Pedro sugieren un paralelo:

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes *en la fe*” (1 Pedro 5:8-9, énfasis añadido).

Estar “en la fe”, por tanto, es actuar y vivir dentro de los parámetros de nuestras convicciones y creencias cristianas, precisamente como Pablo afirma estar haciendo en los versículos inmediatamente anteriores. Significaba vivir en una conexión dinámica, orientada por la fe, con Jesucristo, quien vive por el poder de Dios (v. 4).

Pablo confiaba en que podía demostrar a los corintios que él sí vivía de esa manera, que Cristo en verdad hablaba en él. Pero también estaba convencido de que ellos podían demostrar lo mismo respecto a su propia experiencia de Cristo.

—Mirad en vosotros mismos —los desafía—; poneos a prueba. ¿No *os reconocéis* como personas en quienes Jesucristo vive de verdad? Claro que sí, a menos que estéis “reprobados”.

La palabra “reprobado” (o “eliminado”) es significativa para Pablo. La usó en su primera carta a la iglesia de Corinto:

“Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, *yo mismo venga a ser eliminado*” (1 Corintios 9:27, énfasis añadido).

Pero en ese pasaje la imagen de la carrera o contienda cristiana estaba muy en la mente del apóstol. Aquí, en 2 Corintios, probablemente sea preferible la simple traducción “desaprobado”.

Mientras los corintios no vivieran “fuera de los límites de su fe”, mientras su vida no fuera “desaprobada” por Dios, podían discernir en su propia experiencia —como lo hacía Pablo en la suya— la realidad de Cristo morando en ellos.

Si Juan el Evangelista hubiera escrito este texto, bien podría haber hablado de “permanecer en Cristo” y de “Cristo permaneciendo en nosotros”. También podría haber mencionado el fruto, que sería la manifestación de la “aprobación” de Dios sobre esa clase de experiencia.

Pero, ya sea Juan o Pablo, u otro escritor del Nuevo Testamento, todos dan testimonio de la realidad dinámica de una vida así en comunión con aquel que es Señor de todos. Creen plenamente y enseñan que esta realidad puede conocerse y experimentarse abundantemente por quienes han nacido de nuevo.

El compositor lo expresó muy bien:

Nuestro Señor viviente

Antes, lejos de Dios y muerto en pecado,
Ninguna luz mi corazón podía ver;
Pero en la palabra de Dios hallé la luz,
Ahora Cristo vive en mí.
Cristo vive en mí, Cristo vive en mí,
¡Oh, qué salvación es esta, que Cristo vive en mí!

—Maj. D. W. Whittle.
Christ Liveth in Me

Conclusión

¡Cristo vive en mí! ¡Qué maravillosa convicción! ¡Qué experiencia tan excelente para vivirla!
Pero, por muy rica y profunda, por muy plena y fructífera que llegue a ser nuestra conciencia de este privilegio, para todos comenzó exactamente de la misma manera. Comenzó con un acto de fe sencillo, como el de un niño. Comenzó con una sola e irreversible apropiación del agua de la vida.

Nunca empezó de otro modo para nadie, ni jamás lo hará. Porque las palabras de nuestro Señor viviente y todopoderoso constituyen un testimonio autorizado e inmutable del camino de salvación por la gracia de Dios: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47).

No hay otras condiciones. No hay cláusulas ocultas ni compromisos. El que *quiera* puede recibirla. El Espíritu y la Esposa así lo dicen:

“Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

El autor del estribillo estaba, después de todo, en lo cierto. Captó el espíritu de la Biblia cuando escribió estas palabras:

¡Absolutamente gratuita! Sí, lo es
¡Absolutamente gratuita!
Porque Dios nos ha dado la salvación,
¡absolutamente gratuita!
¡Absolutamente gratuita! Sí, lo es
¡Absolutamente gratuita!
Pues Dios nos ha dado su gran salvación,
¡absolutamente gratuita!

—Autor desconocido.

Notas

(Después de la primera referencia a la obra de un autor, las referencias posteriores a la misma obra suelen usar una forma abreviada; se remite al lector a la referencia inicial para obtener los datos bibliográficos completos).

Capítulo 1

¹ Sorprendentemente, un autor afirma: “El hijo pródigo que comenzó exigiendo una herencia por adelantado ahora estaba dispuesto a servir a su padre como siervo. Había dado un giro completo. Su actitud era de rendición incondicional, una renuncia total de sí mismo y absoluta sumisión a su padre. Esa es la esencia de la fe salvadora”. John F. MacArthur, Jr., *The Gospel According to Jesus* (Grand Rapids, MI: Academie Books, Zondervan Publishing House, 1988), 153.

Nota: Todas las referencias posteriores a la obra citada se indicarán simplemente como “MacArthur”, seguidas del número de página en el punto correspondiente.

² MacArthur (p. 23) escribe: “La verdadera seguridad proviene de ver la obra transformadora del Espíritu Santo en la propia vida, no de aferrarse al recuerdo de alguna experiencia”. Como muchas afirmaciones del libro de MacArthur, esta presenta una falsa antítesis. El contraste correcto no es con “el recuerdo de alguna experiencia”, sino con “las promesas de la palabra de Dios”. El Nuevo Testamento fundamenta nuestra seguridad de salvación en las promesas que Dios hace al creyente en su palabra, y *no* en la obra transformadora del Espíritu de Dios en nuestras vidas. De hecho, la obra del Espíritu de Dios en nuestras vidas es una consecuencia de la seguridad de salvación, y no la base de dicha seguridad.

³ Además del libro de MacArthur ya citado, otras obras contemporáneas representativas de la salvación por el señorío incluyen: James Montgomery Boice, *Christ’s Call to Discipleship* (Chicago, IL: Moody Press, 1986), Walter Chantry, *Today’s Gospel: Authentic or Synthetic?* (Carlisle, PA: The Banner of Truth Trust, 1970), y J. I. Packer, *Evangelism and the Sovereignty of God* (London: Inter-Varsity, 1961).

⁴ Es muy inexacto e injusto por parte de MacArthur afirmar: “Esta disposición a dar cabida a los llamados cristianos carnales ha llevado a algunos maestros contemporáneos a definir los términos de la salvación de forma tan laxa que prácticamente toda profesión de fe en Cristo se considera auténtica” (p. 97). Una nota a pie de página remite a una reseña de mi libro *The Gospel Under Siege* (Dallas, TX: Redención Viva, 1981). Al parecer, MacArthur no ha leído mi capítulo “Falsos profesantes” en *Grace in Eclipse* (Dallas, TX: Redención Viva, 1985; 2.^a ed., 1987), aunque incluye este libro en su bibliografía (p. 240).

⁵ Conviene observar el acuerdo reciente alcanzado por algunos teólogos católicos romanos y luteranos en el volumen titulado *Justification by Faith: Lutherans and Catholics in Dialogue VII*, eds. H. George Anderson, T. Austin Murphy y Joseph A. Burgess (Minneapolis, MN: Augsburg, 1985). Este acuerdo ha sido duramente criticado por W. Robert Godfrey, “Reversing the Reformation”, *Eternity* 35 (sept. 1984): 26-28; y por C. M. Gullerod, “U.S. Lutheran-Roman

Catholic Dialogue on Justification by Faith: An Examination”, *Journal of Theology* 24 (1984): 19-24.

Capítulo 2

¹ Esta redefinición radical de la fe salvadora queda ilustrada por declaraciones como las siguientes de MacArthur:

“Renunciar a uno mismo por causa de Cristo no es un paso opcional del discipulado posterior a la conversión: es la condición *sine qua non* de la fe salvadora” (p. 135).

“Se complace en renunciar a todo por el reino. Esa es la naturaleza de la fe salvadora” (p. 139).

“Su actitud fue de rendición incondicional, una renuncia total del yo y absoluta sumisión a su padre. Esa es la esencia de la fe salvadora” (p. 153).

“Un concepto de fe que excluye la obediencia corrompe el mensaje de salvación” (p. 174).

“La supuesta ‘fe’ en Dios que no produce este anhelo de someterse a su voluntad no es fe en absoluto. El estado mental que rehúsa la obediencia es pura y simple incredulidad” (p. 176).

Ninguna de estas afirmaciones refleja verdaderamente la doctrina bíblica de la fe salvadora. Lo que estas declaraciones revelan en realidad es un temor profundamente arraigado a la total gratuidad de la gracia salvadora de Dios, como si esa gratuidad socavara la moralidad. Por el contrario, es precisamente el asombroso amor incondicional de Dios la raíz y la causa de toda santidad del Nuevo Testamento.

² Esta postura suele basarse en cierta manera de entender Santiago 2:14-26. Ese pasaje será considerado en un par de lugares más adelante en este libro, pero para un tratamiento completo y documentado véase *Dead Faith—What Is It? A Study of James 2:14-26* (Dallas: Redención Viva, 1987). Asimismo, la declaración “Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:20) suele citarse en este mismo contexto. Pero Mateo 7:15-20 no tiene nada que ver con la cuestión de la fe y las obras, como lo deja claro una comparación con Mateo 12:33-37. Mateo 7:15-20 enseña en realidad que ¡los falsos profetas deben ser detectados *por sus palabras!* Para una discusión sobre esto, véase Zane C. Hodges, *Grace in Eclipse*, 2.^a ed. (Dallas: Redención Viva, 1987), pp. 14-15.

³ Gordon Clark ha tratado de manera efectiva las absurdas distinciones que a menudo se hacen entre la fe ordinaria y la “fe salvadora”. Véase su volumen *Faith and Saving Faith* (Jefferson, MD: Trinity Foundation, 1983).

⁴ La manera más sencilla para que el lector verifique la afirmación que hacemos en el texto es consultar la entrada de *pisteuō* (“yo creo”) que se encuentra en el léxico griego-inglés estándar. Véase *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature: A translation and adaptation of the fourth revised and augmented edition of Walter Bauer’s Griechisch-Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neuen Testaments und der übrigen urchristlichen Literatur* de William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, 2.^a edición revisada y aumentada por F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker a partir de la quinta edición de Walter Bauer, 1958 (Chicago, IL: The University of Chicago Press, 1979), 660 ss. Véase también el excelente tratamiento en Richard W. Christianson, “The Soteriological Significance

of Pisteuō in the Gospel of John”, tesis de maestría, Grace Theological Seminary en Winona Lake, Ind., diciembre de 1987.

⁵ MacArthur distorsiona gravemente una conocida definición teológica de la fe cuando escribe: “Berkhof ve tres elementos en la fe genuina: un elemento intelectual (*notitia*), que es la comprensión de la verdad; un elemento emocional (*assensus*), que es la convicción y afirmación de la verdad; y un elemento volitivo (*fiducia*), que es la determinación de la voluntad de obedecer la verdad” (p. 173). Esto es asombrosamente inexacto. *Assensus no es* un “elemento emocional”, y *fiducia* significa confianza y no “una determinación de obedecer la verdad”.

⁶ Véase la aplicación artificial e inexacta de estos términos a la definición de la fe tal como aparece en la cita de MacArthur mencionada en la nota anterior.

⁷ R. T. Kendall ha resumido acertadamente la propia doctrina de Juan Calvino sobre la fe salvadora. Él escribe:

“La posición que Calvino quiere establecer de manera preeminente (y que fundamentalmente asume) es que la fe es *conocimiento*. Calvino señala algunos sinónimos bíblicos de fe, todos ellos sustantivos simples, como ‘reconocimiento’ (*agnitio*) y ‘conocimiento’ (*scientia*). Describe la fe como iluminación (*illuminatio*), conocimiento en contraposición a la sumisión de nuestro sentir (*cognitio, non sensus nostri submissio*), certeza (*certitudino*), una convicción firme (*solida persuasio*), seguridad (*securitas*), seguridad firme (*solida securitas*) y plena seguridad (*plena securitas*).

Lo que resalta en estas descripciones es el carácter recibido, intelectual, pasivo y que aporta seguridad de la fe. Lo que está ausente es una necesidad de producir fe, el voluntarismo, la fe como acto humano y la fe que debe esperar un conocimiento empírico para verificar su presencia. La fe es “algo meramente pasivo, que no aporta nada de lo nuestro para recobrar el favor de Dios, sino que recibe de Cristo aquello de lo que carecemos”.

Esta cita, así como las referencias en los *Institutos* de Calvino para cada punto mencionado, se encuentra en R. T. Kendall, *Calvin and English Calvinism to 1649* (Oxford: University Press, 1979), p. 19.

⁸ El cambio de la visión de la fe en Juan Calvino a la visión que encontramos con tanta frecuencia en el calvinismo posterior a la Reforma ha sido analizado de manera efectiva por R. T. Kendall (véase la obra citada en la nota anterior) y por M. Charles Bell, *Calvin and Scottish Theology: The Doctrine of Assurance* (Edimburgo: Handsel, 1985). El libro de Kendall es su tesis doctoral (D. Phil.) presentada en Oxford en 1976 bajo el título “The Nature of Saving Faith from William Perkins (d. 1602) to the Westminster Assembly (1643-1649)”. Véase Kendall, *Calvin*, p. vii. El libro de Bell es una revisión de su disertación doctoral realizada en la Universidad de Aberdeen en 1982. Véase Bell, *Calvin*, p. 4.

⁹ Esto, en la práctica, lo reconoce MacArthur (p. 98). Su segundo apéndice (“The Gospel According to Historic Christianity”, pp. 221-37) depende en gran medida de teólogos puritanos. Pero MacArthur parece no estar al tanto de la literatura actual, que ha demostrado que la teología puritana, especialmente en el área de la fe y la seguridad, no reflejaba en absoluto la doctrina del propio Juan Calvino y constituye una desviación clara del pensamiento de la Reforma. Véanse Kendall y Bell en las dos notas anteriores.

También vale la pena observar que el teólogo reformado Robert L. Dabney señaló hace mucho tiempo (1890) que él y sus colegas teólogos reformados rechazaban la postura de Calvino y

Lutero de que la seguridad era de la esencia misma de la fe salvadora. Es decir, Dabney negaba que la seguridad de salvación fuese una parte esencial de lo que significa creer en Cristo para salvación. Él afirma: “La fuente de este error [sobre la fe y la seguridad] es, sin duda, esa doctrina acerca de la fe que los primeros reformadores, como Lutero y Calvino, se vieron llevados a adoptar...”.

Más adelante también dice:

“Es muy evidente para el lector atento que estas ideas sobre la fe y la seguridad que hemos examinado se fundamentan en las definiciones defectuosas de la fe salvadora que recibimos de los primeros reformadores. Ellos, como vimos, definieron la fe salvadora como una creencia de que ‘Cristo *me* ha salvado’, haciendo de la seguridad de la esperanza su esencia necesaria. Ahora bien, los reformadores posteriores, y aquellos maestros eruditos, santos y modestos de las iglesias reformadas... han sometido esta visión a un examen minucioso y la han rechazado (como también lo hizo la Asamblea de Westminster) sobre bases escriturales”.

Véase “Theology of the Plymouth Brethren”, en *Discussions by Robert L. Dabney, D.D., LL.D., Professor of Moral Philosophy in the University of Texas, and for Many Years Professor of Theology in Union Theological Seminary in Virginia*, ed. C. R. Vaughan, vol. 1: *Theological and Evangelical* (Richmond, VA: Presbyterian Committee of Publication, 1890), pp. 173, 183.

Que quede bien claro: *la salvación por el señorío sostiene una doctrina de la fe salvadora que está en conflicto con la de Lutero y Calvino y, lo que es más importante, en conflicto con la palabra de Dios.*

Capítulo 3

¹ La reticencia de la mujer a mostrarse demasiado asertiva con los hombres del pueblo (que la tenían en baja estima) se refleja en la gramática griega de su pregunta. Este es un caso en el que “el significado de [la partícula negativa griega]... se ve ligeramente modificado... 4:29... ‘ese debe de ser el Mesías por fin, quizá este sea el Mesías’”. F. Blass y A. Debrunner, *A Greek Grammar of the New Testament and Other Early Christian Literature*, traducción y revisión de la novena y décima edición alemana, con notas suplementarias de A. Debrunner, por Robert W. Funk (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1961), p. 221.

² Conviene también considerar las observaciones de Raymond Brown sobre 1 Juan 5:1:

“Hemos visto que todos los usos de *pisteuein*, ‘creer’, en 1 Juan... son cristológicos, ya sea directamente (como aquí) o indirectamente... En 5:5b, en el siguiente caso de *pisteuein*, el autor hablará de la persona que ‘cree que Jesús es el Hijo de Dios’. Así, 5:1 y 5:5 juntos evocan la confesión joánica completa: ‘Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios’ (Juan 20:31). Se ha puesto de moda afirmar que lo que se exige no es creer en una verdad intelectual acerca de Jesús, sino creer en una persona con la cual se entra en relación. Sin negar esto último, yo insistiría en que hay un contenido intelectual en la demanda joánica de fe, y que uno debe entender a Jesús correctamente para tener una relación salvífica con Él”.

Raymond E. Brown, *The Epistles of John*, The Anchor Bible (Garden City, NY: Doubleday, 1982), pp. 534-535.

Capítulo 4

¹ Precisamente por esta razón, Juan Calvino, por ejemplo, sostenía que la seguridad era de la esencia misma de la fe salvadora. Calvino es enfático en este punto:

“En resumen, ningún hombre es verdaderamente un creyente, a menos que esté firmemente persuadido de que Dios es para él un Padre propicio y benévolo... a menos que dependa de las promesas de la benevolencia divina para con él y tenga una expectativa indudable de salvación” (*Institutos* III.II.16).

Para un análisis adicional, véase Bell, *Calvin*, pp. 22-24 (véase cap. 2, nota 8). Véase también el enfático argumento de Dabney de que Calvino sostenía esta postura, aunque Dabney no lo hacía: Dabney, pp. 215-18 (véase cap. 2, nota 9).

(Nota: Aquí y en otros lugares de este libro y de las notas al pie, las citas de los *Institutos de la religión cristiana* de Calvino se han traducido al español a partir de la traducción al inglés de John Allen, en la edición de dos volúmenes publicada en Filadelfia por la Presbyterian Board of Christian Education [s.f.]

² La espléndida definición de fe salvadora de Calvino (*Institutos* III.II.7) merece ser citada:

“Ahora bien, tendremos una definición completa de la fe, si decimos que es un conocimiento firme y cierto de la benevolencia divina hacia nosotros, el cual, fundado en la verdad de la promesa gratuita en Cristo, es revelado a nuestras mentes y confirmado a nuestros corazones por el Espíritu Santo”.

Esto está muy alejado de la definición de fe sostenida en la salvación por el señorío. (Véanse las citas de MacArthur en el cap. 2, nota 1)

Capítulo 5

¹ MacArthur revela su falta de pericia y comprensión cuando escribe: “La naturaleza continua de la fe salvadora se subraya mediante el uso del tiempo presente del verbo griego *pisteuō* (‘creer’) a lo largo del Evangelio de Juan [cita numerosos textos en Juan, Hechos y Romanos]... Si “creer” fuera un acto puntual, el tiempo griego en estos versículos sería aoristo” (p. 172).

Este es un uso gravemente indebido de la gramática griega para afirmar una idea equivocada. ¿Qué diría MacArthur si se le señalara que en Hechos 16:31 (“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”) el verbo griego está en *aoristo*, como en efecto lo está? Es una concepción completamente inexacta de los tiempos griegos sugerir que el tiempo verbal en sí nos indica si la acción es puntual o continua. Puede observarse, por ejemplo, que en Juan 6 el autor emplea varios tiempos griegos para describir un mismo *acontecimiento único*: la venida de nuestro Señor del cielo a la tierra. Así, leemos:

6:33 “Es aquel que desciende del cielo” (presente, RVA-2015)

6:38 “Porque he descendido del cielo” (perfecto)

6:41 “...porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo” (aoristo)

- 6:42 "...dice este: Del cielo he descendido" (perfecto)
 6:50 "Este es el pan que desciende del cielo" (presente)
 6:51 "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (aoristo)
 6:58 "Este es el pan que descendió del cielo" (aoristo)

Es evidente que en Juan 6 no se nos dice absolutamente nada acerca de la continuidad de la acción por el hecho de que se use un tiempo u otro. De hecho, se emplean *tres* tiempos distintos para describir *el mismo acontecimiento histórico e irreplicable* de la Encarnación, ¡y uno de esos tiempos es el presente!

Además, en el Evangelio de Juan, el participio presente precedido por el artículo definido se utiliza con frecuencia para identificar a "el que cree" (o "quien cree"). El uso del presente no implica que la acción en cuestión no pueda cesar. Por el contrario, ¡el participio presente se usa para acciones que han cesado! Por ejemplo:

- Mateo 2:20: "*Los que procuraban* [= artículo + participio presente]... han muerto".
 Marcos 5:16: "Y les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido *al que había tenido el demonio*" (= artículo + participio presente).
 Marcos 6:14: "*Juan el Bautista* (= artículo + participio presente) ha resucitado de los muertos".
 Juan 9:8: "¿No es éste *el que se sentaba y mendigaba?*" (= artículo + dos participios presentes).
 Gálatas 1:23: "Aquel *que en otro tiempo nos perseguía*" (= artículo + participio presente).

En el análisis final, la construcción griega traducida como "el que cree" o "quien cree" es meramente descriptiva. Identifica a una persona como "un creyente", pero no especifica absolutamente nada acerca de la continuidad de la acción. Conviene atender a la observación de Robertson: "Pero, por lo general, el participio presente es meramente descriptivo". Véase A. T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research* (Nashville, TN: Broadman, 1934), p. 891.

De ello sigue que es el contexto de una declaración —y no el tiempo verbal— lo que determina si la acción se entiende como un acto único o como algo continuo. Tal como hemos señalado en el texto de este capítulo, es evidente a partir de los diversos contextos joánicos que "creer" se contempla como un acto único de apropiación.

² En un esfuerzo por evitar cualquier implicación de "credulismo fácil", MacArthur escribe acerca de la historia en Números 21 lo siguiente: "Para mirar a la serpiente de bronce en el asta, tenían que *arrastrarse* hasta donde pudieran verla. No estaban en posición de *mirar con ligereza* hacia el asta y luego *seguir con vidas de rebelión*" (p. 46, cursivas añadidas). La mayoría de los lectores considerará, con razón, que estos comentarios carecen de apoyo alguno en el texto bíblico de Números. MacArthur distorsiona la evidente sencillez de la ilustración de nuestro Señor sobre la fe salvadora.

 Capítulo 6

¹ MacArthur identifica claramente el evangelio con el llamamiento al discipulado: “El evangelio que Jesús proclamó fue un llamamiento al discipulado...” (p. 21); “El llamamiento al Calvario debe reconocerse por lo que es: un llamamiento al discipulado bajo el señorío de Jesucristo” (p. 30).

Pero en estas afirmaciones, así como a lo largo de todo el libro, MacArthur simplemente sostiene esta identificación sin demostrarla. De este modo incurre en una petición de principio en un punto fundamental para su teología.

² La palabra griega es *logikon*. El término ocurre en el griego secular “con el significado de ‘perteneciente al habla’ y ‘perteneciente a la razón’, ‘racional’. En este último sentido se encuentra en la filosofía griega, especialmente en los estoicos...”. Véase *The New International Dictionary of New Testament Theology*, ed. Colin Brown (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1978), 3:1118.

³ El erudito luterano Anders Nygren comenta Romanos 8:13 de manera muy esclarecedora:

“El hombre realmente puede vivir solo viviendo ‘conforme al Espíritu’; pero eso significa ‘hacer morir las obras del cuerpo’. Aquí Pablo habla ‘*del cuerpo*’, donde habríamos esperado que hablara de ‘*la carne*’ y de darle muerte; porque ‘la carne’ es la antítesis del ‘Espíritu’. De hecho, es esa antítesis la que Pablo tiene en mente. Pero no es difícil ver las razones por las que aquí utiliza la palabra ‘cuerpo’ y se refiere a ‘las obras del cuerpo’. Acaba de decir que el hombre exterior del cristiano pertenece al eón antiguo. El cuerpo está sujeto a la muerte a causa del pecado, aunque el espíritu viva a causa de la justicia. Con su ‘cuerpo mortal’ el cristiano vive en un orden donde reina la muerte. *Es aquí —en su cuerpo mortal— donde el cristiano debe librar su batalla contra la carne y contra la muerte* [énfasis añadido]. Aquí encontramos más luz sobre 7:23, donde Pablo habla de una ‘ley en mis miembros’ que lucha contra la ley de la mente del cristiano. Quizá ahora podamos comprender mejor por qué Pablo anhela la liberación de ‘este cuerpo de muerte’ (7:24)”

Nota del traductor: En la Reina-Valera 1960, Romanos 8:13 dice: “...si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne”. Sin embargo, Nygren sigue el texto griego, donde aparece el término “cuerpo” en contraste con “carne”. De ahí la distinción en su comentario.

Véase Anders Nygren, *Commentary on Romans* (Filadelfia, PA: Fortress, 1949), pp. 326-327.

⁴ La salvación por el señorío no puede escapar de la acusación de que mezcla fe y obras. La manera en que lo hace está expresada sucintamente por MacArthur: “La obediencia es la manifestación inevitable de la fe salvadora” (p. 175).

Pero esto equivale a decir: “Sin obediencia no hay justificación ni cielo”. Visto desde *esa* perspectiva, la “obediencia” es en realidad una *condición* para la justificación y para el cielo.

No se trata de una acusación injusta. De hecho, algunos teólogos reformados lo han admitido. Por ejemplo, véase la afirmación de Samuel T. Logan de que “la obediencia evangélica es una necesidad absoluta, una ‘condición’ en la justificación del hombre”. Samuel T. Logan, Jr., “The Doctrine of Justification in the Theology of Jonathan Edwards”, *Westminster Theological Journal* 46 (1984), pp. 26-52. La cita anterior se encuentra en la p. 43.

Logan sostiene que la fe es tanto una *causa* como una *condición* para la justificación, mientras

que la obediencia (= obras) no es una *causa*, pero sí es una condición (véanse pp. 42-48). Precisamente esta es también la posición que, de manera lógica, exige la salvación por el señorío. Si realmente no se puede alcanzar el cielo aparte de la obediencia a Dios —y esto es lo que enseña la salvación por el señorío— entonces, lógicamente, esa obediencia es una condición para llegar allí.

Hay una clara falta de franqueza en la proclamación contemporánea de la salvación por el señorío. ¿Por qué los maestros de esta postura no admiten simplemente lo que W. Nicol ha expresado con franqueza: “Lógicamente, entonces, las buenas obras deben ser una condición de la justificación...” y “...es claro que Pablo podría decir: debes hacer buenas obras, de lo contrario, al final Dios no te justificará”? Véase W. Nicol, “Faith and Works in the Letter of James”, en *Essays on the General Epistles of the New Testament*, Neotestamentica 9 (Pretoria: The New Testament Society of South Africa, c1975), p. 22.

En el pasaje paulino citado justo antes de esta nota (Romanos 11:6), Pablo niega la posibilidad de mezclar fe y obras en el plan de salvación. La formulación “señorista” del tema fe/obras habría sido vigorosamente rechazada por Pablo. Según el apóstol, cuando se introducen las obras, el carácter de la gracia cambia, ¡de modo que ya no es gracia en absoluto! Las obras no pueden ser de ninguna manera una “condición” de la justificación. Cuando se convierten en tal, directa o indirectamente, se abandona la doctrina paulina.

Además, es sumamente engañoso que los defensores de la salvación por el señorío apelen a la insistencia de los reformadores en que la fe y las obras siempre se encuentran juntas (véase MacArthur, p. 228). Esta afirmación oculta el gran abismo que separa la teología de Calvino y Lutero de la teología de la salvación por el señorío. Como se señaló en notas anteriores (véase capítulo 2, nota 1, en comparación con capítulo 2, notas 7, 8 y 9, y capítulo 4, nota 1), la teología del señorío ha abandonado la visión de los reformadores acerca de la naturaleza de la fe salvadora. También ha desplazado el centro y fundamento de la seguridad hacia nuestras obras. Así escribe MacArthur:

“La seguridad genuina proviene de ver la obra transformadora del Espíritu Santo en la propia vida, no de aferrarse al recuerdo de alguna experiencia” (p. 23; véase capítulo 1, nota 2).

La visión de Calvino sobre esta clase de afirmación está resumida con gran acierto por Bell, p. 28 (véase capítulo 2, nota 8, para los datos bibliográficos):

“Como principio general, Calvino advierte enfáticamente contra mirarnos a nosotros, es decir, a nuestras obras o al fruto del Espíritu, en busca de certeza de nuestra salvación. Debemos apartarnos de nosotros mismos para descansar únicamente en la misericordia de Dios. Los escolásticos enseñaban que el cristiano debía mirar a las obras y a las virtudes de la justicia como prueba de la salvación. Sin embargo, Calvino rechaza esta exhortación a la autoexaminación como un dogma peligroso, y sostiene que nunca podemos confiar en una base tan subjetiva para la seguridad, pues nuestro pecado garantiza que no hallaremos paz de esta manera. Olvidando el juicio de Dios, podríamos pensar que estamos seguros cuando, en realidad, no lo estamos. Al poner nuestra confianza en las obras, en lugar de en la gracia gratuita de Dios, disminuimos su obra salvífica en Jesucristo. Si nos miramos a nosotros, encontramos duda, lo que conduce a la desesperación, y finalmente nuestra fe es derribada y borrada. Argumentando que nuestra seguridad descansa en nuestra unión con Cristo, Calvino

enfatisa que la contemplación de Cristo trae seguridad de salvación, pero la autocontemplación es ‘condenación segura’. Por esta razón, entonces, nuestro camino más seguro es mirar a Cristo y desconfiar de nosotros mismos”. [Para la documentación de Calvino, véanse las notas al pie en Bell correspondientes al párrafo citado].

Claramente, esta perspectiva es diametralmente opuesta al pensamiento del señorío. Cualquier afirmación que puedan hacer los maestros de esta posición de que representan la doctrina de la Reforma acerca de la fe y la seguridad simplemente no es cierta.

Finalmente, debemos añadir que no hay necesidad de discutir la postura de los reformadores de que, donde hay fe justificadora, también habrá sin duda obras. Esta es una suposición razonable para cualquier cristiano, salvo que se haya convertido en su lecho de muerte. Pero es totalmente erróneo afirmar que una vida de obediencia dedicada está garantizada por la regeneración, o incluso que las pocas obras que pueda haber deban ser visibles para un observador humano. Solo Dios puede detectar los frutos de la regeneración en algunos de sus hijos.

Lo que es incorrecto en el pensamiento del señorío es que una vida de buenas obras se convierte en la base de la seguridad, de modo que los ojos del creyente se apartan de la suficiencia de Cristo y de su cruz para suplir su necesidad eterna. En cambio, sus ojos se centran en sí mismo. Los reformadores entendieron que en ese tipo de proceso no había ninguna seguridad en absoluto.

⁵ Véase MacArthur (p. 215): “Pablo denunció la noción de que el no regenerado puede comprar mérito con Dios mediante obras”. Pero lo que sigue a esta afirmación apenas se distingue de una teología de “salvación por obras”. En apoyo de su visión de las obras, MacArthur procede a citar Romanos 2:6 (Dios “pagará a cada uno conforme a sus obras”) y 2:13 (“porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados”).

¿Qué conclusión saca MacArthur de estos textos? Afirma (p. 215): “La fe salvadora descrita por el apóstol Pablo es una fuerza dinámica que inevitablemente produce justicia práctica”. Pero esta conclusión no está *en modo alguno* justificada por los textos citados. En realidad, implica una falacia argumentativa común en el pensamiento del señorío. De hecho, incurre en una petición de principio en un nivel fundamental.

Ni Romanos 2:6 ni 2:13 implican ni de lejos que la fe produzca inevitablemente obras. Por el contrario, afirman con toda claridad que las personas recibirán de Dios lo que *merecen* (Romanos 2:6) y que los *hacedores* de la ley serán justificados (Romanos 2:13).

A lo que ha recurrido MacArthur es al método reformado común de armonizar textos como estos con la doctrina de la justificación por la fe. Esta armonización simplemente afirma que tales textos son inteligibles si nos damos cuenta de que la fe inevitablemente produce obras. Pero esto no es en realidad un argumento, sino una *petitio principii*: la falacia de asumir como premisa lo que se quiere probar en la conclusión.

El silogismo del señorío sería algo como esto:

Premisa mayor: Somos justificados por la fe.

Premisa menor: La fe produce inevitablemente buenas obras.

Conclusión: Podemos ser juzgados de acuerdo con nuestras obras.

La “premisa mayor” de este silogismo, por supuesto, es bíblica. La premisa menor es una construcción teológica que no puede establecerse a partir de la Biblia. Además, la conclusión contradice implícitamente la premisa mayor. Si somos salvos solo por la fe (*sola fide*), ¿cómo puede el juicio final basarse en las obras a menos que las obras sean también una *condición* para la justificación?

Por supuesto, algunos teólogos del señorío argumentarán que la premisa menor se establece en Santiago 2. Pero esto es erróneo. En la historia de la interpretación de Santiago 2:14-26, *muchas veces* se ha leído el texto de Santiago como si enseñara que *tanto* la fe como las obras son necesarias para la salvación final. (Véase el folleto *Dead Faith—What Is It?* Para la información bibliográfica, véase cap. 2, nota 2). Santiago 2:14-26 *no* enseña, ni puede interpretarse correctamente como si dijera, que la fe produzca inevitablemente buenas obras. También aquí, la teología del señorío incurre en petición de principio al leer en el texto de Santiago la opinión teológica expresada en la premisa menor antes mencionada.

Además, al tratar Romanos 2:6 y 2:13, MacArthur olvida que estos textos deben leerse a la luz de la exposición de Pablo en Romanos 3 y 4, y especialmente a la luz de una declaración como esta:

“Ya que por las obras de la ley *ningún ser humano será justificado delante de él*; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20, énfasis añadido).

En Romanos 2:6 y 13, Pablo estaba exponiendo el principio sobre el cual las personas serán juzgadas en el juicio final. ¡Ciertamente no estaba afirmando que en realidad habrá personas justificadas por la ley! Su punto en 2:13 es una advertencia contra la idea de que el mero hecho de oír la ley pudiera ser una base de aceptación delante de Dios (como los judíos estaban tentados a pensar; véase Romanos 2:17-29). Solo “los hacedores de la ley” serían justificados. Pero en la teología paulina, no existían tales personas (Romanos 3:19-20).

Debe tenerse presente que, por supuesto, toda persona no salva tendrá “su día en el tribunal”. Para los no salvos, el juicio será según sus obras (Apocalipsis 20:12). Pero el resultado de un juicio por obras es una conclusión inevitable: condenación (Apocalipsis 20:15).

En cambio, no existe tal cosa como un juicio para el creyente destinado a determinar si va al cielo o al infierno. De hecho, el veredicto de absolución ya ha sido pronunciado (justificación). Y nuestro Señor mismo dijo:

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24)

No hay en absoluto un juicio final para el creyente, si con ello entendemos un “examen judicial” para determinar su destino eterno. La vida eterna ya es poseída por el creyente como un don irrevocable y gratuito (véase capítulo 5). Por supuesto, el creyente debe dar cuenta de su vida cristiana ante el tribunal de Cristo, pero eso es otra cuestión (Romanos 14:10-12). Aun si sus obras son quemadas, ¡él mismo será salvo! Pablo escribió:

“Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien *él mismo será salvo*, aunque así como por fuego” (1 Corintios 3:14-15, énfasis añadido).

La teología de la salvación por el señorío en lo que respecta a la fe y las obras es un sistema de pensamiento irremediablemente confuso y antibíblico.

⁶ Con frecuencia se expresa la idea de que la condena de Pablo a las obras, en cuanto a no tener ningún papel salvífico, es en realidad solo una condena a obras *legalistas* —obras hechas para obtener mérito delante de Dios— (véase, por ejemplo, MacArthur, p. 215). Pero esto no es más que un intento de redefinir la teología paulina para dar cabida a un papel de las obras en el proceso de salvación. No tiene ninguna base en la Escritura y está sólidamente refutado por Douglas J. Moo, “‘Law.’ ‘Works of the Law’, and Legalism in Paul”, *Westminster Theological Journal* 45 (1983): 73-100. Obsérvese en particular esta afirmación:

“Primero, como hemos visto, Pablo niega la justificación por ‘obras’ tan a menudo como la niega por ‘obras de la ley’. Las ‘obras’ no tuvieron más lugar en la elección de Abraham y Jacob, quienes no tenían relación alguna con la ley... que en la justificación de los gentiles gálatas, a quienes se animaba a complementar su fe con ‘obras de la ley’. En otras palabras, Pablo parece criticar las ‘obras de la ley’ no porque sean *nomou* (‘de la ley’), sino porque son *erga* (‘obras’) [pp. 96-97]”.

⁷ MacArthur, p. 31.

Capítulo 7

¹ Para un tratamiento de la carta a los Hebreos que la interpreta como un desafío a los cristianos a perseverar en la fe, véase Zane C. Hodges, “Hebreos”, en *The Bible Knowledge Commentary*, edición del Nuevo Testamento, eds. John F. Walvoord y Roy B. Zuck (Wheaton, IL: Victor Books, 1983), pp. 777-813.

² Véase capítulo 5.

³ Véanse las discusiones de este tema en Kendall, pp. 13-18, 29-33, 149-150; y Bell, pp. 13-18. Para los datos bibliográficos, véase el capítulo 2, notas 7-8.

Capítulo 8

¹ Para un análisis de 2 Corintios 13:5, véase el capítulo 15.

² Para un análisis atinado de este problema en la vida religiosa contemporánea, véase Bell, *Calvin*, pp. 200-202. (Para los datos bibliográficos, véase el capítulo 2, nota 8).

Capítulo 9

¹ MacArthur (p. 173) escribe: “Como don divino, la fe no es transitoria ni impotente. Tiene una cualidad permanente que garantiza su perseverancia hasta el fin”.

Pero ninguna de estas afirmaciones puede demostrarse a partir de la Escritura. MacArthur argumenta (pp. 172-73) que Efesios 2:8-9 enseña que “todo el proceso de gracia, fe y salvación” es “el don de Dios”. Esta afirmación carece de fundamento. La frase en 2:8 “y esto no de vosotros” puede entenderse fácilmente como una referencia simplemente a la salvación mencionada aquí. Además, resulta intrínsecamente contradictorio hablar aquí de la “gracia”

como “el don de Dios”. El *otorgamiento de un don es un acto* de “gracia”, pero la “gracia”, cuando se entiende como principio o base de la acción divina, nunca se describe como un “don” o como parte de un don. De la misma manera, como muestra la historia de Juan 4 (véase 4:10), el “don de Dios” debe distinguirse de “pedirlo” o “recibirlo”. La Biblia nunca afirma que la fe salvadora en sí misma sea un don.

Aquí MacArthur ha confundido tres categorías distintas: (1) el don mismo (la salvación); (2) la base sobre la cual se concede el don (“por gracia”); y (3) el medio por el cual se recibe el don (“mediante la fe”). Como todo teólogo perspicaz reconocerá, lo que MacArthur ha hecho es imponer su propio esquema teológico a Efesios 2:8-9.

Según la perspectiva de MacArthur, no hay lugar para la responsabilidad humana a la respuesta al evangelio. Dios lo hace todo, incluyendo la impartición de la fe. De hecho, MacArthur aparentemente sostiene la visión reformada de que la regeneración precede lógicamente a la fe salvadora. Nótese su declaración en la p. 75: “La visión espiritual es un don de Dios *que hace a uno dispuesto y capaz de creer*” (cursiva añadida). Así, la “visión espiritual” lógicamente *precede* a la fe en la teología de MacArthur.

La misma teología parece estar también en el prólogo de MacArthur (p. xiii): “La fe salvadora, el arrepentimiento, el compromiso y la obediencia son todas obras divinas, *realizadas por el Espíritu Santo en el corazón de todo el que es salvo*” (cursiva añadida).

En contraste, en la Escritura, *la fe* precede lógicamente a la *salvación*. Pablo y Silas no le dijeron al carcelero de Filipos: “Sé salvo, y creerás en el Señor Jesucristo”. ¡Le dijeron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”!

La teología que MacArthur evidentemente abraza es una fórmula para la desesperación. La persona no salva (que *podría ser* no escogida) está en una situación sin esperanza. En realidad, debería decirse que, si no está entre los elegidos, no hay nada que pueda hacer, porque Dios quizá haya decretado no regenerarlo. Así, no puede verdaderamente creer, arrepentirse, comprometerse ni obedecer, ya que todas estas cosas son dones de Dios para los escogidos.

De igual manera, el propio cristiano no puede estar seguro de tener la fe de los escogidos de Dios a menos que persevere hasta el final. Por tanto, todo cristiano debe vivir con la posibilidad de que al final resulte no ser escogido, es decir, “réprobo”.

Por supuesto, estos problemas surgen precisamente de la doctrina de la “fe temporal [= falsa]” que ha aquejado a la teología reformada a lo largo de los siglos. Para un análisis, véase Kendall, *Calvin*, pp. 6-9, 67-76 (y otras referencias en el índice); y Bell, *Calvin*, pp. 10-11, 32, 46-47 y *passim*. Para los datos bibliográficos, véase el capítulo 2, notas 7-8.

La postura teológica de MacArthur es puritana y reformada: una corriente muy estrecha dentro de la tradición evangélica en su conjunto. La doctrina de que la regeneración divina precede lógicamente a la fe salvadora es una visión que de ninguna manera merece identificarse como ortodoxia tradicional. Ciertamente no es bíblica.

² Es una afirmación dogmática e injustificada que MacArthur (p. 33) escriba:

“Así, la salvación no puede ser defectuosa en ninguna dimensión. Como parte de su obra salvadora, Dios produce arrepentimiento, fe, santificación, entrega, obediencia y, en última instancia, glorificación. Puesto que Él no depende del esfuerzo humano para producir estos elementos, una experiencia que carezca de cualquiera de ellos no puede ser la obra salvadora de Dios”.

Con estas palabras, la teología de la salvación por el señorío se derrumba sobre sí misma para producir un “agujero negro” conceptual. Se nos dice que Dios no necesita del esfuerzo humano para llevar a cabo su obra salvadora en una persona. ¡Así, la salvación no puede ser “defectuosa”!

Pero ¿qué es el pecado en la vida de un creyente? ¿No es acaso un defecto? Y si Dios no necesita del esfuerzo humano para cumplir su voluntad en el creyente, ¿por qué existe todavía pecado? Según los términos expresados por MacArthur, Dios tendría que ser responsable del pecado que permanece en la vida del cristiano. Al final de esta línea de razonamiento teológico se llega a un perfeccionismo antibíblico.

Los teólogos del señorío se ven obligados a responder a esta objeción diciendo, en efecto, que *cierto grado de pecado* en un creyente no hace que la obra salvadora de Dios sea defectuosa, ¡pero mucho pecado sí! Sin embargo, la falta de lógica de esta posición es evidente. ¡*Todo pecado* es un defecto grave y deplorable!

El problema es que los maestros del señorío han establecido sus propios estándares para medir la obra salvadora de Dios en la vida de una persona. Si esos estándares no se cumplen, el pensamiento del señorío insiste en que Dios no puede estar involucrado. Solo si el creyente profesante alcanza el nivel de logro requerido por los defensores del señorío, solo entonces estos teólogos admitirán que tal creyente puede estar verdaderamente salvo.

Tal enfoque del tema del pecado en la vida del creyente no solo es antibíblico, sino que conlleva su propia condena. Es un esfuerzo claro de ocupar el lugar de Dios.

³ La declaración de 2 Timoteo 2:19: “Conoce el Señor a los que son suyos”, significa, por supuesto, más que simplemente que el Señor puede identificar a las personas que le pertenecen. La palabra griega para “conocer” (*egnōn*, de *ginōskō*) implica en tales afirmaciones que Dios “reconoce” a esas personas como suyas. Lo opuesto exacto de esto se encuentra en Mateo 7:23: “Nunca os conocí”. (Para este uso del verbo griego, véase el léxico de Bauer-Gingrich-Danker, p. 161, párrafo 7. Para los datos bibliográficos de este léxico, véase el capítulo 2, nota 4).

⁴ MacArthur (p. 172) pasa por alto por completo el tono lleno de gracia de 2 Timoteo 2:13 cuando escribe: “Porque Él es fiel a sí mismo, *los condenará...*” (cursivas añadidas). Pero el concepto de ser “fiel para condenar” es totalmente ajeno y sin paralelo en el Nuevo Testamento. MacArthur está simplemente leyendo su propia teología condenatoria en una de las declaraciones de más consuelo de la Biblia.

Capítulo 10

¹ Véase la excelente discusión de Romanos 8:12-17 en Anders Nygren, *Commentary on Romans* (Filadelfia: Fortress, 1949), pp. 325-329.

² No es de extrañar que MacArthur (p. 218) llame a Santiago 4:7-10 “la invitación más completa a la salvación en las epístolas”. Pero este comentario muestra lo irremediabilmente confundida que está la teología del señorío en sus categorías.

Santiago llama repetidamente a sus lectores “hermanos” (1:2, 16, 19; 2:1, 5, 14-15; 3:1, 10, 12; 4:11; 5:7, 9-10, 12, 19) y nunca los llama a la salvación. En el pasaje citado por MacArthur, no hay en absoluto un llamamiento a la fe. En cambio, los hermanos cristianos de Santiago están siendo exhortados a arrepentirse de su espíritu y conducta mundanos.

El comentario de MacArthur sobre Santiago 4:7-10 ilustra la enorme capacidad de la teología del señorío para malinterpretar y tergiversar las Escrituras.

³ Vale la pena citar la afirmación de Dibelius: “Pero en todos los casos [en Santiago] que se han examinado hasta ahora, lo que está en juego es la fe que tiene el cristiano, nunca la fe del pecador que lo lleva por primera vez a Dios... La fe que se menciona en esta sección [2:14-26] puede presuponerse en todo cristiano... La intención [de Santiago] no está orientada dogmáticamente, sino prácticamente: *desea amonestar a los cristianos a practicar su fe, es decir, su cristianismo, mediante las obras*”. Martin Dibelius, *James*, rev. Heinrich Greeven, trad. Michael A. Williams, ed. Helmut Koester, *Hermeneia* (Filadelfia, PA: Fortress, ed. ing. 1976), p. 178 (cursivas en el original).

Capítulo 11

¹ Resulta interesante que MacArthur no comente Juan 15:1-8.

² Debe notarse con qué frecuencia en el Antiguo Testamento se utiliza el fuego como metáfora de la ira *temporal* de Dios y de las calamidades que dicha ira trae consigo. Véanse, además de las referencias dadas en el texto, Salmos 21:8-10; 97:2-5; Isaías 5:24-25; 29:5-7; Jeremías 21:12; Amós 1:4, 7, 10, 12, 14; y muchos otros pasajes, demasiado numerosos para citarlos aquí. Es un error suponer que el uso metafórico del fuego como referencia al juicio divino se entienda de manera natural como una alusión a la condenación eterna. Por el contrario, esta metáfora bíblica se refiere con mucha más frecuencia a la ira y retribución temporales de Dios. En la experiencia cristiana, el fuego también puede simbolizar pruebas temporales (véase 1 Pedro 1:6-7; 4:12).

Capítulo 12

¹ Véanse las *Proposiciones para debate* de Lutero y Zwinglio: *Las noventa y cinco tesis del 31 de octubre de 1517 y Los sesenta y siete artículos del 19 de enero de 1523*, en la versión original y traducciones contemporáneas, con una nueva traducción inglesa, introducción y bibliografía por Carl S. Meyer (Leiden: E.J. Brill, 1963), pp. 2-3. *Institutos* III.III.9.

² *Institutos* III.III.9.

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*

⁵ Ambos reformadores consideraban el arrepentimiento como un *fruto* de la fe. Cf. *Institutos* III.III.1. Y obsérvese esta interesante discusión de Lutero:

“En primer lugar, ellos [los romanistas] enseñan que la contrición tiene precedencia sobre la fe en la promesa y es considerada muy superior a ella, como si la contrición no fuese una obra de la fe, sino un mérito; de hecho, no mencionan la fe en absoluto. Se apegan tan estrechamente a las obras y a aquellos pasajes de la Escritura donde leemos de muchos que obtuvieron perdón por causa de su contrición y humildad de corazón; pero no toman en cuenta la fe que produjo esta contrición y dolor de corazón, como está escrito de los hombres de Nínive en Jonás 3:5: ‘Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno...’. Otros, más osados y perversos, han inventado una llamada ‘atrición’, que se convierte en contrición por el poder de las llaves, de lo cual no saben nada. Esta atrición la conceden a los malvados e incrédulos, y así abolen por completo la contrición. ¡Oh, intolerable ira de Dios, que tales cosas sean enseñadas en la iglesia de Cristo! Así, con la fe y su obra destruidas, seguimos confiados en las doctrinas y opiniones de los hombres, o más bien perecemos en

ellas. Un corazón contrito es algo precioso, pero solo se encuentra donde hay una fe ardiente en las promesas y amenazas de Dios. Tal fe, centrada en la verdad inmutable de Dios, hace temblar a la conciencia, la aterroriza y la quebranta; y después, cuando está contrita, la levanta, la consuela y la preserva. Así, la verdad de la amenaza de Dios es la causa de la contrición, y la verdad de su promesa la causa de la consolación, si es creída. Por tal fe el hombre ‘merece’ el perdón de los pecados. Por tanto, la fe debe ser enseñada y suscitada antes que todo lo demás. Una vez obtenida la fe, la contrición y la consolación seguirán inevitablemente por sí mismas”.

Un párrafo más adelante, añade:

“Guárdate, pues, de poner tu confianza en tu propia contrición y de atribuir el perdón de los pecados a tu propio remordimiento. Dios no te mira con favor a causa de eso, sino a causa de la fe con la que has creído sus amenazas y promesas, y que ha producido tal dolor en ti. Así, debemos lo que de bueno haya en nuestra penitencia, no a la escrupulosa enumeración de pecados, sino a la verdad de Dios y a nuestra fe. Todas las demás cosas son las obras y frutos que siguen por sí mismos. No hacen bueno al hombre, sino que son hechas por el hombre que ya ha sido hecho bueno mediante la fe en la verdad de Dios. Así también, ‘Humo subió de su nariz, y de su boca fuego consumidor; carbones fueron por él encendidos’, como se dice en el Salmo 18:8-7 [sic]. Primero viene el terror de esta amenaza, que enciende a los impíos, luego la fe, aceptando esto, hace subir nubes de humo de contrición, etc.”

Martín Lutero, “The Babylonian Captivity of the Church”, en *Luther’s Works*, vol. 36: *Word and Sacrament II*, ed. Abdel Ross Wentz; ed. gral. Helmut T. Lehmann (Filadelfia, PA: Muhlenberg, 1959), pp. 84-85.

⁶ Para la idea de que la palabra “Señor” aquí implica la doctrina del “señorío”, véase nuestra discusión de Hechos 16:31 en el capítulo 13.

⁷ *Institutos* III.III.5.

⁸ Véase Bell, p. 39 n. 208 (datos bibliográficos: cap. 2, n. 8).

⁹ Véase el léxico de Bauer-Gingrich-Danker, pp. 511-512 (datos bibliográficos: cap. 2, n. 4).

¹⁰ El concepto de “dolor” o “remordimiento” está frecuentemente implícito en la palabra inglesa, aunque no siempre. En este sentido, el contexto en inglés es decisivo para la palabra inglesa, así como el contexto griego lo es para la palabra griega. El “remordimiento” no puede darse por supuesto siempre, ni en inglés ni en griego, de modo que la idea a menudo se suaviza hasta el nivel de “pesar” o “lamento”. Véase el léxico citado en la nota anterior.

¹¹ La palabra hebrea es *niham*. No es apropiado decir, como hace J. Goetzmann, que “el Nuevo Testamento no sigue el uso de la LXX, sino que emplea *metanoēō* para expresar la fuerza de *šûb*, volverse”. (Véase el artículo sobre *metanoia*, en *The New International Dictionary of New Testament Theology*, ed. Colin Brown [Grand Rapids, MI: Zondervan, 1975], 1:357). Por el contrario, la palabra del Nuevo Testamento para “volverse” es el verbo *epistrephō* (sustantivo = *epistrophē*). No hay ninguna buena razón para pensar que los traductores de la Septuaginta y los escritores del Nuevo Testamento no compartieran la misma comprensión de *metanoēō* como equivalente funcional de *niham*.

¹² Muchos excelentes expositores del Nuevo Testamento que predicán una salvación completamente gratuita sostienen la opinión de que “arrepentirse” significa simplemente

“cambiar de opinión”. Ellos afirman entonces que, en contextos de salvación, el llamamiento al arrepentimiento no significa básicamente nada más que el cambio de opinión implicado en pasar de una actitud de incredulidad a una de fe en Cristo. Para tales expositores, el arrepentimiento llega a ser casi un sinónimo de fe. O, al menos, es la otra cara de la moneda, ya que necesariamente hay algún cambio de mentalidad al llegar a la fe. Ciertamente respeto este punto de vista, aunque no puedo estar de acuerdo con él. Es una posición que mantiene la integridad de la oferta del evangelio. Para un análisis académico desde esta perspectiva, véase Robert Nicholas Wilkin, *Repentance as a Condition for Salvation in the New Testament* (tesis doctoral inédita [Th.D.], Dallas Theological Seminary, 1985).

¹³ MacArthur, p. 167.

¹⁴ Asombrosamente, MacArthur encuentra el arrepentimiento implícito en las preguntas de Nicodemo: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?” (p. 40) y en la referencia de nuestro Señor a la historia de la serpiente de bronce en Números 21 (p. 46). Pero en ambos casos, casi nunca —si es que alguna vez— se ha detectado el arrepentimiento en la narración joánica. Los esfuerzos de MacArthur por extraerlo del texto de Juan serán vistos por cualquier persona imparcial como una salida desesperada.

¹⁵ Se remite de nuevo al lector a la excelente discusión de Romanos 8:12-17 de Anders Nygren (véase cap. 6, n. 3). Particularmente apropiadas aquí son estas palabras de Nygren (p. 326):

“Así, hay dos maneras diferentes de vivir. El hombre puede ‘vivir según la carne’ o ‘vivir según el Espíritu’. En cuanto a la primera forma de vida, hay que decir que en realidad no es vida. Por el contrario, en su naturaleza básica es todo lo contrario. Por eso Pablo dice: ‘Si vivís conforme a la carne, *moriréis*’” (cursivas en el original).

Poco después de estas palabras, aludiendo a Romanos 8:10 (“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado”), Nygren escribe (p. 327): “Con su ‘cuerpo mortal’ el cristiano vive en un orden donde reina la muerte. Es aquí —en su cuerpo mortal— donde el cristiano debe librar su batalla contra la carne y la muerte”. El pecado, entonces, implica una experiencia que no puede llamarse verdaderamente “vida”. Es, en realidad, una especie de “muerte”. Todo arrepentimiento, por lo tanto —tanto del no salvo como del salvo— es como un despertar de un estado de “muerte” a una experiencia de “vida” con Dios.

¹⁶ El verbo griego para “quemar completamente” es intensivo y normalmente se aplica a cosas consumidas enteramente por el fuego (véanse Hechos 19:19; 1 Corintios 3:15; Hebreos 13:11; Apocalipsis 8:7). Por supuesto, la imagería contextual de la paja hace evidente la fuerza del verbo en Mateo 3:12. El mismo verbo se usa también en el pasaje paralelo de Lucas 3:17. Aun en el caso de la cizaña en Mateo 13:30, 40, la metáfora sugiere destrucción completa. La referencia en Mateo 13 será, entonces, a los juicios escatológicos del fin de los tiempos, que resultan en una destrucción de tal magnitud que la extinción de la raza humana se ve amenazada (Mateo 24:22).

La referencia al “fuego que nunca se apagará” en Mateo 3:12 (y Lucas 3:17) significa, por supuesto, que el fuego es irresistible y no puede extinguirse hasta que la paja haya sido destruida. Los fuegos del infierno también son inextinguibles (Marcos 9:44, 46, 48), pero no consumen ni “queman” a los perdidos.

¹⁷ Por supuesto, si una actitud de falta de arrepentimiento disuade a una persona de buscar o aceptar la salvación gratuita e incondicional de Dios, no solo morirá, sino que también terminará en el infierno. Sin duda, el rico de la conocida narración de nuestro Señor fue un ejemplo de ello (Lucas 16:19-31).

Sin embargo, no debemos esperar sofisticación teológica en este hombre que acaba de despertar en el Hades (Lucas 16:23). Se equivoca acerca de la posibilidad de recibir alivio de parte de Lázaro (Lucas 16:24-26), y también se equivoca sobre el impacto que Lázaro podría tener en sus cinco hermanos vivos (Lucas 16:27-31). Pero al menos sabe que sus hermanos necesitan estar bien con Dios, y era natural para él, como judío, expresar esta necesidad en términos de arrepentimiento (Lucas 16:30). Sin embargo, ¡ciertamente no debemos inferir que despertó en el infierno con una teología clara y definida de la salvación por gracia mediante la fe!

¹⁸ Pablo se acerca a Santiago al describir la tristeza y el arrepentimiento de los corintios para “salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce *muerte*” (2 Corintios 7:10, énfasis añadido). Los corintios habían escogido un camino que lleva a la vida (véase v. 11).

¹⁹ No es de extrañar que el apóstol Pedro se refiera a este llamamiento más amplio de parte de Dios en 2 Pedro 3:9, cuando escribe: “El Señor... es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. El arrepentimiento es el deseo universal de Dios para los hombres. No solo no quiere que nadie sufra el juicio eterno, sino que quiere que todos se arrepientan. Es decir, Dios desea armonía y comunión con todos, y no desea la condenación de ninguno.

Capítulo 13

¹ Véase MacArthur, pp. 28-29, 207. Él declara claramente: “Ninguna promesa de salvación se extiende jamás a quienes rehúsan someterse al señorío de Cristo. Así, no hay salvación excepto la ‘salvación por el señorío’” (p. 28). Por el contrario, la Escritura extiende la promesa de salvación a “todo aquel que en él cree” (por ejemplo, Juan 3:16). Precisamente esta oferta sencilla es la que los maestros del señorío niegan. Sus esfuerzos por evadir textos como Juan 3:16 y Apocalipsis 22:17 (“y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”) los llevan a redefinir de manera antibíblica la fe salvadora como algo más que un simple acto de confianza infantil.

² Para una discusión sobre la “transferencia ilegítima de totalidad”, véase James Barr, *The Semantics of Biblical Language* (Nueva York, NY: Oxford University Press, 1961), pp. 218-22.

³ Este punto es admitido por MacArthur (p. 28).

⁴ Los proponentes del señorío pueden admitir esto si sostienen que la regeneración precede lógicamente a la fe y al compromiso con el señorío de Jesús (véase cap. 9, n. 1).

⁵ En un artículo de gran importancia para el debate actual sobre la naturaleza de la fe salvadora, el teólogo luterano Robert D. Preus ha señalado acertadamente la formulación luterana tradicional de que la fe es “como la mano vacía de un mendigo que recibe un regalo”. Véase Robert D. Preus, “Perennial Problems in the Doctrine of Justification”, *Concordia Theological Quarterly* 45 (julio de 1981): p. 172.

En contraste con la visión puritana y reformada que entiende la fe como un acto de la voluntad, Preus insiste en la comprensión luterana tradicional de la fe como “pura receptividad”. Así escribe (p. 171):

“Finalmente, debemos comentar brevemente acerca de la fe en nuestro modelo. Primero, y lo más importante, debe considerarse en el artículo de la justificación como pura receptividad. Melanchthon dejó este punto perfectamente claro en las declaraciones citadas anteriormente, cuando consistentemente usó verbos de receptividad (*consequor, apprehendo, accipio*) para describir el lugar de la fe en lo que nuestros teólogos luteranos posteriores llamaron el *modus justificationis* de Dios. Pero ¿acaso Melanchthon no llama también a la fe justificadora “confianza” (*Apol. IV, 48, texto alemán; 337*)? Sí, pero confianza muy claramente en cuanto recibe las promesas de su objeto apropiado. Y la fe como receptividad tiene en sí el elemento de confianza (*Apol. IV, 48, 227*). Años más tarde, al defender la comprensión confesional de la fe justificadora, Quenstedt la llama *fiducialis apprehensio*”.

Preus también cita a Martín Lutero en el mismo sentido (p. 177, citando WA²XI.1104):

“La fe tiende la mano y el saco y simplemente deja que se le haga bien. Porque así como Dios es el Dador que concede tales cosas en su amor, nosotros somos los receptores que recibimos el don mediante la fe, que no hace nada. Pues no es obra nuestra y no puede ser merecida por nuestro trabajo. Ya ha sido concedida y dada. Solo necesitas abrir la boca, o más bien, el corazón, y guardar silencio y dejarte llenar”.

Calvino, por supuesto, coincidía esencialmente con esta visión de la fe (véase cap. 2, n. 7). Pero la teología del señorío abandona el pensamiento de la Reforma acerca de la naturaleza de la fe salvadora y, por lo tanto, también abandona el pensamiento bíblico.

Un pasaje adicional del artículo de Preus es tan pertinente que merece ser citado:

“Al menos un siglo fue dedicado por los más grandes teólogos luteranos de la época a intentar defender y clarificar la posición luterana, tan crucial para la comprensión de la justificación y para la comunicación del mensaje cristiano. Sus adversarios eran los romanistas, que negaban que la fe justificadora fuese confianza y receptividad, y enseñaban que la fe justificadora era un acto del hombre que podía considerarse una buena obra (formada por el amor); su objeto era todo el dogma cristiano (*fides dogmatica*, Belarmino). Los arminianos también se opusieron a la doctrina luterana, pues aunque admitían que la fe era confianza, la convertían en una obra (*actus*) del hombre. Al igual que los romanistas, tenían una noción sinergista de cómo el hombre llegaba a la fe. Y, por supuesto, estaban los socinianos, que sostenían una teoría de la expiación por aceptación (*acceptilatio*) y consideraban la fe (no en la justicia de Cristo, sino en la misericordia de Dios aparte de la expiación de Cristo) como una obra meritoria del hombre. Estas desviaciones del modelo evangélico de la justificación siguen vigentes hoy en día, aunque en forma algo menos grosera. Y todos nosotros nos hemos topado con ellas.

Los luteranos del período posreformista y hasta el presente han contrarrestado estas aberraciones de tres maneras. Primero, siguiendo el Artículo II de la *Fórmula de Concordia*,

muestran que el recibir la gracia de Dios por medio de la fe es en sí mismo un don de gracia, y que la absolución que perdona obra la misma fe para recibir el perdón (*Apol.* XII, 39, *passim*). En segundo lugar, señalan continuamente que el papel de la fe en la justificación es puramente instrumental, que la fe es un *organon leptikon*, como la mano vacía de un mendigo que recibe un regalo; y que ella sola (*sola fide*) es el vehículo apropiado para recibir la reconciliación, el perdón, a Cristo y sus méritos (SD III, 30-38; *Apol.* IV, 163; *CA* XX, 28). En tercer lugar, muestran que la justificación es *per fidem*, no *propter fidem*, al señalar que la fe justifica en virtud de su objeto, como solía decir Melancthon (*Apol.* IV, 56, 338, 227; SD III, 13), y que esto no es sino otra manera de decir: “Somos tenidos por justos delante de Dios por causa de Cristo mediante la fe” (*Apol.* IV, 214)”.

⁶ Bell, Calvin, 29, escribe:

Calvino nunca nos remite al uso del “silogismo práctico” [=autoexamen para la seguridad de salvación]. Incluso con respecto a 2 Pedro 1:10 (que fue utilizado por calvinistas posteriores para justificar el uso del silogismo práctico), Calvino se niega a referir esto a la conciencia del hombre como un medio para determinar la certeza de nuestra salvación. En cambio, argumenta que significa que el llamamiento de uno (que en sí mismo es cierto) se confirma “mediante una vida santa”. No miramos a nuestra santidad en busca de seguridad de nuestra salvación. Más bien, las buenas obras atestiguan que “el fundamento seguro de un verdadero y cierto llamamiento” ha sido puesto en nosotros por el Señor (véase *Commentaries* de Calvino: 2 Pedro 1:10).

⁷ Citado de *Calvin's Commentaries: A Harmony of the Gospels of Matthew, Mark, Luke, Volume III; and the Epistles of James and Jude*, trad. A.W. Morrison, ed. David W. Torrance y Thomas F. Torrance (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1972), pp. 285-286.

Capítulo 14

¹ Véase MacArthur, pp. 77-88. Véase también el pequeño volumen de Walter Chantry (citado en cap. 1, n. 3), que está casi enteramente dedicado a un tratamiento desde la perspectiva del señorío de la historia del joven rico.

² Por supuesto, los maestros del señorío afirman fidelidad a la doctrina del Evangelio de Juan. Pero dado que Juan nunca establece la “sumisión”, la “rendición”, el “sacrificio” o similares como condiciones para la vida eterna, los expositores del señorío se ven obligados a leer su doctrina en el texto de Juan mediante una burda e inválida redefinición de la fe salvadora (véase mi discusión de este tema en el capítulo 2).

³ Véase mi discusión de lo que significa creer que Jesús es el Cristo en el capítulo 3.

⁴ Puesto que la vida eterna es la propia vida de Dios mismo, no debe verse como una especie de “entidad estática” o “cantidad fija”. Más bien, sus potencialidades están más allá de la capacidad humana de calcularlas o definir las. Así, como deja en claro Juan 10:10, la vida eterna puede ser poseída en grados variables: es decir, uno puede “tener vida” y también puede tenerla “en abundancia”.

La enseñanza bíblica acerca de la vida eterna es que esta vida no *se posee en absoluto* excepto como un don divino otorgado a aquel que cree. Pero la Biblia también enseña que nuestra

experiencia de la vida de Dios puede ser enriquecida y ampliada. Así, incluso se puede pensar en ella como una recompensa concedida al final de los tiempos a quienes han seguido a Cristo de manera sacrificial. De hecho, la vida eterna es considerada precisamente como tal recompensa en Mateo 19:28-30; Marcos 10:29-31; y Lucas 18:29-30.

Pero debe observarse aquí una distinción importante si hemos de permanecer fieles a toda la enseñanza de la palabra de Dios. Dicho simplemente, la distinción es esta: nadie puede alcanzar la vida eterna como recompensa si no la recibe primero como un *don gratuito* mediante la fe.

Esta diferenciación vital es cuidadosamente observada por todos los escritores del Nuevo Testamento. Todos los pasajes relacionados con la adquisición de la vida eterna aquí y ahora la condicionan únicamente a la fe. Pero los pasajes que la tratan como una recompensa a recibir por fidelidad y sacrificio remiten esta recepción al futuro. Marcos (10:30) y Lucas (18:30) hacen esto explícito con la frase “en el siglo venidero”. En contraste, Jesús declaró: “El que cree en mí, *tiene* [aquí y ahora] vida eterna” (Juan 6:47; véase especialmente Juan 5:24).

La conclusión es esta:

Si uno *no* cree en Cristo para vida eterna, “no verá la vida” (Juan 3:36), ni ahora ni en ningún grado.

Si ya posee la vida eterna por la fe, también puede poseerla “en abundancia” (Juan 10:10), es decir, puede adquirirla como una recompensa futura (Lucas 18:30).

Hay una analogía evidente con todo esto que el Creador ha integrado en la misma estructura de la *vida humana*. Toda persona nacida en el mundo posee la vida física como un don —una concesión— de sus padres. ¡No hizo nada para ganarla ni merecerla! Pero bajo la tutela de padres y maestros capaces, puede aprender a desarrollar esa vida, en todo su enorme potencial, de manera que pueda experimentar la vida humana de una forma *más abundante*.

Esto es precisamente lo que se nos llama a hacer, por ejemplo, en un pasaje como 2 Pedro 1:3-11, al cual hemos hecho referencia en varias ocasiones en este libro. Debe señalarse, en especial, que si prestamos atención al llamamiento de Pedro a desarrollar nuestra nueva vida en todo su rico potencial, el resultado será una *recompensa futura*: “Porque de esta manera os será otorgada *amplia y generosa* entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:11, énfasis añadido).

El tratamiento que Michael Green hace de 2 Pedro 1:11 es excelente:

“Este pasaje concuerda con varios de los Evangelios y Epístolas en sugerir que, si bien el cielo es enteramente un don de la gracia, admite grados de felicidad, y que estos dependen de cuán fielmente hayamos edificado una estructura de carácter y servicio sobre el fundamento de Cristo. Bengel compara al cristiano impío en el juicio con un marinero que apenas logra llegar a la orilla después de un naufragio, o con un hombre que apenas escapa con vida de una casa en llamas, mientras pierde todas sus posesiones. En contraste, el cristiano que ha permitido que su Señor influya en su conducta tendrá una entrada abundante en la ciudad celestial, y será recibido como un atleta triunfante, victorioso en los Juegos. Todo este párrafo de exhortación está, por tanto, situado entre dos polos: lo que ya somos en Cristo y lo que hemos de llegar a ser. El lector verdaderamente cristiano, a diferencia de los que se mofan, mirará hacia atrás a los privilegios que se le han concedido, de participar de la naturaleza

divina, y procurará vivir de una manera digna de ello. También mirará hacia adelante al día de la evaluación y se esforzará por vivir a la luz de ese día”.

Michael Green, *The Second Epistle General of Peter and the General Epistle of Jude: An Introduction and Commentary*, 2.^a ed., Tyndale New Testament Commentaries, ed. Leon Morris (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1987), p. 86.

⁵ Las palabras “a los que confían en las riquezas” no se encuentran en Aleph y B, dos manuscritos griegos del siglo IV que son muy valorados por los críticos textuales modernos. Unos pocos manuscritos griegos más también omiten estas palabras. Pero los famosos manuscritos A, C y D (todos del siglo V) las incluyen, al igual que una abrumadora mayoría de los manuscritos griegos sobrevivientes de Marcos. El rechazo de las palabras “a los que confían en las riquezas” por la mayoría de los editores y traductores modernos es, por decir lo menos, más que sospechoso. La omisión de frases cortas como esta (cuatro palabras en griego) es un fallo bien conocido entre los escribas. Además, Aleph y B comparten muchos errores en común, como incluso sus más firmes defensores suelen admitir.

Capítulo 15

¹ Así, el léxico de Bauer-Gingrich-Danker (para datos bibliográficos, véase cap. 2, n. 4) traduce la frase en Romanos 10:10 de esta manera: “confesar para salvación = con el fin de recibir salvación” (p. 229, cursivas en el original).

² Véase MacArthur, pp. 23, 190, 197. En la p. 190, MacArthur afirma en una nota al pie: “Como pastor, no estoy de acuerdo con la afirmación de Hodges de que Pablo no se preocupaba por el destino de los miembros de los rebaños que pastoreaba”. La expresión “no se preocupaba” tiene un matiz peyorativo. Y, por supuesto, yo también soy pastor. Mi afirmación se encuentra en *The Gospel Under Siege* (Dallas: Redención Viva, 1981), p. 95, donde sostengo que Pablo “no mostraba inquietud constante por el destino eterno de sus lectores”.

La respuesta de MacArthur es inadecuada por dos razones. (1) Está proyectando la situación de la Iglesia moderna en el Nuevo Testamento. Se ha estimado —a partir de los nombres mencionados en los saludos de Romanos 16:3-15—, que la iglesia de Roma probablemente no era mucho mayor que unas cincuenta personas. Y esta debía de ser una de las congregaciones más grandes. Si Pablo no conocía personalmente a cada miembro de sus iglesias, los ancianos de cada congregación sí los conocían. Era bastante fácil para los líderes de las iglesias del Nuevo Testamento averiguar si un individuo entendía y creía el evangelio en congregaciones tan pequeñas como solían ser las iglesias del Nuevo Testamento.

Pero esto nos lleva al punto (2). La propia doctrina sobre la fe y la seguridad de salvación de MacArthur ni siquiera permite al creyente mismo saber con certeza si realmente ha creído. Entonces, ¿cómo podría un pastor saberlo, sin observar el comportamiento de esa persona durante un largo período de tiempo? Y aun así, el pastor no podría estar seguro, del mismo modo que el creyente mismo no podría estarlo, ¡ya que se requiere perseverar hasta el final!

Pero Pablo no predicó el tipo de evangelio que genera este tipo de incertidumbre y duda. Pablo sabía que el carcelero de Filipos y su familia fueron salvos la misma noche en que creyeron y, en consecuencia, los bautizó esa misma noche (Hechos 16:33). Si hoy en día hay un número significativo de personas en nuestras congregaciones que en realidad no son salvas, la culpa es

nuestra por no predicar el evangelio con claridad y por no asegurarnos de que cada individuo lo entienda y lo crea.

¡Pero tales faltas no deben atribuirse a Pablo ni a los ancianos instruidos por Pablo! Ellos predicaban y enseñaban un evangelio claro de fe y seguridad de salvación, y lo hacían “públicamente y por las casas” (Hechos 20:20).

Una respuesta bíblica
a la salvación por el señorío

¡ABSOLUTAMENTE GRATUITA!

En ¡Absolutamente gratuita!, Zane Hodges aborda una pregunta que llega al corazón de la fe cristiana: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Al examinar diversos pasajes bíblicos, Hodges demuestra que la respuesta es: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. Esta respuesta contrasta con la enseñanza de la “salvación por el señorío”, que sostiene: “Entrégate al Señor Jesucristo y serás salvo”.

Hodges responde a otras preguntas clave: “¿Qué significa creer en Jesucristo?”, “¿Cómo sé que de verdad soy cristiano?”, “¿Son discípulos todos los creyentes?” y “¿Cuál es el significado bíblico del arrepentimiento y cómo se relaciona con la salvación?” El resultado final de este libro anima a las personas a creer en Jesús para recibir el don absolutamente gratuito de la vida eterna y a servir a Jesús por gratitud.



Zane Clark Hodges (1932–2008) enseñó durante 27 años en el Dallas Theological Seminary como profesor de griego del Nuevo Testamento. Desarrolló su ministerio durante casi 50 años en Victor Street Bible Chapel, una pequeña iglesia del centro de Dallas, Texas. Hodges fue conocido por su fidelidad al texto bíblico mediante el estudio y la oración. Sirvió a personas de toda condición y de todas las edades. Para más información sobre su vida y obra, visita la Biblioteca Zane Hodges en ZaneHodges.org.

Biblioteca Zane Hodges
ZaneHodges.org